INSTRUCCION PASTORAL

DEL ILMO. SEÑOR

OBISPO DE SALAMANCA,

Y

ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE CIUDAD-RODRIGO,

SOBRE

LOS PRINCIPALES ERRORES CONTEMPORÁNEOS

CONTRARIOS AL CATOLICISMO.

MADRID:

IMPRENTA DE LA V. É HIJO DE D. E. AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1876.

DGCL
A

INSTRUCCION PASTORAL

DEL ILMO. SEÑOR

OBISPO DE SALAMANCA,

Y

ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE CIUDAD-RODRIGO,

SOBRE

LOS PRINCIPALES ERRORES CONTEMPORÁNEOS CONTRARIOS AL CATOLICISMO.

T. 170851
C. 1221713

MADRID:

IMPRENTA DE LA V. É HIJO DE D. E. AGUADO.—PONTEJOS, 8.

—

1876.

NOS EL DR. D. NARCISO MARTINEZ IZQUIERDO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE SALAMANCA Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE CIUDAD-RODRIGO.

Al Venerable Dean y Cabildo de una y otra Iglesia Catedral, al Clero, á las Religiosas y á todos los fieles de ambas Diócesis, salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.

Viam pacis nescierunt, et non est judicium in gressibus eorum: semitæ eorum incurvatæ sunt eis: omnis qui calcat in eis, ignorat pacem. Propter hoc elongatum est judicium à nobis, et non apprehendet nos justitia; expectavimus lucem, et ecce tenebræ; splendorem, et in tenebris ambulabimus. (Is. cap. LIX, vv. 8 y 9.)

No conocen la senda de la paz, y sus pasos no van enderezados hácia la justicia: torcidos son sus senderos, y cualquiera que anda por ellos, no sabe qué cosa es paz. Por eso se alejó de nosotros el juicio *recto*, y no nos abrazará *en su seno* la justicia: esperamos la luz, y hé aquí que nos hallamos con las tinieblas; la claridad del dia, y caminamos á oscuras. (Isaías, cap. LIX, vv. 8 y 9.)

.....*Ut filii lucis ambulate: fructus enim lucis est in omni bonitate, et justitia, et veritate.* (Ephes. cap. VI, vv. 8 y 9.)

Y así, proceded como hijos de la luz: el fruto empero de la luz, consiste en proceder con toda bondad, y justicia y verdad. (Epíst. de S. Pablo á los Efesios, cap. VI, vv. 8 y 9.)

La vez primera que os dirigimos nuestra palabra apostólica, dándoos las debidas gracias por las sinceras muestras de amor con que recibísteis al que, sin merecimiento de su parte, plugo á Dios fuese elegido por vuestro Padre y Pastor, os dimos á entender el propósito que desde el principio concebimos, de poner ante vuestros ojos los principales errores de la época actual, no dudando en cumplir de este modo uno de los primeros deberes que como á Obispo nos incumben; más, como entonces añadíamos, fuénos preciso suspender el cumplimiento de tal propósito para atender

á la publicacion del Jubileo, que nuestro amantísimo Padre el Sumo Pontífice Pio IX se dignó conceder á los fieles todos de la Iglesia Católica. Convenia, en efecto, emplear ante todo nuestra atencion y solicitud en las obras del ministerio apostólico, que á la sazon reclamaba de Nos el fruto que deseábamos consiguiesen los fieles, aprovechándose de las gracias que el cielo les otorgaba, para moverles á trabajar en su justificacion y adelantarse en los caminos de la santidad. Hoy pues, cumplida esta parte de nuestra mision, es llegado el momento de daros á conocer lo que desde algun tiempo atrás veníamos preparando para vosotros sobre la materia de aquel primer propósito, declarándoos lo que el Señor ha querido que entendamos, y quiere que os comuniquemos acerca de ella, para que nadie pueda seduciros con palabras vanas é insidiosas teorías. Todo el mérito de este nuestro escrito estará en ser un presente que os hacemos, en prueba del interés con que miramos todo lo que se refiere á vuestra salud, y del deseo consiguiente de contribuir á la estirpacion de los errores que puedan perjudicarla, para que la luz de la verdadera doctrina resplandezca en todos los ánimos, sin sombra alguna que la oscurezca.

Este escaso fruto de nuestras modestas vigilias os lo ofrecemos, pues, con el amor de un padre que pone en manos de sus hijos el patrimonio que ha podido reunirles, ó mejor, con el de un amigo que nada reserva para sí de lo que tiene, recordando aquellas palabras del Salvador á sus discí-

pulos: *Vos autem dixi amicos*..... Bien quisiéramos poseer la ciencia de los doctores que ilustraron la doctrina invariable de la Iglesia, condensándola en luminosos compendios ó sumarios, desde el *Commonitorium* de San Vicente Lirinense, hasta la *Symbólica* de Moehler; pero harto conocemos la desigualdad de nuestras fuerzas para acometer semejante empresa, mayormente si las comparamos con las de aquellos esclarecidos ingenios, cuyas obras serán siempre verdaderas fuentes de ciencia verdadera, es decir, cristiana, y arsenales riquísimos á que pueden acudir con éxito los que deseen proveerse de armas con que defenderla. Por lo cual nos reduciremos á presentaros breves indicaciones, ya históricas, ya doctrinales, las cuales no dudamos os serán aceptas, en gracia del motivo que nos ha determinado á escribirlas, que no es otro, repetiremos, sino el amor que os profesamos en Jesucristo, y el deseo de seros útil, previniendo vuestro ánimo contra las falacias del siglo. De otra parte, sabido es que en nuestro tiempo, como todos ó casi todos los errores antiguos, modificados y aumentados con otros nuevos, hayan asaltado la verdad de la fe católica bajo todos sus aspectos y relaciones, la Iglesia docente, y en particular su cabeza visible, han tenido necesidad de condenar todo linage de novedades contrarias al depósito confiado á su solicitud y custodia, esponiendo y explicando con admirable claridad y precision las verdades que mas conviene esclarecer y mantener contra los sofismas contemporáneos: de donde resulta que en los mismos documentos en los que

vemos señalados y proscritos los errores de la época, se nos ofrecen como en sumas auténticas, las doctrinas católicas, no habiendo, por esta razon, necesidad el dia de hoy de exponerlas en escritos semejantes á los que antes recordamos. Todo nuestro plan ha de cifrarse, por consiguiente, en atenernos y ajustarnos á aquellos solemnes documentos: así cumpliremos religiosamente el deber de nuestro cargo episcopal, que, como antes os decíamos, no consiste tan solo en orar y ofrecer á Dios la víctima espiatoria por las necesidades de nuestro pueblo, sino además, y muy principalmente, en velar por la doctrina y enseñarla en todo momento, oportuna é importunamente, como dice el Apóstol San Pablo.

Siendo, como es, el Episcopado un ministerio de santificacion, preciso es que se ejercite haciendo concebir la fe; y pues la fe no es concebida sin que se oiga la palabra de Dios de boca de sus enviados, no hay duda sino que la enseñanza ha de ser uno de los primeros deberes y una prerogativa sublime del cargo episcopal. Jesucristo, nuestro adorable Redentor, despues de haber enseñado al mundo su celestial doctrina, antes de volverse á su Eterno Padre, instituyó, repetimos, en el Episcopado un ministerio de enseñanza sobre la tierra, para que lo que Él se habia dignado de revelarnos, no cayese nunca en olvido ni padeciese detrimento ni disminucion alguna, sino antes se conservase siempre incólume, guardado, defendido y trasmitido por una institucion que enseñase toda verdad á nombre del mismo Dios, de quien únicamente

procede. La necesidad de este magisterio constante entre los hombres pruébala claramente la esperiencia de lo que sucedió en órden á la revelacion que hizo el Señor al mundo antes de la venida del Divino Redentor: el género humano casi llegó á perder totalmente el gran tesoro que Dios le comunicó en un principio para su salvacion: sentado estaba en las tinieblas de la muerte cuando Nuestro Señor Jesucristo restauró la verdad con su palabra y con su ejemplo. Pues para que no sucediera otro tanto, atendida la debilidad humana, con la doctrina evangélica, el divino Maestro creó un sacerdocio infalible, que guardase y enseñase perpétuamente las verdades tocantes á nuestra salvacion. ¡Oh abismo de sabiduría y bondad divina!

Otra razon prueba la necesidad de este divino magisterio. Sabido es que, para llegarse el hombre á su último fin y bienaventuranza, necesita conocer las verdades necesarias para su santificacion; y por otra parte, cuán facil cosa es que la inteligencia humana yerre y se estravíe miserablemente, y que, ó deje de recibir, ó disipe por su desdicha la luz que debe iluminarla. Las almas viven de la verdad, pues solo mediante la verdad comunican y se unen en cierto modo con las cosas reales que necesitan conocer: así, se ha dicho con razon, que la verdad es el manjar de que se mantienen las almas. Pero en cambio, este precioso alimento suele ser mas costoso todavía que el que sustenta nuestros cuerpos. A pesar de todos sus esfuerzos y de la disposicion de su inteligencia para el conocimiento de la verdad, todavía el hom-

bre está condenado á ignorar muchas cosas: su misma facultad de entender es harto limitada; su memoria no puede retener todas las ideas que pasan, digámoslo así, por su espíritu, iluminándolo por breves momentos. Por otra parte, la esencia de la verdad, el orígen de que procede, los medios y caminos que conducen á su descubrimiento, no están patentes á sus miradas. De aquí el escaso fruto de sus investigaciones, y la razon de que desfallezca en su estudio y consideracion.

Y lo peor es, que aun despues de consagrar sus vigilias á la investigacion de la verdad, todavía suele acaecer que, en lugar de ser iluminado de ella, venga á dar miserablemente en los abismos del error. Porque si bien es cierto que el entendimiento se dirige naturalmente á su respectivo bien, pero esta direccion es á menudo turbada y combatida por fuerzas contrarias que le impiden llegar á su fin. La imaginacion con sus representaciones fantásticas reemplaza con frecuencia en nuestro ánimo á los conceptos intelectuales, influyendo dolorosamente en nuestros juicios. Y de otra parte, la impaciencia con que se quiere reducir todos los conocimientos á un principio de unidad científica; el deseo de resolver todas las cuestiones por principios evidentes; el disgusto que sentimos al notar los vacíos que contiene el sistema de los conocimientos humanos; la dificultad de observar hasta en sus últimos pormenores todos los hechos y circunstancias que deben ser conocidos del que quiere elevarse á principios generales; y otras causas á este tenor, derivadas como las an-

teriores de nuestra propia flaqueza é inconstancia, engendran muchedumbre de errores muy difíciles de precaver. Demás de esto, las preocupaciones, los afectos desordenados, las pasiones, los intereses, el orgullo, y en general la corrupcion del corazon y de las costumbres, suscitan en lo interior del hombre las tinieblas del error. Hasta en la vida esterior se encuentran principios que corrompen los conocimientos humanos: en el mundo se conspira contra la verdad con los sofismas que en él circulan (de que están llenas ciertas predicaciones insensatas), con ejemplos depravados, con los falsos principios que insinua en la juventud la educacion viciosa, y en suma, con cuantos son los elementos que forman la especie de atmósfera viciada en que vivimos.

Es cosa muy de notar, que habiendo nacido el hombre para la verdad, él y solo él sea en este mundo el que únicamente la resiste, sobre todo cuando la verdad enfrena sus pasiones y regula todos sus actos. Así que para llegar á su posesion tiene uno necesidad de hacerse violencia á sí mismo y de luchar contra las sugestiones y falacias del mundo: la verdad en la tierra vive, por decirlo así, en estado de guerra, y necesita por tanto de personas que combatan y aun que se sacrifiquen en su obsequio. Cierto, la vida de la verdad es vida de combate: Dios ha señalado el primer premio en el reino de los cielos á los que sufren por la verdad y por la justicia, que es la verdad misma en el órden moral. El error, las pasiones, los intereses, ninguna de estas cosas exige

pruebas ni sacrificios; basta que el hombre se deje llevar de la corriente de su naturaleza para seguirlos; pero la verdad, por el contrario, no parece ni dura entre los hombres sino en medio de contradicciones y amarguras.

Mas el Señor, cuya providencia se estiende hasta la brisa que mueve la hoja del árbol; el Señor, que ha tenido presente hasta el matiz que esmalta la flor del lirio, y ha ordenado hasta la breve semilla que sirve de alimento á las aves del campo, tambien habia de proveer á la conservacion de la verdad, y muy especialmente á que el hombre pudiese recibir todas las luces que ha menester para conseguir la felicidad á que está llamado por la bondad del mismo Dios. El Verbo divino, por quien todas las cosas fueron criadas, ha iluminado siempre á todo hombre que viene á este mundo: y mirando eficazmente en su misericordia por la salvacion del linaje humano, su obra predilecta, quiso comunicarse con él de un modo sensible, y mostrarle perpétuamente el camino de la salud. Despues de haber hablado Dios por los Profetas, dice San Pablo, últimamente nos habló por medio de su Hijo. Despues de haber instruido á los hombres con figuras y vaticinios, pareció la gracia de nuestro divino Salvador enseñándoles á renunciar á toda impiedad, y vivir con sobriedad y justicia en este mundo para elevar de este modo las almas hasta los bienes eternos.

Sí: el Verbo encarnado, Jesucristo, vino al mundo á restablecer íntegramente la verdad entre los hombres, y á fundar en él una doctrina mo-

ral y religiosa, enteramente perfecta. Habiendo perfeccionado la religion natural, consumó el órden de la revelacion, enseñando á los hombres el conocimiento de Dios y de sí mismos, y el de los medios que se dignó establecer para nuestra salvacion. Mas como el mismo Verbo, Hijo de Dios, verdad por esencia, hubo de volverse á su Eterno Padre, ausentándose sensiblemente de nosotros, determinó en su adorable sabiduría establecer en el mundo quienes continuasen su mision por medio de la enseñanza de las verdades que se habia dignado revelar; y con este fin, antes de subir al cielo, quiso dejar en la Iglesia su doctrina, su espíritu y su autoridad. La Iglesia tiene pues el magisterio cuya enseñanza deben recibir los hombres para saber y obrar todas las cosas conducentes á la salvacion. Es la Iglesia una institucion única, incomparablemente superior á todas las sociedades conocidas en el mundo; porque su mision es enseñar y defender la verdad, y combatir y sufrir por ella. De aquí su constante solicitud, su firmísimo empeño por predicarla, mostrando al mismo tiempo los errores contrarios á la verdad misma.

Nos, por consiguiente, que hemos sido constituidos entre los llamados á predicar el juicio y la justicia á Israel; Nos, que estamos obligados á consagrar nuestra vida á la enseñanza y defensa de la verdad, os dirigimos, venerables hermanos é hijos nuestros, la presente instruccion sobre las falsas doctrinas de nuestra época. ¡Ah, cuán á menudo es sorprendido en estos dias el candor de los

mas sencillos de entre los fieles por los sofismas que en ellos reinan! ¡Cuántas veces los que saben pensar por sí mismos, se ven asaltados de temores, y angustiados en medio del caos que forman las doctrinas que privan en el siglo! Nunca estuvo la inteligencia en tanto peligro de naufragar; nunca la fe en tanto peligro de desfallecer como en la época presente, dominada no sabemos por qué afan vertiginoso de examinarlo y discutirlo todo, y lo que es peor, de dudar de todo, y hasta de negarlo. A vista de tales peligros, ayudados de la gracia que humildemente pedimos al Señor, y revestidos de la autoridad que nos ha conferido, teniendo por único móvil vuestra salud espiritual, os vamos á señalar los principales errores de los actuales tiempos.

I.

Luego que los pueblos europeos, á quienes Dios hubo llamado á mas alto punto de civilizacion que á los demás, llegaron á él, gracias al cristianismo, y, organizados sus gobiernos bajo formas estables, comenzaron á disfrutar de cuantas condiciones piden la investigacion y demás esfuerzos intelectuales, principiaron tambien á desviarse de la maternal y sábia direccion de la Iglesia. Invadidos, por decirlo así, los ingenios de grande impaciencia y de intemperante curiosidad y deseo de descubrir nuevos caminos, y henchidos de vana presuncion, comenzaron á mirar con desprecio la misma filosofía que la Iglesia salvó de entre las antiguas ruinas, y que conservó y perfeccionó con

esquisita solicitud. Al mismo tiempo la comodidad y bienestar de que se gozaba, trajeron consigo la molicie, el sensualismo en las costumbres, que enseñaban los filósofos y celebraban los poetas, cuyos escritos eran leidos con avidez. Así vino á nacer en los ánimos cierto estado de exaltacion, la aficion á todo lo nuevo, la perturbacion y el desórden de las doctrinas, y por último, el amor de la independencia y libertad del pensamiento.

Muy de temer era que tan aciaga tempestad no respetara los dominios propios de la religion; bien que por otra parte, hijos de la fe aquellos pueblos, estaban tan habituados á inclinarse delante de las verdades sagradas, que no se sentian con la osadía de los que se apartan de Dios. A la verdad, los sistemas de los antiguos filósofos eran reproducidos; inventábanse innumerables utopias; la política, en particular, era presentada bajo formas nuevas y perniciosas, pues hasta se la oponia á los preceptos de la moral; pero con todo esto, nadie llevaba su atrevimiento hasta el estremo de atacar el dogma católico. Aquellos literatos tan apasionados procuraban encubrir cuidadosamente la debilidad de su fe; aquellos soñadores, tan entusiastas siempre, se detenian ante las puertas del santuario. El espíritu de rebelion y la liviandad de las costumbres paganas no penetraron en el pueblo cristiano sino valiéndose de algunos religiosos y clérigos, harto licenciosos para no ser osados á violar los justos miramientos que hasta su fatal advenimiento se venian guardando á la religion verdadera. No es, pues, otra cosa el protestantismo sino la introduc-

cion de los estravíos de la inteligencia y del corazon en el santuario. Su causa primordial fué la aficion desordenada á las costumbres y escritos paganos. Lutero y Calvino ninguna cosa crearon; pero en cambio su osadía fué tal, que para hacer lo que hicieron, nada menos fué menester que un esceso de libertinaje y orgullo, de que solo ellos se mostraron capaces.

Ha habido, y todavía hay escritores que, juzgando al protestantismo con precipitacion ó apasionamiento, no han vacilado en asegurar que á Lutero se le debe el principio de la libertad de conciencia. Nada mas falso: el novador de Islel careció hasta del triste mérito de la novedad en el error. Leyendo su vida con ánimo imparcial, meditando con deseo de encontrar la verdad el modo cómo fué manifestando su sentir en los diversos accidentes de su agitada existencia, tan solo se echa de ver una pasion ciega, un orgullo insensato, una obstinacion absoluta, á menudo oculta bajo el velo de la hipocresía; y sobre todo una licencia sin límites, puesta de manifiesto en sus escritos y discursos. Sus doctrinas se reducen á informes conceptos engendrados de la depravacion del corazon. Su conducta, por otra parte, no estaba en contradiccion con sus predicaciones. Así, aunque en tiempos posteriores se quiso dar cierta forma científica al protestantismo; pero en su orígen no se presentó bajo otra forma que la de simple rebelion.

En prueba de esta observacion fijemos la vista en el tan decantado reformador, tal como se ofrece en los escritos de sus propios adeptos. Durante

los años de su juventud ya se empezó á manifestar en él, aun en medio de su penuria, la propension á dar rienda suelta á sus apetitos. Despues, con la reflexion, turbóse grandemente su conciencia: aterrábanle los remordimientos y temores, y llegó, segun dice él mismo, á tal estado de inquietud y exaltacion, que á menudo se creia en lucha con el demonio. Nada á la verdad le asustaba tanto como la idea de un Dios que impone al hombre su santa ley, y que ha de juzgarle por ella. Su orgullo constante y desmedido provocó el enojo de sus iguales, y fué objeto de ciertas medidas de rigor, con que sus superiores trataron de prevenir el daño.

Para calmar las inquietudes de su conciencia, Lutero se trazó un medio verdaderamente estraño, contrario de todo punto á toda virtud y perfeccion. Figuróse que no haciendo á Dios otro obsequio que el de la fe; que contentándose con el Credo y dejando á un lado los Mandamientos, podia remediar las ansiedades de su ánimo. Con el mismo fin quiso interpretar el artículo del Credo sobre la remision de los pecados en este sentido: que la fe sola justifica al pecador. Y para que tan estraña doctrina no repugnase al entendimiento, Lutero comenzó á dejarse dominar de una humildad fingida, diciendo que por efecto de su miserable corrupcion, el hombre no puede justificarse; que es tan grande su iniquidad, que por mas esfuerzos que haga para purificar su intencion, todas sus obras son pecados. A que añadió el heresiarca, como era consiguiente, que la observancia de la ley de Dios es imposible; y que el hombre, privado

de libre albedrío, es siempre esclavo, así bajo la influencia de la gracia, como bajo la tiranía de las pasiones.

Desde que empezó á figurar en los centros científicos manifestó Lutero tan perniciosas especies, las cuales formuló, aun antes de hacer notoria su apostasía, en una série de proposiciones que no se avergonzó de sostener. Y como los defensores de la verdad católica le redujesen al silencio con argumentos incontestables, Lutero, para salir del apuro, vino á condenar el uso de la razon y de la lógica, diciendo que las escuelas solo eran el reino de las vanas argucias y de la loca adhesion á las doctrinas de Aristóteles y de los escolásticos; á cuya censura añadia amargos improperios, que desgraciadamente no dejaron de hallar algun eco por efecto de la guerra que á la filosofía de la Edad Media habian declarado los restauradores de la literatura pagana.

Aquí teneis pues, venerables hermanos, el origen del protestantismo. La causa que lo produjo fué una conciencia mal avenida con la ley de Dios. Su primer paso, la negacion de los principios fundamentales de la moral cristiana. La cuestion suscitada con motivo de la predicacion de las indulgencias, fué la ocasion que se presentó al corifeo de la llamada *reforma* para dar á conocer públicamente los estravíos de su entendimiento. En aquella coyuntura vertió sin cesar las doctrinas, ó mejor dicho, los sentimientos de que se hallaba poseido desde los tiempos de su juventud. Entonces manifestó tambien á las claras el poco aprecio que

hacia de los teólogos, de los santos Padres, de la tradicion y de la autoridad de la Iglesia; siendo de notar que estos mismos errores, de que en un principio se sirvió para sostener sus malhadadas tésis, vinieron despues á formar la esencia misma de su herejía.

A otro medio hubo de recurrir para sostenerlas, el cual ensanchó considerablemente el círculo de sus errores. Acosado por los teólogos, menospreciado del clero, y condenado por la Silla Apostólica, cuando ya no pudo sostenerse valiéndose de subterfugios, apeló al emperador y á los señores feudales de Alemania; y habiendo rebuscado los errores de Juan de Hus, de Wiclef, de los albigenses y de los teólogos que en las pasadas luchas entre el sacerdocio y el imperio se pusieron de parte del último, renovólos diciendo á los príncipes, para alucinarlos y ganarlos por este medio, que, como príncipes fieles, tenian autoridad indisputable sobre la Iglesia; que ellos constituian un sacerdocio real, y que podian disponer á su arbitrio de los bienes de las iglesias y monasterios, que era precisamente lo que ellos codiciaban. Negó que hubiese en la Iglesia sacerdocio ni sacrificio verdadero; negó asimismo el culto de los santos; los Sacramentos dijo que eran medios de dominacion introducidos por el clero; y añadió, por último, que todo fiel, por el solo hecho de serlo, era sacerdote y apóstol de sí mismo. De esta suerte, segun el estraño reformador, la Iglesia quedaba reducida á no sabemos qué entidad invisible, viniendo por tierra el plan trazado para la salvacion

del hombre por Nuestro Señor Jesucristo: pues sabido es que este divino Salvador predicó su doctrina de un modo sensible, que la confirmó con milagros patentes, que organizó su Iglesia visiblemente, y por último, que encomendó su propio magisterio y autoridad á un apostolado tambien visible. ¡Tan lejos del cristianismo fué, pues, conducido Lutero, por el orgullo ante todo, y despues por el afan de establecer y conservar la malhadada secta que habia iniciado!

No faltan, aun hoy dia, quienes, discurriendo acerca del protestantismo con la pasion de enemigos de la Iglesia y la parcialidad de sectarios, aseguran que, habiendo rechazado Lutero la autoridad y ministerio de la Iglesia, y puesto así á la conciencia de cada hombre en contacto ó relacion inmediata con el Salvador, promovió y purificó á la vez el espíritu religioso. Pero la historia acredita que de esa llamada *reforma*, lo que únicamente se ha engendrado, es el espíritu de la impiedad. En sus primeros dias el calor, ó mejor dicho, el fanatismo con que eran sostenidas las nuevas doctrinas, produjo en algunos sectarios cierta especie de entusiasmo; pero entusiasmo harto estéril y estravagante, pues se cifraba y consistia únicamente en sortilegios y hechicerías de brujas y obsesiones diabólicas; lo que no es ciertamente maravilla, porque sabido es que, en el punto que deja de asentir á la palabra de Dios, la razon queda á merced de la imaginacion y de sus vanas visiones.

En el hecho de rechazar el magisterio divino de la Sagrada Escritura, y de tomarse por único

maestro de sí mismo, es evidente que se iba en pos de sus propias ideas, y que mal podia buscar la doctrina de Jesucristo en medio del engreimiento con que abrazaba sus propios errores. Por otra parte, desde el punto que resistió al testimonio de la Iglesia, por fuerza hubo de flaquear en su ánimo la seguridad de poseer la verdad revelada; y de aquí que ya no le fuese posible formar acto alguno verdadero de fe. Así llegó Lutero á desconocer la naturaleza del Cristianismo, á negar los principios mismos de la doctrina cristiana; y he aquí que la teología, digámoslo así, de este novador, no fué sino un principio de negaciones y de ruinas.

No fué mas feliz la *reforma* en la moral que en el dogma, sin el cual desfallece visiblemente la virtud. Y á la verdad, ¿qué puede hacer en pró de la virtud y perfeccion moral de los hombres una doctrina que desconoce la ley á que están sometidos y les quita la libertad de albedrío? Los protestantes podrán sin duda ejercitar algunas virtudes; pero no por razones sólidas, sino por mero respeto á la opinion pública. Aun esta opinion, llamada con mas propiedad *conciencia pública*, así como las mismas costumbres públicas, el catolicismo es quien únicamente las forma con sus doctrinas purísimas, con la autoridad de su predicacion uniforme, con la organizacion de su ministerio, con los avisos y documentos de sus apóstoles, con los ejemplos de sus santos. ¡Oh! Si fuera posible que la verdad católica dejase algun dia de ilustrar á los pueblos civilizados, entonces se veria cuán impotentes son la herejía y el cisma para contener el impulso

con que las pasiones los impelen hasta la barbárie!

Por otra parte, el protestantismo, expresion de la esencia contenida en todas las herejías, es incompatible con toda asociacion religiosa, con todo gobierno y disciplina. Las llamadas *Iglesias nacionales* solo han podido conservarse echándose en brazos de las potestades civiles: de donde resulta que los mismos que no quisieron vivir sometidos en el órden espiritual á la legítima autoridad de la Iglesia, tornáronse en esclavos del poder temporal, sin libertad ni aun para defender la doctrina del Evangelio que se jactaban de enseñar, y por consiguiente, hechos inútiles para dirigir á las naciones por los caminos de la justicia y de la santidad, y para mirar por los bienes espirituales del hombre, defendiéndolos contra los asaltos de la fuerza bruta.

El protestantismo es todo él confusion y desórden, pues introduce la division hasta en las relaciones individuales; todo él es opiniones vacías y mudables, y dudas é inquietudes, pues acaba con toda regla y criterio comun en el órden religioso y moral; todo él es libertinaje, pues induce á los hombres á rechazar toda ley capaz de enfrenar sus pasiones; todo él es, en fin, perturbacion, disensiones, luchas perpétuas. Él fué quien rompió la unidad europea y detuvo la corriente de la civilizacion, privando de sus tesoros á otras partes del mundo; él quien armó al pueblo contra los señores feudales, y á estos señores contra los reyes, y á los reyes contra sus propios súbditos, y á los Es-

tados unos contra otros; él quien por espacio de mas de cien años anegó en sangre á la Europa entera; y ¡cosa notable! cuando para evitar en lo sucesivo tamaños males, creyóse conveniente tolerar su existencia, entonces se advirtió que ya no existia, pues tan solo pudo durar el tiempo en que pudo encender las pasiones. Entre tanto, y gracias á tales luchas, los fanáticos sectarios de Mahoma lograron establecer sus reales á las mismas puertas de Europa; la obra de verdadera regeneracion social quedó paralizada por igual causa. El protestantismo impidió tambien la propagacion de la fe en África y en Asia; y hubiera paralizado la obra de la civilizacion cristiana en América, á no haber tropezado por fortuna en el buen seso, entereza y cordura de los españoles, sobre todo en la fe incontrastable de que dieron tantos y tan ilustres testimonios.

Ved, pues, venerables hermanos, lo que realmente es la secta á que con tanto empeño se ha querido dar carta de naturaleza en esta nuestra noble nacion, por antonomasia católica. Bien veis que es un sistema sin valor alguno, ni científico, ni religioso; al cual falta ya en todas partes hasta aquella especie de entusiasmo que en otro tiempo le sostenia. Tras él van hoy principalmente todos aquellos hombres sin religion, ni género alguno de disciplina, que todavía no son osados á declararse por impíos; no son ni siquiera protestantes, pero bajo este nombre ocultan el ódio y el despecho que sienten contra la verdad.

Al lado de esta herejía, y como á su sombra,

ha nacido y vivido otra secta que tambien os importa conocer, cuando no por otra razon, por el modo artero con que ha enseñado al mundo á combatir á la Iglesia: el *jansenismo*. En las naciones donde se acabó por desconocer casi totalmente la autoridad de la Iglesia, los protestantes y falsos filósofos pudieron difundir libremente la incredulidad; pero en los países católicos, la religion estaba al abrigo de semejante propaganda. No faltaron, sin embargo, en los últimos, génios díscolos y amantes de la novedad, para quienes no dejaban de tener atractivo las doctrinas de los librepensadores; aunque por otra parte los frutos del protestantismo en los países que llegó á dominar, eran harto amargos y dañados, para que los católicos en general no estimasen sobre manera la unidad de su fe; por cuya razon no era cosa fácil sembrar en medio de ellos la semilla de la herejía. Pero he aquí que los jansenistas lograron idear el medio de favorecerla eficazmente sin temor de que se descubriese su traza. De muchos fué ciertamente la obra de combatir traidoramente á la Iglesia, hiriéndola en el corazon; todos los cuales recibieron el nombre de *jansenistas*, así por haber sido Jansenio, Obispo de Ipres, uno de los que se asociaron para hacer esa guerra maligna, como por las grandes cuestiones que suscitó su doctrina.

Estos sectarios profesaban por lo general las ideas protestantes; pero singularmente insistieron en rehusar al hombre la libertad de albedrío, á fin de eximirle de toda responsabilidad delante de Dios. En lo cual los jansenistas, lo mismo que los

protestantes, dieron prueba de la especial condescendencia y favor que merecian á sus ojos los impulsos de la naturaleza corrompida, ó lo que es lo mismo, de que tomaban bajo su proteccion á todos los mundanos y libertinos. Pero el intento de los jansenistas no era tanto sustentar las doctrinas que seguian, como esforzarse en derrocar, si les fuera posible, á la Iglesia, para gozarse en su ruina. Así lo declaró el autor de empresa tan odiosa, el abate Saint-Cyr, verdadero heresiarca entre los jansenistas.

Sabido es que en los que tratan de sacudir el yugo de la autoridad legítima, antes suele enfermar el corazon que la inteligencia; aunque á su vez esta noble potencia no deja luego de acudir con falsas razones en auxilio de los afectos desordenados. Así sucedió precisamente en este caso. Obrando Jansenio con una espontaneidad que sin duda le hubiera convenido á él mismo reprimir, selló, por decirlo así, su doctrina con la marca infamante de los mas perniciosos errores contra la moral cristiana. Porque conforme á sus ideas, las almas favorecidas con la filiacion y la gracia del Salvador, ya se podian reputar seguras de que nada podia dañarlas, ni aun las mismas acciones malas. Y como si esto no bastase á la malicia de la secta, no contentos con justificar el pecado, todavía procuraban impedir hábilmente la práctica de la virtud. Encarecian la perfeccion cristiana hasta el delirio de acusar á la Iglesia de laxitud; pero de aquel sublime concepto solo deducian en la práctica esta consecuencia: que léjos de esfor-

zarse por hacer actos de virtud, debian las almas abstenerse de acercarse á Dios. Fingiendo veneracion á las cosas santas, disuadian á los fieles de practicarlas. Decian que nadie debia confesar las culpas veniales, con lo cual alejaban á los fieles del sacramento de la reconciliacion; que el sacerdote no debia otorgar la absolucion al pecador hasta que este espiase sus culpas por medio de la penitencia; y que no era bien recibir la Sagrada Eucaristía sino muy raras veces, y en ellas bajo la condicion imposible de estar el alma segura de poseer la pureza misma de los ángeles.

Blanco del ódio y de los asaltos del jansenismo fueron siempre la autoridad é infalibilidad de la Iglesia, y singularmente la del Romano Pontífice. Como todos los novadores, así tambien los discípulos de Jansenio ponderaban y exajeraban sin medida los abusos de la corte de Roma (así llamaban á la Santa Sede), cual si quisieran distraer la atencion de los fieles, y ocultar la malignidad del error. Y para acabar con dicha autoridad, negaban á la Iglesia sus notas ó caractéres externos, diciendo que á ella no pertenecian sino solo los justos; por donde, no habiendo medio alguno seguro para saber quiénes sean estos, venian á concluir que en ninguna persona, entidad ó corporacion podia estar patente la autoridad. Algunos pensaron tal vez que era ir demasiado lejos el acabar con todo principio de autoridad; y así, dando nuevo ejemplo de cómo la iniquidad se miente y contradice á sí misma, prefirieron exaltar la autoridad de los Obispos á espensas de la del Romano

Pontífice; para lo cual idearon otra novedad, la de hacer á la Iglesia una sociedad aristocrática, y deducir de aquí que los Obispos todos, incluso el sumo Gerarca, poseian en comun la potestad suprema, sin mediar ningun género de subordinacion ni dependencia. A este mismo propósito desenterró Edmundo Richer la ya vieja especie de los protestantes, segun la cual Nuestro Señor Jesucristo confirió toda la autoridad al cuerpo de los fieles; de donde concluia, que en ellos reside íntegramente el poder espiritual, y que así el Romano Pontífice como los Obispos y el clero en general, no son sino meros delegados, que desempeñan las funciones que el comun de los fieles no puede de ordinario ejercitar. De donde no habia mas que un paso para pretender que cada una de las provincias cristianas tuviese vida propia é independiente. No faltó á la verdad quien estendiese el principio de la autoridad que se suponia delegada por los fieles, hasta darles el derecho de formar Iglesias nacionales; idea que asimismo fomentaron los jansenistas, con el mal propósito de sustraerlas al celo paternal de la Iglesia Romana y á su magisterio universal.

Con el mismo dañado espíritu que los protestantes, aunque no con su osada franqueza, procuraron los jansenistas buscar el arrimo y proteccion de la potestad secular; y con este designio exajeraron los derechos de los príncipes, y les dieron intervencion en la disciplina eclesiástica con las llamadas regalías. Aunque no hiciesen coro con los protestantes, diciendo que la jurisdiccion de la

Iglesia pertenece á los soberanos temporales de cada nacion, en cambio hacian cuanto era de su parte para impedir la accion de la autoridad espiritual, que no se atrevian á negar, induciendo á los príncipes á poner todo linaje de trabas al ejercicio de la jurisdiccion ordinaria, so color de celo por mantener derechos no siempre bien definidos, y provocando de esta suerte un sistema funesto de prevenciones y suspicacia contra la Santa Sede.

No menos enemigos del dogma que los protestantes, aunque sí mas arteros que ellos, los jansenistas no lo rechazan con la osadía que los demás herejes; pero en cambio, conociendo muy bien, como conocian, cuán útil ha sido la filosofía escolástica para la exposicion y defensa de las verdades dogmáticas, combatiéronla sin rebozo, creyéndose en este punto á cubierto del temido anatema. Su principal anhelo era la ruina de la Iglesia, de la fe y de la moral; y harto astutos para no comprender que su satánica oposicion sería ineficaz en no siendo disimulada, resolviéronse á minarlas, procediendo por partes, y preparando de esta suerte su total ruina. Por eso los vereis en pugna constante con los Jesuitas, que vigilan en todas partes expiando sus pasos tortuosos, y rechazando con indignacion las malignas imputaciones de sus adversarios.

No es fácil cosa resolver con exactitud si tan perniciosa secta ha desaparecido totalmente bajo el peso de solemnes y repetidas condenaciones, ó si todavía vive escondida bajo el velo de su propia malicia; porque si de una parte no puede afirmar-

se que subsista con un cuerpo de doctrinas propias que le den á conocer, de otra hay muchos que, fingiéndose hijos sumisos de la Iglesia, á nada menos aspiran que á desgarrar el seno de esta piadosa madre. Doloroso nos es confesarlo: todavía existen, y vosotros acaso conoceis algunos de esos falsos hermanos, en cuyos labios está siempre la sublime perfeccion del Evangelio, mas cuyo corazon no quiere rendirse á las decisiones de la Iglesia, ni aun en las materias que pertenecen esclusivamente á su infalible enseñanza. Semejantes al discípulo traidor, forman siempre entre los discípulos fieles del Salvador; y mientras pronuncian respetuosamente el nombre del divino Maestro, allá en lo interior de su alma rebosa el odio contra los verdaderos católicos, á quienes procuran denigrar con irritantes apodos. Elogiando y censurando al mismo tiempo, aunque bajo diferentes conceptos, el régimen de la Iglesia, no vacilan, sin embargo, en someterse á sus decisiones, pero con ánimo deliberado de no observarlas; y no bien han entablado tratos contra ella ó promovido cuestiones para producir la confusion en los ánimos, acércanse y dan el ósculo de paz al catolicismo en la augusta faz del Pontífice, ó del Prelado, ó del simple Sacerdote. Añadamos que la perpétua y tenebrosa conspiracion de los tales contra la Iglesia católica ha sido la norma de muchas de las sociedades secretas, que asimismo la combaten. Esos hijos desleales del catolicismo no tienen á la verdad doctrina alguna definida, ni erigen iglesia ninguna frente á frente de la verdadera Iglesia, á la que

dicen pertenecer; con razon pues deben ser reputados como auxiliares del protestantismo y de la filosofía anticristiana.

Las consecuencias del sistema protestante, ideado en un principio para halagar las pasiones, y sublevar así á los individuos como á los pueblos contra la autoridad de la Iglesia, habia de manifestarse algun dia claramente bajo la odiosa forma de la impiedad. Esto ha sucedido realmente, por mas que Lutero y sus discípulos no alcanzaron á preveerlo con claridad. Por el contrario, este infeliz apóstata y los que siguieron la bandera de la mal llamada reforma, no se presentaron como apóstoles de una religion nueva, sino como reformadores de la antigua, cuya pureza presumian ellos de venir á restablecer, quitando todas aquellas supersticiones con que decian habia la Iglesia adulterado la verdad. La interpretacion mas genuina de las sagradas letras; la moral cristiana enseñada y practicada en toda su pureza; las ideas de justicia y de derecho restauradas; la misma filosofía profesada con miras mas profundas: tales fueron las promesas de los pseudo-reformadores. Cegados por el orgullo, no comprendieron la contradiccion en que miserablemente incurrian, tratando de conservar la religion positiva, que toda ella es autoridad y tradicion, por la virtud misma del principio que la destruye, que es el libre exámen; ni vieron el término á donde habia de conducir, mas ó menos tarde, el espíritu privado que proclamaban. En una palabra, desconocieron visiblemente la índole y la trascendencia de su mal-

hadada protesta. No es pues de maravillar que aquella contradiccion se manifestase á cada paso entre su espíritu y sus doctrinas, entre sus palabras y sus obras, ni que en medio de esta funesta ceguedad les sorprendieran y asombraran las consecuencias que la lógica del racionalismo supo deducir inexorablemente de las premisas protestantes.

Y á la verdad, luego que bajo la influencia del renacimiento y con el concurso de los protestantes se trató de crear una nueva filosofía, contraria á la que por tantos siglos habia florecido en las escuelas católicas, estos mismos sectarios se sintieron poseidos de sorpresa á vista de su propia obra. Entonces se echó claramente de ver, que el protestantismo se fundaba en el principio racionalista, y por consiguiente, que para ser verdaderamente lógico tenia que renunciar al órden sobrenatural. Desde entonces tambien las Sagradas Escrituras comenzaron á ser interpretadas en el sentido de la crítica escéptica; los milagros y las profecías dejaron de tener valor como hechos divinos, que prueban la verdad de la fe; y en suma, despojado el cristianismo de los caracteres que evidencian su celestial origen, el sagrado Evangelio quedó al nivel del Coran.

Añádase á esto, que no reconociendo á la Iglesia otros fundamentos que los que dicha crítica declaraba firmes y evidentes á la luz de la razon individual, el cristianismo desaparecia de la ciencia elaborada con tales principios por el espíritu racionalista de la reforma; y en lugar de sus creen-

cias y de sus preceptos positivos, invocóse la llamada *religion natural* como única regla de verdad y honestidad.

En vano procuraron algunos protestantes contener el desenvolvimiento de sus mismos principios; en vano combatieron la libertad de pensar que habian proclamado, y formaron nuevos símbolos, poniéndolos bajo la proteccion y amparo de los príncipes; en vano, finalmente, entraron á saco la Iglesia para tomar parte de sus doctrinas y presentarlas bajo la forma de la Teología católica. El racionalismo no toleraba ya tales ficciones y espedientes de los llamados *ortodoxos;* y los enemigos de la Iglesia no vacilaron en combatirla con las armas mismas forjadas por el espíritu protestante, trocado de esta suerte en incredulidad manifiesta.

La Iglesia católica vió pues delante de sí un nuevo y encarnizado enemigo, que comenzó á combatirla con no menos furor del que habia poseido á la reforma en el siglo XVI. Y á la verdad, si largas y sangrientas fueron las guerras suscitadas desde entonces por el génio de la protesta, é innumerables los católicos que perecieron víctimas del oro protestante; la filosofía por su parte no dejó de obligar á la Iglesia á probar de nuevo su divinidad en el martirio de sus hijos. Bien sabeis, Venerables Hermanos, pues la historia de sus estragos es todavía bastante reciente, la horrenda tempestad suscitada contra la Iglesia por los nuevos filósofos. Idearon y tuvieron por buenos toda clase de medios para combatirla.

Los errores todos de los herejes de los siglos anteriores, todas las cuestiones que habian allá en otros tiempos turbado al catolicismo, todas las dudas de la crítica y las negaciones de la incredulidad, todo sirvió al designio formado por los enciclopedistas para ver de destruir la obra de Jesucristo. Para atormentarla sirvió la injuria; la calumnia para difamarla y hacerla objeto de ódio; y el cinismo para insultarla. Llamósela enemiga de las luces; se la acusó de mantener la corrupcion de las costumbres, y de ser enemiga de los derechos del hombre y de sus mas caros intereses. Privósela de sus bienes propios; su autoridad fué desconocida; tratóse de alterar su disciplina y mudar las costumbres introducidas por ella; y por último, su fe fué abiertamente negada, y las doctrinas filosóficas, que tanto habian ayudado á esponerla, relegadas al mas profundo olvido. ¿Quién no sabe además cómo fueron asesinados los sacerdotes católicos, y qué de lazos no se les tendieron para hacerles caer en error?

«Aplastemos al infame,» dijo, refiriéndose al Crucificado, un hombre en cuyo corazon rebosaba el veneno de la impiedad; y este grito de guerra fué secundado hasta con cierta especie de vértigo por cuantos odiaban el catolicismo. Y, ¡cosa, si cabe, mas repugnante! el lenguaje burlesco de Voltaire contra la Iglesia fué escuchado, no solo sin indignacion, sino hasta con cierta sonrisa de aprobacion, por los que se llamaban sus hijos, aunque hijos que no se conformaban con la direccion y los preceptos de nuestra Santa Madre.

En auxilio de tal filosofía vinieron otras dos ciencias conjuradas con no menos empeño contra la religion cristiana, á cuya completa ruina dirigian todos sus esfuerzos. Eran, de una parte la *política*, que ya se habia declarado atea; y por otra la *economía*, que por medios diversos de los que la Iglesia habia tenido por justos y convenientes, aspiraba á distribuir los bienes temporales. La primera se esforzó á mudar el derecho, y crear una nueva organizacion social; la segunda se propuso por su parte investigar el órden y destino de las cosas que deben servir al hombre para remediar sus necesidades temporales. Desde entonces el catolicismo ha tenido que combatir, no solamente á la falsa filosofía, sino tambien á la economía social (en la que se termina una de las direcciones viciosas del pensamiento filosófico, es á saber, el sensualismo), y aun á la misma ciencia política imbuida en las máximas y espíritu protestantes. De la falsa filosofía, de la economía y la política anticristianas, vamos pues á hablaros, poniendo de manifiesto, con la posible brevedad, el mal espíritu que las informa, y la perversidad de sus miras y enseñanzas.

II.

Generalmente se tiene por cosa averiguada y cierta que el movimiento filosófico de los tiempos que siguieron á la llamada *reforma*, ó en otros términos, que la *Filosofía moderna* tiene por verdadero padre á Descartes. Este novador no temió declararse adversario de la *Filosofía cristiana* culti-

vada por los grandes doctores católicos, enseñada de ordinario en las escuelas eclesiásticas, y cuya plena restauracion es una de las mayores glorias del presente siglo. Descartes la acusó diciendo que no poseia ella verdad ninguna fundamental de donde partir, ni procedia con método seguro; y por consiguiente, que ni podia demostrar las verdades que enseñaba, ni sus doctrinas eran todas verdaderas. Lleno sin duda de confianza en sí mismo, pretendió dotar á la filosofía del principio que en su concepto le faltaba, y de un método seguro para llegar á la certeza; y conforme á este nuevo método edificó todo su sistema.

¿Qué ha quedado en los estudios filosóficos del sistema cartesiano? Se ha observado con mucha verdad, que Descartes, como por lo general suele acontecer á los autores de toda revolucion, aunque esta se contenga solo en las regiones especulativas del pensamiento, fué mas feliz en destruir que en edificar. De su sistema puede decirse que no ha quedado nada, pues sus mismos sucesores, ó los que de él tomaron ocasion para continuar el movimiento filosófico moderno, léjos de respetar las conclusiones de que consta la fábrica cartesiana, construyeron cada cual por su cuenta nuevas fábricas y sistemas sobre las ruinas del cartesianismo. Una cosa, sin embargo, sobrevivió al sistema del filósofo francés, y fué su método de filosofar, y aun el empeño de dar á las ciencias especulativas un fundamento subjetivo.

Sabido es de todos los que cultivan, aunque solo sea someramente, los estudios filosóficos, que

el principio y punto de partida de Descartes no fué otro que la certeza con que el espíritu humano conoce su propia existencia. Para llegar á este conocimiento, Descartes empezó dudando de todas las cosas; mas dudando de ellas advirtió, que no podia dudar de la existencia del sugeto que las pensaba, porque «repugna, decia, el no pensar que exista aquello que piensa, en el tiempo mismo en que está pensando.» De donde vino á concluir que el pensamiento, *cogito, ergo sum*, es la primera verdad y la mas cierta de todas para la razon filosófica. Ahora bien, el método segun el cual debe proceder el espíritu á los otros conocimientos, lo cifró Descartes en el modo con que el mismo espíritu llega á dicho primer conocimiento cierto; y pues á este conocimiento no llegó, sino porque la existencia de sí mismo se ofreció á su vista con tal claridad y distincion que no le era posible dudar de ella, para conocer las demas verdades exigió la misma claridad y distincion; ó en otros términos, concluyó por no admitir cosa alguna que no se ofreciese á sus ojos con esa misma evidencia.

No se crea sin embargo que Descartes rechazase toda verdad á cuyo conocimiento no hubiese procedido la inteligencia conforme al nuevo método; por el contrario, al dudar de todas las cosas que conocia, su ánimo no fué negar la verdad de ellas, ni mucho menos poner en duda las verdades de la fe; así que, no sería justo, recordando sobre todo las declaraciones y salvedades de este filósofo, tenerle por racionalista ó libre pensador. Tan cierto es esto, que los teólogos católicos que fue-

ron favorables á la filosofía cartesiana y aprobaron su duda, la esplicaron en el sentido indicado, llamándola duda *metódica* ó *científica*, para dar de este modo á entender que no era verdadera duda, sino puramente artificial. En cambio no se debe desconocer que, una vez establecido como regla el no admitir como cierto, á lo menos en el órden científico, sino aquello solo de que tenemos una idea clara y distinta, el racionalismo teológico resulta lógicamente inevitable. Y á la verdad, si la naturaleza de la razon, dice un gran filósofo de nuestros dias (*), exigiese que nada fuera tenido por verdad sino lo que parece ante sus ojos con evidencia, y que por esta causa el filósofo hubiera de dar principio á sus discursos poniendo en duda todas las cosas, ningun género de verdades podria eximirse de esta ley; porque como la verdad guarde cierto órden con la razon, es consiguiente que nada puede ser tenido por verdadero, sino lo que la misma razon conoce por algun modo proporcionado á su naturaleza. Si á esto se añade que, así Descartes como aquellos de entre sus discípulos que tampoco quisieron admitir cosa alguna contraria á la revelacion, no miraron á esta luz sobrenatural para construir sus sistemas, sino al contrario, procedian con aquella independencia intelectual que allana el camino de la autonomía absoluta, separándose de las doctrinas recibidas en las escuelas católicas; si además se considera que la

---

(*) Sanseverino, *Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata*, Introduccion.

evidencia de la escuela cartesiana tiene cierto carácter subjetivo, que viene á ser un cierto modo de la razon misma, y no la nota extrínseca y real de la verdad, no será difícil echar de ver en el método cartesiano cierta tendencia á erigir la razon en juez y regla absoluta de la verdad misma, y un como gérmen del moderno racionalismo. ¿Qué mucho, pues, que trasportado á la filosofía el libre exámen en que consiste la esencia del protestantismo, las investigaciones filosóficas ya no reconociesen límite alguno fuera de la razon autónoma, y que así como en religion se habia venido á parar á la destruccion de toda verdad teológica, así en filosofía se concluyese con toda verdad filosófica? Desgraciadamente esto fué lo que sucedió: el idealismo crítico aleman, por una parte, y el sensualismo anglo-francés por otra, en esto vinieron á parar, en decir, que nada se podia conocer con certeza, ó que solo es cierto lo que conocemos por los sentidos; lo cual equivale á negar las verdades mismas naturales conocidas de la razon y demostradas por la sana filosofía.

Estas dos direcciones, á cuál de ellas más funesta, proceden sin duda alguna de Descartes; y como este filósofo hubiera designado bajo el nombre de *pensamiento*, así los actos espirituales del entendimiento como los de la sensibilidad, y así las sensaciones como las ideas, Condillac, discípulo del inglés Loke, redujo las últimas á las representaciones de los sentidos, perfeccionando de esta suerte la teoría sensualista del filósofo inglés. Del sensualismo de Condillac pasóse luego con la

mayor facilidad al materialismo de Cabanis y del baron de Holbach, que solo admiten la existencia de los cuerpos; y de esta suerte la filosofía que habia empezado con Descartes por establecer como punto de partida de su especulacion el concepto espresado por la palabra *pensamiento*, vino á parar desdichadamente en los horrores del ateismo.

El idealismo crítico nació tambien del mismo orígen. Kant, padre del racionalismo contemporáneo, prosiguió la obra comenzada por Descartes, á saber, la de sacar del análisis del pensamiento las nociones de las demás cosas. Descartes debió de esforzarse á cumplir este empeño desde el punto que dijo que la esencia del alma no era otra sino el pensamiento; mas habiéndose olvidado de su tema, lanzándose desde luego á la investigacion de lo infinito, el filósofo de Kœnisberg presentóse en el estadio de la filosofía dispuesto á llevar adelante aquella pretension. Prosiguiendo Kant el análisis del pensamiento, luego echó de ver que, pues el mismo pensamiento pertenecia al respectivo sugeto, por fuerza debia de esplicarse y desenvolverse conforme á leyes puramente subjetivas, leyes que llaman *à priori*, anteriores y superiores á toda experiencia. De donde vino á sacar que el sugeto conoce las cosas que no son él por medio de *formas à priori* que le son inherentes, las cuales solo tienen un valor subjetivo. Todas las cosas, pues, de que tenemos representaciones sensibles, las que pertenecen al mundo corpóreo, las conocemos intelectualmente, segun Kant, por medio de dichas formas; y de aquí que no sepamos lo que ellas son

en sí mismas, sino solo las conocemos tales como nos parecen ser. El idealismo resulta lógico y evidente.

Pero ¿y las demás cosas que no están patentes á los sentidos, las cosas del mundo inteligible, las altas verdades de la antigua filosofía, Dios y sus atributos, el espíritu humano, la libertad de nuestro albedrío y la inmortalidad del alma? ¿Y la naturaleza misma del mundo?

El análisis de Kant llegó en este punto al mas desolador escepticismo; su crítica, puramente subjetiva, no pudo salir del pensamiento humano, de sus formas *à priori*, aplicables tan solo á los objetos de la esperiencia; todo lo demás fué á sus ojos como si no fuese: las razones demostrativas de la naturaleza del alma, puros paralogismos; las ideas de la razon, ilusiones trascendentales; y hasta las pruebas de la existencia de Dios argumentos viciosos, que no podian resistir el exámen de la nueva crítica.

Aquí se echa bien claramente de ver el espíritu de orgullo que la llamada *reforma* logró infundir en la filosofía moderna, ya desviada por Descartes de la direccion que habia recibido de los Padres y Doctores de la Iglesia. Henchido de aquel espíritu, Kant se figuraba ser el Copérnico de la filosofía, poniendo el pensamiento humano como centro de todas las cosas y subordinándolas todas á él. En su *Crítica de la razon pura*, la ciencia no es la espresion ideal del órden real, el reflejo de la sabiduría divina, sino una especie de creacion subjetiva del *yo*, constituido de esta suerte en princi-

pio único del conocimiento. Así, en vez de haber ilustrado las verdades naturales que la razon humana puede conocer por solas sus fuerzas, y preparado de esta suerte el entendimiento al conocimiento científico del órden sobrenatural, el padre del racionalismo aleman se atrevió á levantar toda su fábrica ideal sobre su propio pensamiento, el cual no era ciertamente á sus ojos sino una forma espontánea de la mente, sin valor ni correspondencia alguna con el órden real. En suma, el idealismo crítico de Manuel Kant no es otra cosa que un escepticismo casi absoluto, ante el cual desaparece el conocimiento de las cosas divinas y humanas, y hasta la posibilidad de elevarse el entendimiento á la region de la filosofía natural y de la religion verdadera.

Despues de haber suprimido de esta suerte para el hombre el precioso patrimonio de su razon, ó sean las verdades demostradas por la metafísica, el mismo Kant hubo de sacarlas, por decirlo así, de las sombras en que las habia envuelto el escepticismo á que le condujo su malhadada crítica, valiéndose para ello de las luces de su *razon práctica:* la existencia de Dios, la libertad del hombre y la inmortalidad del alma se mostraron en su sistema como exigencias imperiosas del órden moral, como postulados de la razon práctica. Pero de una parte el mal estaba ya hecho; la razon práctica no es realmente distinta de la razon especulativa, y por consiguiente, despues de haber reducido esta última á un monton de ruinas todo el sistema de las verdades suprasensibles, mal podia edificar la se-

gunda sobre ellas el órden de las costumbres. La metafísica es la base de la filosofía moral; y así, cuando esa base llega á flaquear, todo el edificio viene por tierra. Por otra parte, la moral kantiana adolece del vicio esencial á todas las teorías racionalistas de moral, conviene á saber: que sus máximas y preceptos están fundados en elementos puramente subjetivos, en la razon y voluntad humanas, constituidas, la primera en principio de verdad y de justicia, y la segunda en principio de una moral independiente de toda ley divina. Kant recurrió á Dios para dar á la moral fundada por él una cierta sancion mas allá de esta vida; pero ¿no es sobre manera absurdo buscar la sancion de la ley fuera de la misma ley, obligando á Dios á que premie el cumplimiento de unos deberes dictados, sin tener cuenta con él, por una razon autónoma é independiente de la sabiduría infinita?

Nada os diremos de las ideas de Kant acerca de la Religion, que él pretendia reducir á los *límites de la razon*, convirtiéndola en *puro naturalismo*. Cerró los ojos para no ver en el cristianismo ni la sublimidad de sus dogmas, ni la belleza de sus ritos, ni el carácter adorable del Hombre-Dios: únicamente le merecia respeto como regla moral de honestidad, y esto no sin haberle atrozmente injuriado. La religion de este filósofo, lo mismo que su metafísica, lo mismo tambien que su moral, era puramente subjetiva, racionalista, sin verdades eternas, sin preceptos ni sanciones positivas; religion vana con que se adornan ciertos filósofos y hombres de estado de nuestro tiempo, que no quie-

ren sufrir se les acuse de aquella impiedad grosera que, ya de mal tono, fué como el distintivo de los enciclopedistas del pasado siglo.

Como la filosofía disolvente de Kant tocase á todas las cosas de la vida y á los principales conceptos de la ciencia humana, pervirtiendo á la inteligencia respecto de todas ellas, mal pudo sustraerse á su funesta influencia la idea del derecho. Conforme á las miras de los juristas protestantes, el fundador de la filosofía alemana confirmó el divorcio entre el derecho y la moral, al modo como habia divorciado antes la moral de toda idea religiosa. A los ojos de Kant, el derecho mira únicamente á la libertad externa de los hombres, no regulada como la interna por los preceptos de la Ética y mucho ménos de la Teología, sino únicamente por la necesidad social de respetar cada hombre la libertad de los demas; de suerte que si no hubiera en el mundo sino un solo hombre, el derecho le reconocería plena libertad para todo linaje de torpezas; y aun viviendo el hombre en el seno de la sociedad, todavía le autoriza el derecho kantiano para cometer todas aquellas violaciones del órden moral que sean consentidas por las mismas personas ofendidas. El único límite fijado por Kant á la libertad externa de cada hombre, es el que hace necesario la coexistencia de la libertad de los demás; lo cual, en resolucion, es reproducir la teoría subversiva de los revolucionarios franceses de fines del pasado siglo, para quienes la libertad no era otra cosa sino el poder físico de hacer lo que no daña á otro, escluyéndose así toda regla

esencial de justicia, toda obligacion impuesta por Dios. Ese límite, añade Kant, debe fijarlo la sociedad, el Estado, mediante la ley civil, norma única del derecho; por donde vino á atribuir al poder social la omnímoda facultad de regular las personas y las cosas á su arbitrio, ó sea conforme á la voluntad general, proclamada por fuente única de la justicia. Así desterraba Kant de las teorías sociales y jurídicas la idea de Dios y del derecho que procede de Dios, y en su lugar establecia el derecho puramente humano, la legalidad externa, en suma, la mera voluntad del hombre, dictando, bajo la forma de Estado, la regla de los actos humanos: así desaparecian ante él los verdaderos derechos del hombre, derivados de la ley natural, y los derechos fundados en las leyes divinas de la religion cristiana, viniendo todo á caer bajo la jurisdiccion arbitraria del Dios Estado, especie de ídolo á que sacrifican los racionalistas los sagrados intereses de la sociedad y de la religion. Aquí tenemos, pues, reproducida la teoría del despotismo de Hobbes y la doctrina de Rousseau, y prefigurado el socialismo que en nuestros dias asoma su horrible cabeza. Tan cierto es que la sociedad perece sin remedio en el punto que deja de vivir de la fe en Dios, de la verdad y de la justicia que proceden de él.

Todas estas teorías de Kant, destructoras de la Metafísica y de la Moral, de la Religion y del Derecho, en las cuales debieran ver nuestros publicistas otras tantas sentencias de muerte contra la sociedad misma, pasaron íntegramente al siste-

ma de Amadeo Fichte, discípulo y continuador del filósofo de Kœnisberg; el cual, como advirtiese la incoherencia del sistema de Kant, que admite de una parte la existencia del objeto del pensamiento, y niega por otra la posibilidad de conocerlo con un conocimiento real, creyó que se debia rechazar toda realidad objetiva ó distinta del sujeto pensador, y hacer de este último el principio único de todo lo existente. El *yo* mismo de Fichte crea su propio sér pensando en sí mismo, ó como él dice, poniéndose á sí mismo. Pero no se acaba aquí el delirio de este filósofo. Partiendo del principio de que para conocer el *yo* á lo que no es él, al *no yo*, deben ser ambos una misma cosa, Fichte concluyó diciendo que *el yo, segun que determina al no yo, es absoluto, libre, infinito, única realidad verdadera;* y por consiguiente, que todas las cosas fuera del *yo* no tienen naturaleza diferente del *yo*, antes son siempre el mismo *yo* reproducido hasta lo infinito bajo los diversos fenómenos ó apariencias que forman el universo. Con razon ha recibido este sistema el nombre de *panegoismo;* todas las cosas *yo*, y *yo* todas las cosas. ¿Qué maravilla, pues, que en la aplicacion de esta especie de panteismo subjetivo al órden práctico de la vida, figure en primer término la famosa máxima: *Amate á ti mismo sobre todas las cosas?* Por lo demás, la idea de Dios, considerado conforme á las luces de la Religion y de la sana filosofía, y aun del simple buen sentido y de las creencias comunes á todos los hombres, como sér subsistente, infinito, distinto del universo y principio y fin de todas las cosas, esa idea desapa-

rece, y en su lugar pone Fichte el concepto del órden moral del mundo, á que da el nombre de Dios. ¡Cómo si fuera posible la existencia de semejante órden, sin una inteligencia suprema que lo concibiera *ab æterno*, y sin una voluntad soberana que lo impusiera á la criatura racional bajo la forma sagrada del deber! Pero los filósofos alemanes, y en general la escuela racionalista, no quieren ver en Dios la fuente verdadera de la honestidad y de la justicia, pretendiendo nada menos que constituir al yo humano, es decir, á la criatura dependiente, á la voluntad del súbdito, en principio único de lo bueno y de lo justo. En medio de la gran variedad de las escuelas filosóficas engendradas del espíritu del protestantismo, reina un mismo pensamiento: todas ellas conspiran á sacudir el yugo de la ley divina, el yugo mismo de Dios, y á no reconocer principio alguno superior á la voluntad humana, declarada autónoma y constituida en estado de perpétua rebelion.

De Fichte, la historia de la filosofía alemana pasa á Schelling, y de Schelling á Hegel: las doctrinas de estos tres filósofos, derivadas de Kant, se van desenvolviendo y perfeccionando, de suerte que la de Schelling es la misma doctrina de Fichte bajo una forma mas universal, y la de Hegel, por confesion de su autor, es la misma filosofía de Schelling bajo forma científica. En el fondo estos filósofos profesan una misma doctrina, es decir, un mismo panteismo: la negacion del verdadero Dios y la divinizacion de la naturaleza y del *yo* humano. Este *yo*, puramente individual en Fichte, Schelling

lo convierte en universal. La doctrina de este autor es conocida bajo los nombres de *sistema de la identidad universal* y *filosofía de lo absoluto;* y no sin razon, porque en ella el objeto y el sugeto del pensamiento, la naturaleza exterior y el espíritu humano, no son cosas distintas, sino manifestaciones diferentes de una sola cosa ó substancia llamada *lo absoluto*. Schelling fingió cierta especie de intuicion intelectual, con que se figuró ver la esencia misma de lo absoluto, que no era para él sino la *indiferencia de lo diferente*, es decir, un sér indeterminado que no es en sí mismo ni finito ni infinito, ni ser, ni conocer, ni sujeto, ni objeto, sino aquello en que se confunden y desaparecen, toda oposicion, toda diversidad, toda separacion, tales como las de sujeto y objeto, ser y saber, espíritu y naturaleza, ideal y real; en una palabra, lo absoluto de Schelling es á un tiempo mismo unidad y pluralidad, esencia única hecha manifiesta en la variedad de objetos que forman el universo. Escusado es añadir, que la intuicion de semejante absoluto es una quimera, el delirio de una razon enferma; y que lo absoluto mismo, término de semejante ensueño, ese absoluto indiferente á todo, que así puede ser uno como muchos, asi espíritu como materia, causa á la vez y efecto, ave, cuadrúpedo, etc., etc., es un conjunto monstruoso de contradicciones, que no puede tenerse de pié ante la sola mirada, no ya solamente de la fé religiosa y de la razon verdaderamente filosófica, sino del simple buen sentido.

Hemos dicho que Hegel pretendió dar forma

científica á la filosofía de Schelling, y así es la verdad. Porque entendiendo aquel filósofo que la intuicion de lo absoluto de su maestro era propiamente una ilusion vanísima, pensó sustituirla mediante la demostracion dialéctica que parte de la idea de sér universal ó abstracto, considerado como causa primera de todas las cosas, conforme á la suposicion, admitida como ley, de que el sér se desenvuelve siguiendo las mismas leyes del pensamiento. La *idea* de Hegel es la idea de un sér que es á un mismo tiempo *nada;* la idea del sér nada, verdadera contradiccion en los términos, la cual se resuelve en un proceso ó *devenir* perpétuo con que el mismo sér universal se va esplicando mediante una série de evoluciones sucesivas, siempre en progreso hasta llegar al hombre, donde el sér tiene ya conciencia de sí mismo, percibiendo inmediatamente su propio sér y esencia. A ese proceso lo llama Hegel *Dios:* Dios verdaderamente singular, que está siempre haciéndose, *in fieri*, y nunca llega al término de su perfeccion; porque aun el hombre mismo, á quien estas escuelas singularmente divinizan, está sujeto á la ley del progreso indefinido, que nunca acaba. Aparte de esto, Hegel no vacila en trazar á la naturaleza, á la sociedad, á la historia, á las instituciones, á las ciencias todas, la línea que han de seguir en la série de su desenvolvimiento necesario, que no es otro sino el desenvolvimiento de la idea hegeliana. Los misterios de la fe cristiana los esplica ó pretende esplicarlos segun el proceso monstruoso de su dialéctica; no ve en ellos otra cosa que puros

símbolos, cuyo sentido solo á él fué dado revelar.

Hemos creido conveniente esponer con la brevedad posible tamaños delirios, porque no pueden verse sino con horror, sobre todo considerándolos en sus relaciones con la religion y la sociedad, gravísimamente lastimadas con tales invenciones y perniciosas falacias, formuladas en términos estraños y sorprendentes. Verdad es que nuestra patria, informada de hábitos y tradiciones católicas, las ha rechazado y rechaza; pero tambien es cierto que por esta misma razon el virus del racionalismo germánico ha procurado introducirse en ella solapadamente. Sabido es que los apóstoles del racionalismo en España han tratado y tratan de difundir tales doctrinas, prefiriendo entre los varios sistemas que las contienen, el de un filósofo aleman, poco conocido á la verdad en su patria, en cuyas obras no se echa de ver tan claramente como en las de Fichte, Schelling y Hegel la impiedad que estos ostentan con mayor descaro.

Para disfrazar mejor sus dañadas teorías, y facilitar de esta suerte el imperio que aspiran á ejercer en nuestro país sobre las ruinas de la fe heredada de nuestros mayores, los discípulos de ese filósofo rechazan la imputacion de panteismo que justamente se les dirige, y del que hacen profesion mas ó menos vergonzante en sus escritos; llámanse *panenteistas*, aparentando verlo todo en lo que llaman *Dios*, y definir y esplicar todas las cosas por ese su Dios, que ni ellos mismos entienden. Y para alucinar á los incautos, profanan sacrílegos

los pasajes de la Sagrada Escritura, donde se lee que vivimos y nos movemos y somos en Dios, y que no podemos sustraernos á su accion omnipotente, presente siempre en todas partes por razon de su inmensidad. Pero bien examinado su sistema, luego se ve claramente que sus doctrinas no parten de la idea del verdadero Dios, sino de la del sér absoluto é indeterminado que llaman *Dios*, en el cual encierran, como en un todo, el espíritu, la naturaleza y la humanidad; y finalmente, que el ponderado sistema de Krause, salvas ciertas especies accesorias y estravagantes, es un plagio desdichado de los errores y delirios de Schelling y Hegel, velados á los ojos del lector con fórmulas hipócritas. El mismo Krause hubo de confesarlo así en el hecho de decir que estaba de acuerdo con esos dos grandes maestros del panteismo germánico.

Este nuevo género de filosofía no tiene, pues, de serio sino su horrible impiedad; pero en cambio es sumamente peligroso, lo primero, por su refinada hipocresía, y lo segundo, por la tenacidad con que hace la guerra al catolicismo. Difundida por el espíritu de la propaganda irreligiosa con los artificios que cierto escritor impío llamó *la política de la filosofía*, caracterízanla el odio que profesa al órden sobrenatural, y el furor con que se opone á la revelacion divina. Esa filosofía conduce al abismo que amenaza sepultar los mas caros y sagrados intereses del hombre, la fe y la virtud cristiana, el órden y la justicia. Guardaos, pues, de los autores de tan malignas invenciones, los cuales se

engañan á sí mismos y pretenden engañar á los demás; guardaos de tan falaz filosofía, conservando y custodiando el sagrado depósito, y siguiendo las máximas santas del Evangelio, de que proceden la fe cristiana y la pureza del corazon.

Todas esas escuelas, derivadas mas ó menos próximamente del racionalismo kantiano, son sin duda alguna panteistas, como todos saben y confiesan, inclusos sus mismos apóstoles, para quienes la unidad del objeto de la ciencia trascendental que pretenden construir, y su identidad con el sujeto del pensamiento humano (unidad é identidad que solo se conciben en el panteismo), son la condicion indispensable de la verdad y de la ciencia misma. Ahora bien, todas las formas adoptadas por el panteismo, así en la antigüedad como en los tiempos modernos, y por consiguiente el idealismo trascendental germánico, que es una de ellas, y cierto de las mas especiosas y malignas, son igualmente contrarias á las verdades católicas y á las de la misma religion natural, y sus consecuencias igualmente subversivas y perniciosas. Los sectarios de tamaño sistema, ha dicho nuestro muy amado Papa Pio IX, «llegan á tal estremo de impiedad é impudencia, que hasta los mismos cielos se esfuerzan á escalar, y á suprimir á Dios, pues con insigne maldad y no menor estolidez, no dudan asegurar que no hay Númen ninguno divino, supremo, sapientísimo, providentísimo, distinto de este universo, y que Dios no es mas que la naturaleza misma de las cosas, sujeto por lo mismo á mudanzas; y que Dios realmente se hace en el

hombre y en el mundo; y que todas las cosas son Dios y tienen la misma idéntica sustancia que Dios; y que Dios es una sola y misma cosa con el mundo; y de aquí que sean tambien una sola y misma cosa el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Nada ciertamente mas insensato, nada mas impío, nada mas repugnante á la razon que tamaño delirio, pudo nadie en ningun tiempo fingir ni escogitar.» (*) Esta misma doctrina se halla además proscrita en la proposicion primera del *Syllabus*, en que la Santidad del Pontífice reinante ordenó fuesen compilados los principales errores y falsas doctrinas que corren particularmente en nuestros miserables tiempos.

Además parécenos muy oportuno recordar aquí las palabras de la constitucion dogmática sobre la fe católica, que fué dada en la sesion tercera del último sacrosanto Concilio Ecuménico, las cuales esponen en términos sobre manera perspícuos la doctrina contraria al racionalismo panteístico de nuestra época. «La Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, Criador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprensible, infinito en su entendimiento y voluntad y en todo género de perfeccion, el cual, siendo, como es, una sustancia espiritual, singular, absolutamente simple é inconmutable, debe

(*) Alloc. *Maxima quidem*, 9 de Junio de 1862.

ser afirmado como real y esencialmente distinto del mundo, como felicísimo en sí y por sí mismo, é inefablemente escelso sobre todas las cosas que fuera de Él son y pueden ser concebidas.» Y contra las diversas formas del panteismo, confirmó el mismo sacrosanto Concilio con su autoridad estos Cánones: *Si quis dixerit, unam eamdemque esse Dei, et rerum omnium substantiam vel essentiam, anathema sit. Si quis dixerit, res finitas, tum corporeas, tum spirituales, aut saltem spirituales, è divina substantia emanasse, aut divinam essentiam sui manifestatione vel evolutione fieri omnia; aut denique Deum esse universale seu indefinitum, quod sese determinando constituat rerum universitatem in genera, species et individua distinctam, anathema sit.*

Los autores de filosofía cristiana demuestran con razones directas é invencibles la falsedad del panteismo, cualquiera que sea la forma en que parezca; y no contentos con esto, ponen claramente de manifiesto las consecuencias que se derivan de este sistema, tan monstruosas, que nadie puede profesarlas sin incurrir la nota de cinismo. Y á la verdad, corolarios del panteismo son: primero, la absurda teoría del progreso indefinido, el cual consta de una série interminable de evoluciones sucesivas de lo que los filósofos alemanes llaman *lo absoluto*, cuyas formas, al decir de ellos, se van perfeccionando cada vez mas, partiendo de no sabemos qué estado primitivo de rudeza é imperfeccion, aunque sin llegar jamás á la perfeccion, que huye siempre como una sombra; segundo, el racionalismo teólogico y la crítica exegética que se si-

gue de él, los cuales no quieren ver en los dogmas cristianos y en las Sagradas Escrituras, sino conceptos de órden puramente natural, velados á sus ojos bajo símbolos y mitos, sin valor alguno real; tercero, la negacion de la espiritualidad é inmortalidad del alma y del libre albedrío de que estamos dotados; y por último, la destruccion de la familia y de la sociedad civil, y de todo principio de autoridad y de toda regla de derechos y obligaciones. No nos sería difícil mostraros claramente estas hilaciones fatales; mas deseando fundar la presente instruccion en la autoridad de la Iglesia, que en nuestros dias ha derramado por boca del inmortal Pontífice Pio IX tesoros de doctrina y sabiduría, preferimos recordar aquí aquellas inolvidables espresiones con que en su ya citada alocucion *Maxima quidem*, pronunciada en presencia de los Venerables Prelados congregados en Roma con motivo de la canonizacion de los mártires del Japon (5 de Junio de 1862), aquel Pastor de los Pastores levantaba su voz augusta contra los que no vacilan en afirmar «que la revelacion divina es imperfecta, y que está sujeta, por lo tanto, á un progreso *contínuo* é *indefinido*, correspondiente al progreso de la razon humana.» «Atrévense tambien,» añadia Nuestro Santísimo Padre el Vicario de Jesucristo, «á decir con arrogancia que las profecías y milagros espuestos y narrados en las Sagradas Letras son invenciones de poetas; que los sacrosantos misterios de nuestra fe divina son el resultado de las investigaciones filosóficas; que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento contienen mitos,

y que hasta Nuestro Señor Jesucristo (horror causa decirlo) es tambien un mito. Por lo tanto, estos perversos adoradores de dogmas perversos sostienen que las leyes morales no necesitan de sancion divina, y que en ninguna manera es necesario que las leyes humanas se conformen con el derecho natural, ó reciban de Dios la fuerza obligatoria; y afirman, por consiguiente, que no existe ninguna ley divina..... De tal modo se burlan de la autoridad y del derecho, que dicen impudentemente que la autoridad no es otra cosa que el resultado del número y de las fuerzas naturales; que el derecho consiste en el hecho material, y que todos los hechos humanos tienen fuerza de derecho.» Estos mismos errores los tiene proscritos la Santa Sede en las proposiciones 59, 60 y 61 del *Syllabus*, formuladas de esta manera: *Jus in materiali facto consistit, et omnia hominum officia sunt nomen inane, et omnia humana facta juris vim habent.—Auctoritas nihil aliud est, nisi numeri et materialium virium summa.—Fortunata facti injustitia nullum juris sanctitati detrimentum affert.*

Es evidente, que viciadas de esta suerte en el ánimo de los hombres esas nociones fundamentales de ley, autoridad, derecho, las cuales suponen la idea de Dios, autor y ordenador de todas las cosas, de quien procede toda potestad, y á quien todos hemos de dar cuenta de nuestros actos, conforme á la norma de la justicia eterna, idea que desaparece por completo en el panteismo, forma hipócrita del ateismo; viciadas, decimos, esas nociones y derrocados los fundamentos de la religion

y de la sociedad misma, esta no podria subsistir: moriria á manos de los comunistas y socialistas que tan de cerca la amenazan. Y á la verdad, los panteistas rechazan el sér propio y distinto de cada una de las criaturas, las cuales absorven y confunden en una sola sustancia, y por consiguiente su respectiva actividad, sus derechos y deberes, su mismo destino y felicidad, todo se confunde y hace uno, ó mejor dicho, todo es sepultado y perece en el abismo que abre ante los ojos de los hombres. De la aplicacion de ese sistema á la sociedad resultan la destruccion de todo órden, autoridad y gerarquía, la ruina de la familia, de la propiedad; en suma, el radicalismo contemporáneo, el socialismo y el comunismo. La Santa Sede ha visto claramente estas horribles consecuencias del filosofismo panteístico en que ha venido á resolverse el racionalismo preparado por Descartes, y nacido bajo la influencia perniciosa de la *reforma;* y señalándolos con precision nos ha hablado de los que además «se esfuerzan á invadir y aniquilar los derechos de toda propiedad legítima, y se imaginan, en la perversidad de su espíritu, una especie de derecho *enteramente ilimitado*, del cual juzgan que goza el Estado, y el cual temerariamente piensan que es el orígen y la fuente de todos los derechos.»

Vengamos ahora á otra de las fases que presenta el filosofismo de los tiempos modernos, informado siempre del espíritu protestante y racionalista que ha corrompido á la filosofía. Ya hablamos antes del sensualismo, originado de haber confundido Descartes bajo el nombre de *pensa-*

miento los fenómenos sensibles del alma con las representaciones del órden intelectual; ahora debemos añadir algunos conceptos sobre la nueva forma que han tomado en nuestros dias las doctrinas materialistas, conocidas con el dictado de *positivismo*, y cultivadas en Alemania, Inglaterra y Francia principalmente, y cierto con tan ciega adhesion, y tan orgulloso menosprecio de la filosofía espiritualista y cristiana, que es para espantar á todo ánimo verdaderamente honesto y católico. A la verdad, parece mentira que aquellas mismas doctrinas contra las cuales se sublevó indignada, aun antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, la razon filosófica representada por Platon y Aristóteles, eco fiel de los admirables pasages de los libros santos que las juzgaron por verdaderos delirios; que aquel abyecto materialismo de Demócrito y Epicuro, reducido al silencio por espacio de largos y dichosos siglos de cristianismo, hasta que en el último pasado lo renovaron los Hobbes y Collins en Inglaterra, y Holbach, Helvecio, Diderot y La Mettrie en Francia, sacando de él consecuencias impías y subversivas, cuya aplicacion á la sociedad inundó el universo de crímenes y de todo linaje de horrores, renazcan hoy en el seno de la civilizacion europea con nuevo vigor, engreidos de ellas sus principales apóstoles como si fueran el paso definitivo en el camino del progreso. En esto ha venido á parar la soberbia del racionalismo, en retroceder á las edades paganas, presentándonos como la mas feliz de las invenciones modernas, el materialismo condenado hace miles de

años por la fé antigua y hasta por la misma filosofía socrática.

Entre el antiguo materialismo y el moderno median sin embargo algunas diferencias. Los partidarios del primero consideraban á la materia como á cosa inerte, sujeta á las leyes de la mecánica, divisible hasta lo infinito, de cuyos átomos diversamente agitados venian á componerse los cuerpos, y especialmente el cuerpo humano. Así, á esta especie de materialismo se le puede llamar *mecánico*, *geométrico* y tambien *atómico*. Mas el que hoy dia han ideado los Büchner, Moleschott y Wagner en Alemania, y los Comte y Littré en la nacion vecina, y el que viene á seguir en Inglaterra, entre otros el que ha dado su nombre al *Darwinismo*, reputa la materia por esencialmente activa, dotada de fuerzas de las cuales se engendran naturalmente los cuerpos metálicos y los pertenecientes á los reinos vegetal y animal, incluyendo en el último al cuerpo humano. Todos esos sabios materialistas convienen por consiguiente entre sí en esplicar todas las cosas del mundo esterior y de la vida humana por medio de la fuerza que consideran esencial á la materia, excluyendo la accion divina y la anímica, ó mejor dicho, negando osadamente la existencia de Dios y la del espíritu humano, ó bien identificándolos con el universo visible bajo el nombre de *fuerza*.

Este negar á Dios como sér personal, distinto del mundo, y superior á todas las cosas de él, y reducirle á la mera condicion de fuerza intrínseca de los cuerpos, cuya variedad compone el universo,

en que consiste el nuevo sistema formulado en las dos palabras que dan nombre al libro de Büchner, intitulado *Fuerza y materia*, no es en realidad otra cosa que una deduccion lógica, ó como dicen, una evolucion del idealismo trascendental de los panteistas germánicos. Estos últimos imaginaron lo absoluto como sér indeterminado, que no es por consiguiente cosa ninguna real con existencia propia; y lo imaginaron, decimos, con capacidad de recibir toda clase de determinaciones en los séres diferentes donde se manifiesta, pudiendo ser por ende aquí piedra, allí árbol, allá arriba astro, acá abajo hombre, es decir, cuerpo humano; que en todas estas cosas se incorpora, determina y concreta la esencia abstracta é indeterminada de lo absoluto. ¡Cosa verdaderamente singular! El materialismo contemporáneo se ha aprovechado por una parte del descrédito de la filosofía trascendental y de su dialéctica *a priori;* y de otra ha venido á recibir como herencia su idea de lo absoluto, encarnándola bajo el nombre de *fuerza* en su materia eterna. Así se dan la mano y se reproducen con nombres diferentes los errores al parecer más contrarios entre sí.

Por lo demás, dejada aparte esa variacion producida por el positivismo contemporáneo en el materialismo antiguo, y reducida á considerar en la materia un principio activo que la elabora y trasforma hasta engendrar de ella los séres vivientes, y en particular al hombre, cuanto á sus resultados y aplicaciones al órden religioso, al moral y jurídico, á la sociedad y al derecho, el nuevo materialismo

es una cosa misma con el antiguo sistema que no conoce otro Dios que la materia. Por mas que los discípulos de Comte quieran encubrir la índole de su detestable teoría, el hecho es que todo lo esplican por leyes físicas y químicas; que el pensamiento lo hacen, como Cabanis, una secrecion del cerebro, desapareciendo de esta suerte el espíritu humano; que suprimen asimismo el concepto de la libertad de albedrío; que destruyen la idea del verdadero Dios, del Dios vivo, personal y providente de la filosofía cristiana, del principio y fin de todas las cosas; y que su moral y su justicia son puros movimientos del organismo físico y combinaciones del interés, que varian con las circunstancias de las personas, de los lugares y de los tiempos. En cambio estos falsos filósofos atribuyen á la materia la eternidad, la infinidad, propias de Dios; la reputan indestructible y la misma en todas las cosas. Las leyes que rigen la materia, las hacen asimismo eternas, necesarias é inmutables; todo lo sujetan á ellas, sin que haya cosa alguna que no se les sujete, y mucho menos que pueda derogarlas ni suspenderlas. A los ojos del positivismo llegará enteramente á cegarse el abismo que separa en el hombre el entendimiento y el instinto sensitivo, y el hombre todo quedará sometido á la jurisdiccion de las leyes físicas. En una palabra, el hombre, como todo lo que existe, es obra de la naturaleza; vive debajo de sus leyes, á las cuales no puede sustraerse ni aun con el pensamiento, el cual, por su parte, no es otra cosa que un movimiento de la materia.

El nuevo materialismo acude en busca de argumentos que favorezcan sus errores, á los datos que suministran las investigaciones de los tres últimos siglos; y por este lado no deja de presentarse con cierto aparato científico, harto peligroso para entendimientos débiles ó poco firmes en la fe. Entre esos argumentos figuran las nuevas teorías de la *seleccion natural*, de la *trasmision hereditaria*. Con tales auxilios é invenciones, se han creido autorizados para construir una cosmogonía propia, último resultado de la ciencia, cuya postrera palabra sea el materialismo; por cuya teoría pretenden juzgar todos los sistemas religiosos en que se espone el principio de las cosas, sometiendo de esta suerte la revelacion á la ciencia, de que se creen órganos é intérpretes infalibles. Pero no advierten que desde el punto que á los resultados de las investigaciones científicas (limitadas en el órden físico á la observacion de los hechos y leyes del mundo material, sin pretender esplicar el modo cómo pasan) añaden esplicaciones sobre el orígen del universo, cuya consideracion sale de los límites de la observacion y de la esperiencia, los nuevos materialistas abandonan su propio método, puramente esperimental, lanzándose á los espacios creados por su imaginacion. El oficio de las ciencias físicas consiste propiamente en investigar los hechos y fenómenos del mundo visible, no en fabricar cosmogonías, no en resolver problemas metafísicos sobre el orígen, esencia y destino del hombre. «Su base de operaciones, dice el Ilustrísimo Newman, su punto de partida y aquel á donde se

dirigen, son los fenómenos sensibles. Las ciencias físicas los comprueban, registran, comparan, combinan y clasifican, pasando despues á determinar el órden á que están sometidos, que es lo que llamamos comunmente *leyes de la naturaleza*. El objeto de dichas ciencias es resolver el conjunto de fenómenos en elementos simples y principios; mas luego que llega á aquellos primeros elementos, principios y leyes, acaba su mision. Puede ciertamente la física, si quiere, dudar de la perfeccion de los análisis usados hasta ahora, y esforzarse, por tanto, á llegar á leyes mas simples y á menor número de principios; puede mirar con desconfianza sus combinaciones, hipótesis y sistemas, y dejar á Ptolomeo para seguir á Newton, y olvidarse de los alquimistas en gracia de Lavoisier y Davy; ó lo que es lo mismo, puede pensar que no ha tocado al término de su objeto; pero en todo caso, jamás debe pensar en otra cosa. Jamás deberá el físico, como tal, preguntarse á sí mismo qué accion ó influencia exterior mantenga el universo; esto no cae debajo de su jurisdiccion y competencia.

»Cierto que si el físico es hombre religioso, tendrá naturalmente una idea precisa sobre el particular; pero esa idea la habrá de formar como persona privada, no como profesor; esa idea será la de un hombre religioso, no la de un físico; y no porque la física le enseñe cosa alguna en contrario, sino porque absolutamente no le dice nada sobre el asunto, ni siquiera puede darle de él razon alguna, si ha de ser fiel á su objeto. La cuestion está simplemente *extra artem*. Dentro de los límites de

los fenómenos del mundo material, al físico le es dado recorrer el campo de la especulacion y de las pruebas; puede muy bien trazar la accion de las leyes de la materia al través de los vacíos períodos del tiempo; puede penetrar lo pasado y anunciar lo futuro; puede referir los cambios que han producido en la materia el principio, aumento y desaparicion de los fenómenos, y escribir así, hasta cierto punto, la historia del mundo material: en todo esto siempre habrá de proceder, partiendo de los fenómenos que se le ofrecen, y concluyendo segun la evidencia interna que le sugieren. Pero jamás tratará de resolver por los principios de su ciencia qué cosa sea el último elemento que llamámos materia; cómo llegó á ser; si puede dejar de existir; si hubo un tiempo en que no fué; si volverá por ventura á la nada; en qué consistan realmente sus leyes; si estas pueden dejar de ser; si podrán ser suspendidas, y á este tenor otras cien cuestiones.» (*)

Verdaderamente los nuevos materialistas son infieles á su propio método esperimental, sacando conclusiones en cuyo apoyo no pueden invocar la esperiencia; antes si la consultaran sinceramente, verian que su testimonio les es contrario. Por ejemplo, la esperiencia nos dice que el movimiento de los cuerpos procede de la accion producida

---

(*) Dr. Newman, *Chrystianity and Physical Science*, discurso leido en la escuela de medicina de la universidad católica de Irlanda, y citado por los Arzobispos y Obispos de Irlanda en la magnífica *Pastoral* que recientemente han dirigido á sus diocesanos, previniéndoles contra los errores del positivismo contemporáneo.

por alguna causa esterior que los impela, sin la cual estarian perfectamente en reposo. No moviéndose pues los cuerpos á sí mismos, toda vez que la esperiencia demuestra su inercia, síguese claramente que los animales en general, y el hombre en particular, deben por fuerza de contener dentro de sí algun principio interior de movimiento, principio distinto de su respectivo cuerpo, el cual, aunque mas perfecto que el de los séres inferiores, no puede ser concebido moviéndose á sí mismo, y juntamente siendo movido por algun agente extrínseco. Otro ejemplo: enseña la esperiencia que jamás se ha podido formar cuerpo alguno viviente con elementos puramente corpóreos, por mas que la química haya progresado hasta el punto de averiguar los principios que entran en su composicion con sus respectivas proporciones. Y si es impotente la ciencia para formar la hoja de ningun árbol ó flor, ni la parte mas pequeña del cuerpo de ningun animal, ni ningun elemento puramente anatómico, ¿cuánto menos le será dado formar de sola materia, con las fuerzas que los positivistas le atribuyen, ningun género de vivientes? Con razon, pues, ha confesado uno de los recientes profesores de esta osada ciencia, que no existe prueba alguna esperimental que persuada la posibilidad de desenvolverse la vida en sér alguno sin que haya otra vida que la preceda (*). Á cuya confesion se ha seguido otra no menos fatal contra la escuela materialista; y es que, ó hay que admitir el acto de la

(*) *Tyndall's*, *Addresse*, pág. 56.

creacion referida en el Sagrado Testo, ó hay que admitir ó mirar á la materia como principio de la vida (*). Ahora bien, si el primero de estos dos estremos es compatible con la evidencia esperimental, segun el autor á que nos referimos, ¿por qué razon adoptar el segundo como espresion de la ciencia, desdeñando la razon con que en todos tiempos se ha elevado la mente de la consideracion del universo á la creencia en su divino Autor, y menospreciando todas las voces con que, así dentro como fuera del hombre, proclama el universo la existencia de Dios y de su adorable Providencia?

Lo único que hay aquí incompatible con la ciencia, es que la materia, ni aun dotada de la fuerza que los positivistas le atribuyen, sea capaz de ejercitar actos vitales y mucho menos los actos de la vida espiritual, el conocimiento intelectual y el amor de la voluntad libre. Para que la materia tuviese semejante virtud, sería preciso en primer lugar que tuviera cierta manera de semejanza ó afinidad con tales actos; porque, como dice admirablemente el Doctor de Aquino, *agens enim omne agit sibi simile*. En segundo lugar sería preciso que su virtud no fuese sobrepujada por la escelencia de los actos en que consiste la vida, pues es sabido que entre las causas y sus efectos media cierta proporcion y conformidad, segun la cual sería un delirio atribuir á la imbecilidad del hotentote, por ejemplo, la invencion del cálculo infinitesimal; y por

(*) Ibid., pág. 55.

último, que la materia recibiese en sí misma los efectos de su propia actividad, ó lo que es lo mismo, que fuese al mismo tiempo causa y sugeto de la propia vida, principio y término de ella. Ahora, ¿quién habrá que no advierta la falta de semejanza y proporcion entre la materia y la vida, entre los séres vivos y los puramente corpóreos? Y viniendo á las formas mas escelentes de la vida misma, al pensamiento y al amor puro ó desinteresado con que amamos libremente alguna cosa por sí misma, ¿quién será tan insensato que las mire como simples manifestaciones de la materia, como secreciones que dicen del cerebro, cuando entre el mundo material y el espiritual no hay semejanza ni proporcion alguna, cuando uno de los mayores triunfos del pensamiento es subyugar la materia y elevarse sobre ella y contradecirla y vencerla en los instintos sensitivos de nuestro cuerpo? Fuera de que la accion que ejercitan las sustancias corpóreas recae y se termina en otras sustancias, al revés de lo que acontece en los vivientes, y particularmente en los que son de naturaleza espiritual, cuya accion es inmanente, y como tal se ejercita y recae en ellos mismos: la accion de pensar, la de querer, v. gr., se perfecciona en el sujeto mismo inteligente y libre, á quien asimismo perfecciona desenvolviendo sus potencias espirituales. Por donde se ve que la accion vital es esencialmente diversa de la puramente corpórea, y que es absolumente imposible que de la materia sea engendrada la vida.

Otras muchas y concluyentes razones podríamos traer contra el materialismo contemporáneo;

pero nuestro intento es mas bien referir los errores contrarios á la doctrina católica, audazmente negada por los falsos filósofos en nombre de una ciencia tan hinchada como errónea, y oponer á los delirios de la razon humana emancipada de Dios la autoridad infalible de la Iglesia. Claramente los ha condenado nuestro venerable Pontífice Pio IX, diciendo de sus autores que, «añadiendo en seguida mentiras á mentiras, delirios á delirios, y conculcando toda autoridad legítima, todos los derechos legítimos, obligaciones y oficios, no vacilan en sustituir en lugar del legítimo derecho, los falsos y mentidos derechos de la fuerza, y subordinar el órden moral al material. No conocen otras fuerzas que la que reside en la materia, y ponen toda la moral y honestidad en acumular y aumentar de todos modos las riquezas y en satisfacer todo género de malas pasiones. Con estos vergonzosos y abominables principios defienden, fomentan y ensalzan la rebelion de la carne contra el espíritu, le atribuyen dotes y derechos naturales que dicen ser conculcados por la doctrina católica, menospreciando de todo punto aquel aviso del Apóstol (*), si viviéreis segun la carne, morireis; pero si mortificais la carne con el espíritu, vivireis.» (**)

Tal es el término á donde ha sido conducida la filosofía por el espíritu de libre exámen é independencia intelectual que llegó á penetrarla en los tiempos que siguieron á la reforma tan desdichada

---

(*) *Ad Rom.* c. 8, v. 13.

(**) Alocucion *Maxima quidem.*

de Lutero. Panteismo y positivismo: tales son los errores monstruosos en que ha venido á parar la ciencia separada de Dios y enemiga de la Iglesia católica. No ignoramos, que existen racionalistas que admiten muchas verdades del órden metafísico, entre ellas la existencia de Dios y la inmortalidad del alma espiritual; pero tampoco se nos oculta que la Metafísica de estos nuevos espiritualistas es harto diminuta; que su moral carece de virtud obligatoria y de sanciones eficaces; que tienen de comun con las demás sectas, inclusas las mas perversas, el falso principio de la autonomía de la razon humana, principio fecundísimo en toda clase de delirios; y por último, que haciendo como hacen la guerra á la revelacion divina y sobrenatural de Nuestro Señor Jesucristo, y á la Iglesia católica que la custodia y enseña con autoridad infalible, conspira contra el solo medio permanente y eficaz de conservar la verdad en el fondo del alma, gracias á la luz de la fe, dejando á los hombres á merced de su orgullo y de sus pasiones, de que se engendran las pestilentes doctrinas que los racionalistas moderados presumen de combatir con fruto. Por cuya razon se hace preciso poner la segur á la raiz, quitando de en medio esos supuestos falsos de que la razon es independiente, soberana, y que la filosofía no tiene nada que ver con la religion. Esos errores han sido recientemente proscritos por el Papa Pio IX en varias Alocuciones y Encíclicas, de las cuales están sacadas las proposiciones de los párrafos I, II y VII del *Syllabus* tocantes á los errores así especulativos como prác-

ticos del filosofismo contemporáneo. El gérmen de todos ellos se encuentra formulado en las proposiciones siguientes:—«La razon humana es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, con absoluta independencia de Dios; es la ley de sí misma, y le bastan sus solas fuerzas naturales para procurar el bien de los hombres y de los pueblos.—Todas las verdades religiosas dimanan de la fuerza nativa de la razon humana; por donde la razon es la norma primera por medio de la cual puede y debe el hombre alcanzar todas las verdades de cualquier especie que sean.—La filosofía no puede ni debe someterse á ninguna autoridad.—La filosofía debe tratarse sin mirar á la sobrenatural revelacion.—La ciencia de las cosas filosóficas y de las costumbres puede y debe declinar y desviarse de la autoridad divina y eclesiástica.»

Algunos años despues de haber sido condenados en forma de *syllabus* esos errores capitales de la ciencia moderna, en los cuales están contenidos virtualmente el escepticismo, el panteismo, el positivismo, todas las formas, en fin, del racionalismo contemporáneo, con sus execrables y funestas aplicaciones á la vida del individuo y de la sociedad, celebróse, como es sabido, el sacrosanto Concilio del Vaticano, en el que la Iglesia católica, siempre asistida del Espíritu Santo, definió en términos admirablemente claros y precisos las relaciones entre la razon y la fe, entre la religion y la filosofía, sentando así las bases de la alianza que debe unirlas para siempre, subordinando como

es justo, las luces naturales de la humana inteligencia á la lumbre sobrenatural de la fe. El santo Concilio recuerda con admirable oportunidad que «las herejías proscritas por los Padres del Tridentino, una vez rechazado el divino magisterio de la Iglesia, y dejadas al juicio privado de cada cual las cosas tocantes á la religion, se descompusieron en innumerables sectas, diversas y opuestas entre sí; y así sucedió haber perecido en no pocos hasta la última reliquia de fe cristiana. Aun los mismos libros sagrados que antes decian ser la única regla de fe y el tribunal único de la doctrina de Jesucristo, empezaron, no solo á dejar de ser tenidos por divinos, sino á ser puestos en el número y categoría de los mitos.» Y añade, no menos admirablemente, el Santo Concilio: «Entonces nació y se difundió harto por el mundo la doctrina del racionalismo ó naturalismo, que combatiendo en un todo á la religion cristiana como institucion sobrenatural, puso todo empeño en espulsar á Cristo, nuestro único Señor y Salvador, del corazon y del entendimiento de los hombres, y de la vida y costumbres de los pueblos, para que sea establecido el reino que llaman de la razon pura ó de la naturaleza. Abandonada, pues, y rechazada la religion cristiana, y negados Dios y su Cristo, la razon cayó, finalmente, en muchos en la sima del panteismo, del materialismo, del ateismo, hasta el punto de que los que niegan la misma naturaleza racional y toda regla de honestidad y justicia, se esfuerzan por destruir los primeros fundamentos de la sociedad humana.» No es posible esponer con mayor

claridad y sencillez el orígen de los errores contemporáneos.

En el capítulo segundo, acerca de la revelacion, declara el mismo Santo Concilio que, gracias á ella, «verdades que en sí mismas no son inaccesibles á la razon humana, aun en la presente condicion del humano linaje, pueden ser conocidas de todos fácilmente con entera certidumbre, y sin mezcla alguna de error.» «No se ha de decir, sin embargo, por esto, añade el Santo Concilio, que la revelacion es absolutamente necesaria, sino por haber sido ordenado el hombre, por efecto de la bondad infinita, á un fin sobrenatural, conviene á saber: á ser hecho partícipe de los bienes divinos que sobrepujan totalmente la inteligencia humana, como quiera que ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.» (*) Y en el capítulo siguiente, que trata de la fe, pone este gran fundamento: «Siendo el hombre en un todo dependiente de Dios, como de su Criador y Señor, y estando la razon criada sujeta totalmente á la verdad increada, córrenos la obligacion de rendir á Dios, autor de la revelacion, por medio de la fe, el pleno obsequio de nuestro entendimiento y voluntad.»

Viene luego en el capítulo inmediato «de la fe y de la razon» la distincion de las dos maneras de conocimiento que alcanzamos por medio de la razon y de la fe, expresándose el Sagrado Concilio

---

(*) *Cor.*, 2, 9.

en los siguientes términos: «El consentimiento perpétuo de la Iglesia tuvo y tiene por cierto que hay dos órdenes de conocimiento, distinto el uno del otro, no solo cuanto á su principio, sino tambien en razon de su objeto; cuanto á su principio, porque en uno de estos dos órdenes conocemos con la razon natural, y en el otro por medio de la fe divina; en razon de su objeto, porque fuera de aquellas cosas cuyo conocimiento puede alcanzar la razon natural, propónense á nuestra fe misterios escondidos en Dios, los cuales no pueden ser conocidos sino es merced á la divina revelacion.» Recuerdan despues los Padres del Concilio que los divinos misterios sobrepujan por su naturaleza al entendimiento, y añaden: «Pero aunque la fé sea sobre la razon, con todo eso no puede darse jamás repugnancia ninguna entre la razon y la fe, pues Dios, que revela los misterios é infunde la fe, pone tambien y graba en el alma del hombre la luz de la razon; y es evidente que Dios no puede ponerse en contradiccion consigo mismo, ni una verdad puede contradecir á otra verdad.»

III.

Considerada la economía política como verdadera ciencia, con su objeto propio y sus aplicaciones concretas al uso de las riquezas en las diversas naciones, es ciertamente un verdadero y legítimo adelantamiento; mas por desgracia el materialismo reinante ha querido convertirla á sus

torpes designios, induciendo á los hombres al abuso así de este como de los demás dones recibidos de la mano de Dios. Bajo el dominio de tan odioso sistema háse esforzado dicha ciencia á esponer el origen, aumento, distribucion y consumo de los bienes sensibles, olvidando la razon de su conveniencia con el hombre, y la necesidad consiguiente de estudiar y conocer el fin supremo á que el hombre mismo ha sido ordenado, y las leyes que deben dirigir su conducta. Y es cosa sobre manera estraña que á pesar de su olvido de la moral, la economía política, no contenta con tratar de las cosas tocantes á la vida esterior y sensible, ha pretendido resolver hasta los mas altos problemas que hoy se agitan en las sociedades modernas, problemas religiosos, morales, políticos, todas las cuestiones mas graves y trascendentales de la época presente.

La economía política versa acerca de los bienes materiales capaces de remediar las necesidades humanas. A la produccion de estos bienes concurren de una parte las fuerzas de la naturaleza, obrando conforme á leyes constantes y uniformes, y de otra el trabajo inteligente del hombre: así lo reconocen unánimes los economistas, aunque por haber ignorado el origen y destino de la naturaleza esterior y del hombre mismo, han caido en graves errores acerca del trabajo. No viendo otra cosa que lo que tienen delante de los ojos, no han podido contemplar en él la gran ley de la expiacion, ni el fin supremo para que ha sido ordenado, que es glorificar á Dios sobre la tierra,

reducida mediante el trabajo al servicio del hombre. Procuraremos aclarar estos conceptos.

La economía política, engendrada del positivismo contemporáneo, entre otros errores capitales ha profesado el siguiente: que el único fin del trabajo es producir cosas materiales con que satisfacer los instintos sensitivos, los apetitos con que la naturaleza tiende al deleite, codiciando los objetos sensibles que satisfacen las necesidades ora naturales ora ficticias de nuestro sér; y por consiguiente que el trabajo no debe medirse por ley alguna de orden moral, sino únicamente por el sentimiento de la necesidad real ó ficticia que aspira á la satisfaccion, ó lo que es lo mismo, por los impulsos de la sensibilidad. De este principio se ha originado todo un sistema intrínsecamente falso y corruptor, que debe ser denunciado ante la conciencia de las almas honestas, y combatido con todas las fuerzas que están al alcance de cada uno de nosotros. Notemos en primer lugar, que dicho principio puede conducir á escesos al parecer opuestos; porque si del trabajo se quita todo lo que hay en él de voluntad divina, con la cual se conforma siempre el cristiano; si únicamente se le reduce á la condicion de simple medio con que proporcionarse el deleite de alguna satisfaccion, como el trabajo sea en sí mismo un esfuerzo *penoso* que pide cierto espíritu de sacrificio, una de dos: ó el hombre se siente débil para consumar este sacrificio prefiriendo el ocio á los deleites; ó para satisfacer cumplidamente sus codicias sensitivas se entrega á un trabajo capaz

de aniquilar su cuerpo y disipar su corazon. En el primer caso se nos ofrece algo parecido al estado salvaje, en el cual, reducidas las necesidades al preciso sustento del cuerpo, apenas se manifiesta la actividad humana. En el segundo caso, cuando el afan de gozar obra en el hombre con la fuerza de un aguijon que poderosamente le estimula, pues nada hay tan contrario á las dulzuras del placer ó del deleite como las espinas del trabajo, el resultado suele ser este: el hombre sensual odia la pena, odia el sacrificio, y todo su empeño se cifra en gozar á costa del sudor ageno, en esplotar el trabajo del prójimo por cualquiera de los medios que la malicia humana, secundada de la fuerza y servida de las ideas anticristianas contrarias á la equidad y al amor del hombre, sabe idear para convertir á los hombres en instrumentos del egoismo.

Porque no ha de perderse de vista que la ciencia económica que regula el trabajo por el goce, no tiene en nada los bienes del órden espiritual, prescinde de la religion y de sus preceptos, de la dignidad del hombre como hombre y como cristiano, y de su destino inmortal más allá del sepulcro. Esa economía es hija primogénita del positivismo materialista, en cuyos ojos no hay otro destino que el placer terreno, ni otra ley que el interés, ni otro derecho que la fuerza. Estos principios engendran necesariamente las diversas formas bajo las cuales se manifiesta el odioso fenómeno de la esplotacion del hombre, desde la esclavitud propiamente dicha, en que la criatura racional se ve reducida á la mísera condicion de bestia de carga, hasta las

usuras y monopolios del capital emancipado de la ley divina.

Los economistas, es verdad, proclaman otra ley demás de la que regula á sus ojos el trabajo, la ley del trabajo mismo, segun la cual todo hombre es dueño de sus fuerzas y de sus productos, y como tal puede libremente consagrar su actividad y disponer de los frutos de ella sin otros límites que su libre albedrío; y proclamando semejante principio creen haber hecho bastante para impedir que unos hombres trabajen en obsequio de otros, que estos abusen de la fuerza para encadenar la actividad de aquellos, convirtiendo á sus semejantes en instrumentos de su sensualidad. ¡Vano recurso! La ley de la libertad, bien mirada, no es otra cosa que el principio de la justicia, la ley del Decálogo que prohibe hasta las simples codicias de hacienda; pero borrado este principio en el corazon humano por las manos del materialismo, ¿á qué quedan reducidos su valor y eficacia? Sin la religion, que predica la caridad y la justicia, ¿qué son estas virtudes sino meros nombres? Replicaráse que el libre dominio del hombre sobre todo lo que legítimamente le pertenece, debe ser garantido por la ley civil y guardado con fidelidad por los encargados de la justicia social: pero dejada aparte la imposibilidad de que las leyes civiles se apliquen á todos los casos, y la ineficacia de ellas cuando las costumbres no vienen en su auxilio, ¿quién asegura á la sociedad contra la corrupcion de esas mismas leyes y de sus autores, en llegando á oscurecerse la razon de lo justo y de lo honesto?

En prueba de esta verdad, obsérvese que la libertad no es siempre interpretada por sus partidarios en el sentido legítimo de verdad y de justicia. Los griegos, segun Rousseau, solian decir: «Nuestro gran negocio está en ser libres dejando el trabajo en manos de los esclavos á quienes toca propiamente semejante ignominia.» Hoy, es verdad, el trabajo no se tiene por afrenta, ni existe, al menos bajo su antigua forma, la esclavitud pagana; pero en cambio bajo el nombre de libertad, aplicado al uso que hace cada cual de sus cosas siguiendo los estímulos del interés, se ocultan las mas flagrantes violaciones de la ley natural y divina, tales como la usura, la profanacion de los dias de fiesta, las múltiples violaciones de la equidad, el menosprecio de los bienes del alma y de las obligaciones que nos impone la Religion. El deseo inmoderado de las riquezas, consideradas como medios de gozar, no reconoce límite alguno de órden moral, ni sabe por consiguiente reparar en los medios, por ilícitos que estos sean; el deleite es aquí el fin supremo y todo lo que conduce á él es reputado por bueno, y proseguido con afan sin mirar á lo que exigen del hombre los altísimos respetos del derecho y de la moral cristiana. En el hecho de proponerle ese supremo fin de enriquecerse para gozar, la economía política emancipa al hombre de Dios, proclámale independiente del Criador, dejándole á merced de sus pasiones sin otra regla que las combinaciones del interés material. ¿Qué garantías puede prometerse la justicia de esta falsa doctrina? ¿Ni qué dique pueden

encontrar en ella los que, aguijoneados por las codicias sensuales ó de hacienda, ven la ocasion de abusar de su prójimo, ora rehusándole lo que le pertenece, ora tomando de él los frutos de sus sudores? Y es de tener muy en cuenta, que tales ocasiones son harto frecuentes; se dan por desgracia innumerables casos en los cuales puede el hombre abusar de su posicion, ó de la ignorancia y debilidad de los demás y aun de ciertas circunstancias que materialmente le favorecen, para imponerles condiciones onerosas é injustas, para abusar de su candor en detrimento de sus legítimos intereses y con provecho propio; y en tales casos, si el sentimiento del deber consagrado por la religion no pone coto á los deseos desarreglados del corazon y á la libertad de ponerlos por obra bajo la proteccion del Estado, ¿quién será poderoso á contener la opresion, el fraude, la iniquidad en sus diversas formas?

No desconocemos la teoría de los economistas sobre la libre concurrencia, de la cual pretenden sacar las armonías que llaman *económicas*, es decir, aquella ley, segun la cual, el interés de unos, inclinado á llevarse el bien que á otros pertenece, se ve forzado á no pasar los límites de la equidad ante otros intereses que sostienen con él cierta especie de lucha ó competencia. Merced á esta ley, el propietario no puede esplotar al jornalero, porque, gracias por una parte á la libertad del trabajo, y por otra á ser muchos los que de él han menester para cultivar sus haciendas, el infeliz trabajador que se ve apretado de un dueño, corre

en busca de otro que necesita de sus brazos, y que, para utilizarlos, se presta á retribuirle como es debido. Lo mismo puede decirse del industrial respecto de sus operarios, del comerciante respecto de sus parroquianos, del médico respecto de sus enfermos, del abogado respecto de sus clientes: si cada cual de los individuos de estas y otras clases estuviese solo, posible es, y mas que posible, que abusara de su posicion, haciéndose reo de monopolio; pero no está solo: acaso tiene junto á su propia casa quien compite con él, quien ofrece sus servicios por menos precio; y esta concurrencia le obliga á moderar sus exigencias hasta llegar en ellas al debido punto. No dudamos que el concurso de muchos interesados que aspiran juntamente á salir con sus oficios y empresas, tiende á establecer la equidad en las transacciones; reconocemos, por consiguiente, en dicha ley alguna verdad, pues está fundada en los naturales impulsos del hombre; pero en cambio es en muchos casos inaplicable, y en otros insuficiente de por sí, pues sabido es cuán á menudo la dejan sin efecto los mismos intereses donde se quiere ver la competencia, los cuales con frecuencia saben concertarse tácita ó espresamente bajo la forma de injustos monopolios, sobre todo entre los poderosos, cuando la justicia prescrita en los divinos Mandamientos llega á perder su legítimo imperio. Es de notar que esa misma competencia, una vez desamparada del espíritu de la equidad cristiana, se torna en principio de los mayores desastres que se pueden imaginar. Y á la verdad, dada entre los que profesan

una misma industria ú oficio, la lucha en que cada cual se esfuerza á ofrecer al consumidor sus géneros ó mercancías bajo condiciones tales que le atraigan el mayor número de pedidos, el resultado de esta especie de puja será, en muchos casos, la necesidad que á todos les apremia de sacar el mayor partido posible del trabajador, ora aumentándole las horas del trabajo, hasta juntar á veces en él la noche con el dia, ó bien forzándole á trabajar los dias de fiesta, sin dejarle ni el espacio preciso para asistir al Santo Sacrificio de la Misa, y menos para oir la palabra de Dios; ora esplotando la flaqueza de la mujer y de los niños, y alguna vez forzándoles á prestar de balde ciertos trabajos extraordinarios. Lo que importa es producir mucho á poca costa, obtener el *maximum* de la produccion con el *minimum* del sacrificio, vender mucho, aunque sea á bajo precio, tan bajo, que los menos acaudalados, ó los que por falta de capital propio tengan que dedicar gran parte del precio á pagar el rédito de los capitales agenos tomados á usuras, que esos infelices, decimos, y en general todos aquellos cuyas fuerzas no sean poderosas á resistir la competencia, vengan á la ruina y á la vergüenza de las liquidaciones forzosas, de la bancarrota y la miseria. Estos son los tristes resultados de la economía sensualista, para la cual el deleite es el fin supremo del hombre, el interés el único resorte de su sér, miserablemente trocado en máquina de produccion y consumo, y la libre concurrencia la única ley de equidad.

Otra consecuencia funestísima del principio

sensualista que reina en las ciencias económicas, es el lujo, es decir, el deleite y la vanidad bajo las formas mas seductoras para los sentidos. La economía materialista no puede menos de justificarlo, y aun de promoverlo, como consecuencia que es ineludible del amor de los deleites, incluso el que se cifra en las vanas satisfacciones del orgullo, y como medio de promover el trabajo, y por consiguiente la produccion; medio sin el cual, dada la miserable corrupcion que se sigue del dominio del sensualismo en las costumbres públicas y privadas, muchos brazos, muchas industrias, gran parte de la actividad productiva del hombre, se verian reducidos á la inaccion y á la miseria. Cuando en la sociedad circulaba el espíritu cristiano, tan contrario á las concupiscencias que el lujo está condenado á satisfacer, el trabajo no carecia de objeto á que aplicarse con gloria y con provecho. Era entonces mirado como la condicion universal de la vida humana, como una necesidad impuesta por Dios á todos, en justo castigo de la primera prevaricacion; así que todos trabajaban, quién por precisa necesidad de sustento, quién para utilidad comun ó para gloria de las artes, de las letras, y sobre todo de la Religion, consagrando á Dios los mas escogidos frutos de la actividad humana en la magnificencia del culto. No, no era ni es necesario el lujo para fomentar el trabajo, ni mucho menos para elevarlo y ennoblecerlo; al contrario, el lujo conspira contra el trabajo mismo, minando y acabando por destruir el capital que lo alimenta, empleando las fuerzas del hombre en la estéril pro-

duccion de objetos inútiles, y por lo general privados de verdadera belleza, y degradándolos hasta el punto de hacerlos servir á la satisfaccion de necesidades enteramente facticias, á la molicie y á la vanidad, que fácilmente degeneran en libertinaje.

¡Cosa verdaderamente digna de atencion! En la representacion de los conceptos mas sublimes, en la expresion de los sentimientos mas profundos y generosos del corazon humano, la economía política reinante quiere tal sencillez y parsimonia, que toque en mezquindad ruin, al paso que aplaude con frenesí que por satisfacer la liviana pasion de un momento sacrifique el individuo, y á veces tambien la sociedad, el fruto de largos años de trabajo. Así se disipan las riquezas en cosas vanas; así se disipan tambien con ellas el entendimiento y el corazon; así lo agradable ocupa el lugar de lo útil, el vicio el lugar de la virtud, y aun la deformidad y el mal gusto disputan á la belleza el cetro de las artes. En efecto: bajo el influjo del positivismo contemporáneo, las artes todas, inclusas las que llevan el nombre de bellas, solo producen objetos deleitables para el sentido, y no trabajan sino movidas del sórdido interés; así que por maravilla se deja ver en sus obras el sello del génio. La arquitectura, por ejemplo, se atiene esclusivamente, falta de inspiracion, á las mas vulgares reglas de la geometría y de la física; la pintura y la escultura cifran su vocacion en copiar servilmente á la naturaleza material, no sin degenerar á menudo en abyecto realismo ó naturalismo; la música

y la poesía se contentan con producir impresiones fugaces; todo, en fin, se abate hasta el polvo y se resuelve en miserable nada cuando no recibe el soplo de vida que el catolicismo infunde en la accion individual y social.

Hablando del lujo no debemos pasar en silencio uno de sus efectos mas deplorables, cual es, que impide sensiblemente el ejercicio de la caridad, y hasta la destruye en las almas cristianas, cegando de esta suerte el manantial de tantos dones como reciben de ella los pobres y necesitados. Porque es sabido que el lujo no tiene límites, que absorve por consiguiente hasta las rentas mas fabulosas, y que dificilmente pueden reservar nada para el menesteroso los que se entregan á sus escesos: mas fácil es que el pobre de su misma pobreza reparta con ellos los dones de Dios. Demás de esto, los hábitos de la disipacion y del lujo enervan las fuerzas de igual suerte que endurecen el corazon, haciéndole insensible á las necesidades del prójimo, y aun dando al hombre entrañas de crueldad para con él; que la crueldad fue siempre compañera inseparable de la molicie. ¿Quién ignora si no el horror que causa hoy dia en el seno de la civilizacion moderna el aspecto de la pobreza, y los esfuerzos que se hacen para quitarla de la vista de los que pasan por dichosos segun el mundo, y acaso para condenar á los pobres á perpetua clausura?

Por lo demás, la Providencia divina, que jamás deja sin castigo los pecados de los pueblos, tiene sapientísimamente trazado que de los dos grandes

pecados fomentados por la economía positivista, á saber, la usura y el lujo, proceda el peligro que amenaza la propiedad privada, turbando gravemente á los mismos que así abusan de las riquezas. De aquí en gran parte la ansiedad y zozobra de las sociedades modernas, uno de cuyos fundamentos tiene que ser el derecho de propiedad, tan conforme al orden de la naturaleza, instituido por Dios, y establecido y sancionado por la religion revelada. Los economistas dedican buena parte de sus tratados á defender la propiedad contra los ataques ó asaltos del comunismo; pero sus argumentos son vanos é ineficaces, pues se fundan en el falso principio del interés privado y no en razones intrínsecas de justicia y orden divinos, careciendo por tanto de toda sancion religiosa. Ocurrencia es muy donosa la de los que pretenden convencer á los que soportan el peso del dia y del trabajo, recibiendo apenas en recompensa un corto jornal ó tal vez no recibiendo salario alguno, convencerlos, decimos, mayormente si por desgracia han olvidado en el taller las verdades de la fe y el principio de la resignacion, que ese es el estado que mas les conviene aun bajo el punto de vista temporal, ó que en nombre de su propio interés están obligados á respetar el capital que acaso les oprime! Aun suponiendo que las muchedumbres, privadas de bienes de fortuna y atormentadas á su vez por la sed de gozar que sienten las generaciones modernas, llegaran á persuadirse de que realmente es útil y conveniente la distincion social de los hombres en pobres y ricos, todavía,

en no estando contenidas por los preceptos divinos, romperian ciertamente en clamores y violencias contra la propiedad; porque la conveniencia que se les predica, como razon puramente abstracta y de aplicacion remota, está muy lejos de apagar su sed ni de contener sus instintos. ¡Cuánto menos eficaces serán tales lecciones que las que les dan los comunistas, siendo como es un hecho que los hombres dificilmente se persuaden á lo que se opone á sus pasiones, si por ventura no han sido estas sojuzgadas por la educacion religiosa! ¡Cuánto menos eficaces serán, cuando aun la misma razon natural del indigente comprende que dichas leciones son verdaderos sofismas! Porque admitida la conveniencia de que la riqueza esté desigualmente distribuida entre los hombres, todavía es discurrir viciosamente el inferir de aquí, sin subir á razones de justicia, que no hayan de turnar estos en la posesion de las riquezas. Júntese á todo esto, el lujo y dureza de muchos ricos, el mal ejemplo de las fortunas improvisadas, la violacion de la propiedad sagrada, la irreligiosidad de los proletarios, el odio y los errores con que saturan su alma contra las clases acomodadas los sofistas aduladores de las turbas; y júzguese si será suficiente la sabiduría de los sábios economistas para purificar esta atmósfera, para estinguir tales llamas y librar á la propiedad y al mundo todo de sus incendios!

No olvidadlo, venerables hermanos, ni un solo momento: la filosofía sensualista ha propuesto al hombre y á la sociedad como fin supremo el delei-

te material; y de aquí que la política, aleccionada por ella, solo se considere llamada á asegurar y amplificar ese miserable destino. Y pues la riqueza consiste en el conjunto de medios ó cosas útiles para satisfacer los hombres el ánsia de gozar, la riqueza viene por consiguiente á ser el verdadero fin social, y la economía política la ciencia suprema, ya que no la única, que debe adornar á los gobernantes. Conforme á las máximas de esta sabiduría, toda ella carnal y diabólica, el principal oficio de los que rigen la república, no ha de cifrarse en el cumplimiento del órden moral, sino en procurar á los asociados, en proporciones de ordinario inícuas, comodidades y placeres. Los objetos principales de la Administracion serán por consiguiente objetos puramente útiles y deleitables para los sentidos: vias de comunicacion, teatros, paseos, ornato público, mercados elegantes, en suma, todo lo que para regalo del hombre pueden producir los oficios y las artes, no animadas por lo general del concepto de la belleza. En resúmen: la escitacion constante del deseo de gozar, el aumento indefinido de las necesidades ficticias, la maldita sed del oro, el lujo creciendo siempre, y en medio de todo esto las almas muertas por el pecado, y la afliccion y la miseria y el desprecio público pesando sobre innumerables infelices, que no tienen asiento en el festin; esa es la sociedad bajo el influjo de la economía política engendrada del materialismo.

Por dicha nuestra tamaños errores han sido condenados por la augusta voz de nuestro vigilantísimo Pontífice. Bien ha conocido el venerable

Pio IX, que la sabiduría terrena, codiciosa ante todo de las riquezas de este mundo, procede de la ciencia que cultivan para desdicha propia y agena los incrédulos y materialistas; y hé aquí que con sus autorizadas palabras se espresa así: «No conocen, dice en su Alocucion *Maxima quidem*, no conocen ninguna otra fuerza que la que reside en la materia, y ponen toda la moral y honestidad en acumular y aumentar de todos modos las riquezas y en satisfacer todo género de malas pasiones. Con estos vergonzosos y abominables principios defienden, fomentan y ensalzan la rebelion de la carne contra el espíritu, le atribuyen dotes y derechos naturales, que dicen ser conculcados por la doctrina católica, menospreciando de todo punto aquel aviso del Apóstol: «Si viviéreis segun la carne, morireis; pero si mortificáreis con el espíritu las obras de la carne, vivireis.» Esfuérzanse además á invadir y aniquilar los derechos de toda propiedad legítima, y se imaginan en la perversidad de su espíritu una especie de derecho *enteramente ilimitado*, del cual juzgan que goza el Estado, y el cual temerariamente piensan que es el orígen y la fuente de todos los derechos.» Y en la Encíclica *Quanto conficiamur* pone el invicto Pontífice de manifiesto esa misma llaga y enfermedad de nuestra sociedad, hablándonos «de aquel desenfrenado y dañoso amor propio y ánsia con que muchos hombres, sin cuidarse nada de sus prójimos, no buscan ni tienden á otra cosa que á sus propias utilidades y ventajas.» «Hablamos, añade el Padre Santo, de aquel insaciable deseo de dominar y de adquirir,

con el cual, dejando á un lado las reglas de la honestidad y de la justicia, no dejan de amontonar riquezas con avaricia, valiéndose de todos los medios, ocupándose tan solo de las cosas terrenas; y olvidados de Dios, de la religion y de su alma, ponen criminalmente toda su felicidad en amontonar riquezas y tesoros. Recuerden estos hombres y sériamente consideren aquellas gravísimas palabras de Jesucristo: ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» Pues reflexionen detenidamente sobre lo que enseña el Apóstol San Pablo: «Los que quieren hacerse ricos caen en la tentacion y en el lazo del diablo, en muchos deseos inútiles y nocivos que precipitan á los hombres en la muerte y en la perdicion; porque la avaricia es la raiz de todos los males, por cuya causa se desviaron mucho de la fe, y se sumergieron en multitud de dolores.

»Ciertamente los hombres, segun la propia y diversa condicion de cada uno, deben procurarse con sus fatigas las cosas necesarias á la vida, ora cultivando las letras y las ciencias, ora ejercitando las artes liberales ó mecánicas, ora desempeñando cargos públicos ó privados, ora dedicándose al comercio; pero es de todo punto necesario lo hagan todo con honestidad, con justicia, con integridad y caridad; que siempre tengan á Dios presente y guarden cuidadosamente sus mandatos y preceptos.»

Aquí teneis una reprobacion terminante de la economía materialista, cuyos errores os hemos señalado. Pasemos ahora á indicar y desvanecer

los que tocan al liberalismo de nuestros dias, condenado espresamente por el Sumo Pontífice en el párrafo último del *Syllabus*.

IV.

En los gloriosos fastos de la Iglesia católica nuestra Madre será siempre memorable el celo desplegado por nuestro gran Pontífice Pio IX al señalar y proscribir en varias ocasiones y documentos sublimes los errores con que mas es combatida la Iglesia en el presente siglo, no solamente por los herejes y racionalistas, sino hasta por muchos que se llaman sus hijos. Mas entre todos esos documentos del celo y magisterio supremo de tan eminente Pastor, hay uno en que se resumen y condensan, por decirlo así, la esencia y vigor de todos los que le precedieron, el cual fué publicado junto con la célebre Encíclica *Quanta cura* por órden del Padre Santo y en cumplimiento del gran designio, que le fué sin duda inspirado, de reunir en una sola pieza ó sumario las principales proposiciones cuyo sentido está lleno del espíritu del siglo: ese documento es el *Syllabus*, obra verdaderamente providencial, donde no solamente se miran afianzadas las doctrinas tocantes á Dios, al alma humana y á la revelacion sobrenatural, como en el Santo Concilio del Vaticano, sino además otras verdades de inmediata aplicacion al órden de la vida civil. Grande alarma produjo el *Syllabus* entre los enemigos de la Iglesia y aun á muchos católicos, de poca fé sin duda; alarma á la verdad

mas aparente que real, y de todos modos absolutamente infundada. Porque las doctrinas establecidas en el *Syllabus* siempre fueron profesadas por los católicos, y á nadie hubo de causar estrañeza que el Sumo Pontífice en tiempos anteriores y sucesivos las registrase y difundiese en las varias Encíclicas de que está sacado el célebre índice; por lo cual solo puede esplicarse aquella falsa alarma é inquietud, observando que el error y la hipocresía, al verse miserablemente perdidos, siempre han lanzado algun grito de despecho, y que es uso constante entre los enemigos de la fe, clamar con furor en todas las ocasiones en que la Iglesia ha manifestado solemnemente sus doctrinas. Así, cuando el sacrosanto Concilio de Trento, por ejemplo, definió y esplicó la fe católica contra las sujestiones del espíritu privado, fué tambien grande la inquietud y clamoreo de los que le seguian; y ahora que el inmortal Pio IX, combatiendo el mismo perverso espíritu se esfuerza á salvar ciertas verdades fundamentales de la misma fe, y ciertas consecuencias y aplicaciones de ellas á la vida humana, observamos el mismo fenómeno, una alarma ficticia acompañada y espresada por aspavientos y clamores completamente vanos.

Pero de lo que mas aparentan escandalizarse formalmente los enemigos del *Syllabus*, es de la proposicion proscrita en él, segun la cual «el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilizacion: *Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti ci-*

vilitate sese reconciliari et componere. Escándalo farisáico cuando no irreflexivo! Setenta y nueve proposiciones contiene el *Syllabus* antes de la que acabamos de citar, todas las cuales venera como á otros tantos dogmas la actual civilizacion; y sin embargo, no es comparable el penoso efecto que causa la positiva reprobacion de las setenta y nueve, al que produce la simple no conformidad del Romano Pontífice, espresada en la ochenta, con el liberalismo, con el progreso y con la moderna civilizacion. La contradiccion en que incurren los enemigos de la Iglesia en el hecho de escandalizarse especialmente al ver proscrita la última proposicion del *Syllabus*, esplícitamente concerniente al liberalismo y al progreso, es todavía más chocante si se considera que aquellos miran como verdadero progreso el ordenar la vida humana conforme á las ideas reprobadas en el cuerpo de dicho documento, y que muchas de ellas son dadas á conocer del Pontífice como principios esenciales del liberalismo, siendo además muy de notar que entre los que se llaman *liberales*, aquellos son mas clara y distintamente conocidos como tales, que más resuelta y categóricamente profesan los errores condenados en el *Syllabus*.

No debió de ocultarse á la Santa Sede que con la publicacion del *Syllabus*, y especialmente con la proposicion última de él, habia de producirse ese falso escándalo; que habian de propalarse las mas negras calumnias, diciéndose, entre otras cosas, que el Sumo Pontífice era enemigo de la paz pública, la cual perturbaba en el punto de

ingerirse en la política con el fin, sin duda, de reivindicar aquel dominio y señorío que tuvo en la Edad Media sobre todas las naciones. Pero aunque tales efectos hubo ciertamente de prever el gran Pio IX, no se arredró un solo momento, antes creyó que, una vez llegado el tiempo de hablar, no podia guardar silencio ni hacer traicion á su magisterio supremo. Bien sabia, por otra parte, que la paz no sufre detrimento alguno, sino al contrario, que se confirma y robustece con la predicacion de la verdad, sobre todo siendo esta propuesta y enseñada sin amargura, y sin otro fin que la gloria de Dios y la felicidad de los hombres. Lo que compromete la paz son las maquinaciones del error y la falta de soluciones precisas, el profesar la verdad á medias, y por último, el velar la desnudez del error bajo apariencias seductoras, ó al menos el consentir que así velado y disfrazado, pervierta sigilosamente la conciencia de los individuos y de los pueblos.

Locura sería pensar que el Padre Santo buscaba la dominacion política que malignamente le atribuyen, proclamando las verdades salvadoras de la sociedad civil. Lo que sobre este punto movió sus augustos labios, fué haber visto que ciertos errores, ocultos bajo formas políticas, penetraban con cautela en el santuario de la fe y de la moral cristianas para comun desolacion y ruina; y así determinó quitarles el disfraz, juzgando que el error solo dura mientras está encubierto, que luego que es conocido cual en sí es, desaparece como avergonzado de su propia desnudez. Tal ha sido

siempre la conducta de la Iglesia: en notando que nota los artificios de algun error cualquiera que pretende arrebatarle las almas que ella sustenta con la verdad, luego le despoja de sus apariencias falaces, mostrando á los ojos de los fieles su odiosa deformidad. La Iglesia, decimos, no hace paces con el error, no teme sus dificultades y objeciones; antes por el contrario, cuando estas se muestran, al parecer, mas fuertes, así como cuando se echan mas claramente de ver las consecuencias de los tales principios, es cuando el triunfo de la fe en los entendimientos se torna mas seguro. Lo que la Iglesia desea en tales casos, es definir y formular con precision los términos, aclarar y distinguir los conceptos, examinar sus aplicaciones; porque en haciendo la luz sobre todas estas cosas, desaparece el peligro de engaño, y la verdad brilla y ostenta su victoriosa faz. Lo que la Iglesia teme en este punto, no son las confesiones francas de los incrédulos, sino las insinuaciones y medias tintas, que no permiten discernir lo verdadero de lo falso; porque en ellas la verdad se formula á medias, y el error vergonzante no se atreve á manifestarse á la luz del dia: así que, menos se ofende de la osada franqueza con que Proudhon confesaba tropezar siempre en la teología, que de aquellos doctrinarios y contemporizadores funestos, que en todas las cosas quisieran componer á Cristo con Belial.

Queriendo el Padre Santo ilustrar verdaderamente á sus hijos, por cuya salud espiritual vela constantemente, no ha vacilado en tocar á los tres

ídolos de nuestros tiempos, el progreso, el liberalismo y la civilizacion moderna; pero conviene saber el modo cómo ha procedido en esto. Desde luego debemos decir, que ni el progreso ni la civilizacion, considerados en sí mismos, han sido condenados por el Papa, ni siquiera le ha pasado por el pensamiento condenarlos, siendo, como son, cosas buenas y laudables, conformes con los designios de Dios, principio de toda perfeccion, así en el individuo como en la sociedad, en cuyos ojos no puede parecer sino bien toda tendencia y movimiento ordenado á su perfeccionamiento sucesivo. Lo mismo hemos de decir de la libertad, que es propiedad esencial de nuestra naturaleza: tampoco ha sido ni podido ser condenada. La libertad ha sido ordenada por Dios al bien conocido por la razon y por la fe, y así es cosa buena y escelente; lo único que debe temerse, respecto de ella, es su miserable flaqueza y los abusos que suele hacer el hombre de don tan precioso. Pero ¿podrá decirse otro tanto del liberalismo? No seguramente; porque el liberalismo no es la libertad, sino el uso vicioso de ella. El liberalismo ha traido al mundo ciertas libertades que antes no se conocian, y bajo este respecto es una verdadera novedad, un sistema como otros muchos que han parecido en la escena de este mundo, y permanecido en él durante cierto espacio de tiempo, al cabo del cual han desaparecido, no sin dejar registrado su nombre en la historia, y con su nombre el recuerdo mas ó menos doloroso de sus consecuencias en la vida humana. Prévias estas sencillas aclaraciones, procedamos

al exámen de los tres términos contenidos en la proposicion ochenta del *Syllabus*.

Si por civilizacion entendemos con el insigne Balmes, aquel estado y condicion de una sociedad cualquiera en la cual el mayor número posible posea el mayor bienestar posible, el mayor número posible la mayor moralidad posible, el mayor número posible la mayor instruccion posible; si por civilizacion se entiende no solo la perfeccion del entendimiento en orden á las ciencias y las artes, en que consiste la cultura intelectual, de que se origina la material, sino tambien la perfeccion de la voluntad, encaminada al bien honesto por medio de las leyes y de la educacion penetradas de la religion; ó para hablar en términos mas prácticos, si la civilizacion consiste en que el Estado se halle constituido de forma que la accion social sea regida é impulsada por un gobierno legítimo justo y prudente, principio de aquel orden estable dentro del cual cada cual ocupa su lugar, y todos poseen copiosamente los medios de esplicar y fecundar sus facultades dando frutos de virtud conforme á su respectivo grado y vocacion; ¿cómo es posible que la Iglesia condene la civilizacion, cuando precisamente es oficio y mision de la Iglesia misma mantener ese orden escelente, conservando siempre incólumes los principios en que se funda, y teniendo siempre de la mano á los pueblos que ella civilizó, para que no se precipiten y caigan en el antiguo paganismo? Pero si, como pretenden en nuestros dias tantos doctores improvisados, la civilizacion se cifra en la autono-

mía del individuo, en el espíritu de independencia subjetiva de cada hombre; si ha de consistir en los falsos fueros de las libertades modernas, en la completa abolicion del derecho que llaman *teocrático*, y que se fija en la edad media, entendiéndose bajo estas palabras la legítima y bienhechora influencia que entonces ejercitaba la religion en la sociedad civil; si por civilizacion se entiende las varias formas con que la misma sociedad se va preparando bajo el influjo de las nuevas ideas á recibir la que intentan darle en sus sistemas absurdos los apóstoles del socialismo; si todo el punto de la civilizacion está en el aumento de bienes materiales sin reparar en los medios de conseguirlos, y en estudiar el modo mas refinado de gozarlos aun á costa de los mas nobles sentimientos y tendencias del corazon; por último, si por civilizacion hemos de entender la serie de iniquidades de que tan justamente se lamenta el Sumo Pontífice en su magnífica alocucion *Jamdudum cernimus* (18 de marzo de 1861), ¿no sería la mas insigne locura y temeridad pretender que la Iglesia católica apruebe una civilizacion que, conspirando contra ella, á nada menos aspira que á destruir, si le fuera posible, el orden divino y sobrenatural, acabando hasta con la misma honestidad y justicia natural? «Al paso, decia en ese documento el Venerable Pio IX, que esta civilizacion moderna favorece todos los cultos no católicos; al paso que abre la entrada de los cargos públicos á los mismos infieles y cierra las escuelas católicas á sus hijos, se ensaña con-

tra las comunidades religiosas, contra los institutos fundados para dirigir las escuelas católicas, contra un gran número de personas eclesiásticas de todas categorías, siquiera esten resvestidas de las mas altas dignidades, muchas de las cuales arrastran miserablemente su vida en el destierro ó en las cárceles, y aun contra distinguidos seglares que adictos á Nos y á esta santa Sede, han defendido denodadamente la causa de la Religion y de la justicia. Al paso que esta civilizacion auxilia á las instituciones y á las personas no católicas, despoja á la Iglesia católica de sus posesiones mas legítimas, y emplea todos sus esfuerzos en disminuir la autoridad saludable de la Iglesia. Al paso finalmente que deja en libertad todos los discursos y escritos que atacan á la Iglesia y á cuantos le son adictos de corazon, al paso que escita, nutre y fomenta la licencia, muéstrase reservada y poco solícita en reprimir los ataques, muchas veces violentos, dirigidos contra los que publican obras escelentes, y castiga con toda severidad á los autores de estas obras cuando, siquiera sea levemente, parece que traspasan los límites de la moderacion.» Y despues de trazar con tales líneas y hacer resaltar con tan vivos colores la civilizacion moderna, el Padre Santo pregunta en la misma alocucion: «¿Y podria el Romano Pontífice tender una mano amiga á este género de civilizacion y celebrar con ella cordial union y alianza?» «Llámese,» responde Pio IX, «á cada cosa por su nombre y constará siempre á esta Santa Sede. Ella fue constantemente la protec-

tora y sostenedora de la verdadera civilizacion; los monumentos de la historia constantemente atestiguan y comprueban que en todos los siglos la Santa Sede es quien ha hecho penetrar en los paises mas lejanos y mas bárbaros del universo la verdadera humanidad, disciplina y sabiduría. Pero si con el nombre de civilizacion quiere entenderse un sistema inventado precisamente para debilitar y quizá tambien para acabar con la Iglesia de Cristo, jamás podrán conformarse con semejante civilizacion la Santa Sede y el Romano Pontífice. *¿Qué participacion*, como sapientísimamente dice el Apóstol (*), *puede tener la justicia con la iniquidad, ó que union puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué convenio entre Cristo y Belial?*»

Otro tanto puede y debe decirse del progreso. El progreso es la esplicacion sucesiva de las fuerzas ó potencias que adornan al hombre, así en el órden corpóreo como en el espiritual, y así en su entendimiento como en su corazon, siempre con relacion á su verdadero bien, á su fin supremo. Segun esto, la sociedad civil progresa verdaderamente cuando sus miembros reciben de ella por un modo cada dia mas conveniente y eficaz los auxilios que pide su perfeccionamiento, y cuando las diversas potencias de que están dotados se perfeccionan en el grado que les conviene, atendido el órden que tienen entre sí. Por el contrario, la sociedad está muy lejos de progresar, si descuida el bien de sus miembros, atendiendo únicamente á

(*) *II ad Cor.*, cap. VI, vv. 14, 15.

su prosperidad colectiva, ó si en los individuos mira únicamente el desenvolvimiento de esta ó aquella potencia, menospreciando el de las otras, ó si prescinde del órden que tienen entre sí, desconociendo aquel vínculo de dependencia que sujeta el cuerpo al espíritu, el apetito sensitivo al racional, la voluntad á la razon, que á su vez debe estar sometida á Dios, principio adorable de todo órden y perfeccion, y término inmóvil de todo movimiento y progreso legítimo. En otros términos, en la escala del verdadero progreso cada cual de las sociedades civilizadas tendrá un rango mas ó menos elevado, segun el estado de instruccion, bienestar y moralidad á que sepa elevar á sus miembros, segun la perfeccion espiritual que les procure, en la cual residen principalmente la dicha y la dignidad de los hombres.

Promuévanse enhorabuena los bienes materiales, dominando el hombre la tierra, en virtud del derecho que le fué otorgado en el principio por el Criador; sean tambien cultivadas y promovidas las ciencias físicas y naturales, que le habilitan para usar de las cosas sujetas á su voluntad y dominio, y las que le enseñan á conocer á Dios y conocerse á sí mismo; pero entiéndase bien que para llegarse el hombre á su fin, del cual depende la recta direccion de sus actos y de su vida entera, es preciso que todas las cosas las refiera á Dios, y que se someta fielmente á su Criador, que le sirva y le glorifique y busque en Él su felicidad, entrando, por decirlo así, en el seno amoroso de Dios, donde únicamente pueden hallar hartura y descanso los

deseos de su corazon. Ha de obrarse siempre el progreso por medio de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello; y pues la verdad primera, la bondad suma y la belleza infinita están en Dios, es evidente que el progreso, como ha dicho con elocuencia un venerable prelado español, es el perfeccionamiento gradual ascendente del hombre, que se acerca al ser esencialmente perfecto, á Dios. Esplicando este mismo pensamiento podemos pues decir, que el progreso es la gravitacion constante con que los individuos y los pueblos deben irse aproximando cada vez mas á su centro, que no es otro sino Dios, verdad infinita é inmutable, bondad absoluta y eterna. Esta sublime aspiracion debe realizarse en Jesucristo, nuestro Salvador, en quien estamos llamados á poseer el reino de Dios, por ser Jesucristo el mediador y lazo de union entre Dios y los hombres. Por esto el Cristianismo, que repite todos los dias la oracion con que pedimos el reino de Dios, no solamente enuncia el verdadero concepto del progreso, haciendo de este modo llana y accesible á todos la fórmula mas profunda que ha podido idearse para espresarlo, sino que, con la uncion de su piedad, santifica y torna eficaces todos los esfuerzos que impulsan al hombre por el camino de la perfeccion. ¿Preguntábais dónde está la palabra del Señor? Hé aquí la palabra del Señor: «Sed vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.»

La Iglesia, por consiguiente, no puede ser estraña á este legítimo progreso, pues ella es á quien principalmente está encomendado dirigir los hom-

bres á Dios, restaurar en ellos la imágen de su Criador, hacerles crecer *in augmentum Dei* y conducirles de virtud en virtud, hasta que el mismo Dios se revele á sus ojos cara á cara en la celestial Sion. Tan celosa se ha mostrado siempre la Iglesia del verdadero progreso, que ha hecho suya esta máxima de San Agustin: «En los caminos del Señor, el no ir adelante es volver atrás.» Ni podia la Iglesia sentir de otra manera, por cuanto en ella, y por ella, mediante la virtud de Cristo Salvador nuestro, se cumple el verdadero progreso, segun demostró San Pablo en el admirable pasaje de su epístola á los fieles de Éfeso (*), donde dice: «Y así Él mismo, á unos ha constituido apóstoles, á otros profetas, y á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los santos en las funciones de *su* ministerio, en la edificacion del cuerpo *místico de Jesucristo:* hasta que arribemos todos á la unidad de una *misma* fe y de un *mismo* conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la cual, Cristo se ha de *formar místicamente* en nosotros; por manera que ya no seamos niños fluctuantes ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones *humanas* por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad del *Evangelio* con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza, y de quien todo el cuerpo *más-*

(*) Cap. IV.

tico de los fieles, trabado y conexo entre sí *con la fe y caridad*, recibe por todos los vasos y conductos de comunicacion, segun la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfeccion, mediante la caridad. Os advierto, pues, y yo os conjuro de parte del Señor, que ya no vivais como todavía viven los otros gentiles, que proceden en su conducta segun la vanidad de sus pensamientos, teniendo oscurecido y *lleno de tinieblas* el entendimiento, agenos enteramente de vivir segun Dios, por la ignorancia en que están, á causa de la ceguedad ó dureza de su corazon, los cuales, no teniendo ninguna esperanza, se abandonan á la disolucion para zambullirse con ardor insaciable en toda suerte de impurezas. Pero en cuanto á vosotros, no es eso lo que habeis aprendido en la escuela de Jesucristo, pues en ella habeis oido predicar y aprendido, segun la verdad de su doctrina, á desnudaros del hombre viejo, segun el cual habeis vivido en vuestra vida pasada, el cual se vicia siguiendo la ilusion de las pasiones. Renovaos, pues, ahora en el espíritu de vuestra mente *ó interior de vuestra alma*, y revestíos del hombre nuevo que ha sido criado conforme á la imágen de Dios en justicia y santidad verdadera.»

Desgraciadamente nuestro siglo ha dado en llamar *progreso* á una série de tendencias y movimientos absolutamente contrarios á la doctrina de San Pablo. Los apóstoles de este nuevo progreso miran representadas en Kant las tendencias mas generosas de la época moderna, atribuyéndole la

gloria de haber descubierto las fuentes vivas de la personalidad humana, y puesto de relieve el sentimiento de la libertad, sin duda porque, mas osado que ningun otro racionalista entre los que le precedieron, no temió enseñar que el orígen de toda verdad es la razon humana, la cual no puede esplicar la existencia de ninguna cosa fuera de sí misma; por donde otros se creyeron autorizados para decir que el sér y el conocimiento son una misma cosa, y que pues nuestra razon es el orígen del conocimiento, tambien es el orígen del sér, llegando por este camino á deificar la razon y á no reconocer otro destino para el hombre que la posesion de sí mismo, emancipándole absolutamente de Dios, ó cuando mas, sujetándole solamente al Estado, ó haciéndole adorar al Dios humanidad. Dicen tambien que en los tiempos modernos impera una ley á que no pueden sustraerse ni aun las naciones católicas, segun la cual el Estado se convierte en eje y fundamento de todo el órden social, á cuyo poder están sujetas todas las cosas, hasta la misma Iglesia, y que la religion es uno de los principios de vida que cuenta la sociedad, el cual no debe esceder el nivel de los demás. Por último, dichos sectarios añaden que las cuestiones relativas al bien espiritual y á la salvacion eterna del hombre fueron el asunto favorito de la Edad Media; mas que hoy dia el progreso y todo género de adelantamientos deben buscarse en el órden material, á cuyo fin conspira el órden político, fomentando los intereses materiales; y aun no faltan quienes sean osados á decir sin rebozo, que el

espíritu moderno no es sino una continuacion del espíritu de la reforma protestante.

Pero no son estos los únicos errores de nuestra época en órden al progreso moderno: entre las innumerables fórmulas ideadas por sus apóstoles, es bien recordar la de los que le cifran en la libertad que dicen debe dejarse al individuo para que desenvuelva su actividad, sobre todo con relacion al aumento de bienes temporales, sin dependencia alguna, aunque del libre uso de sus fuerzas se origine la ruina de los demás, pues tienen la libertad por principio y carácter de la persona humana, la cual tienen á su vez por cosa sagrada é inviolable, centro de accion y de vida, á que deben confluir todos los elementos de bienestar y felicidad. En todo caso, el progreso que predican todos los que quieren sacar á la pobre humanidad de las vias católicas, es un movimiento necesario; es el resultado de impulsos que obran fatalmente, sin que el hombre pueda resistirlos; un progreso, en fin, que no reconoce los fueros de la conciencia y libertad del hombre. De donde vienen á deducir con menosprecio de las enseñanzas divinas sobre la existencia de la ley eterna y del libre albedrío de nuestra voluntad, que todo hecho obrado por el hombre debe reputarse por bueno y justo, y que una vez consumado, tiene fuerza de derecho y debe respetarse como tal. De suerte que presumiendo nuestros filósofos de idealistas, sin duda porque la libertad que atribuyen al hombre es tan solo ideal, ó dígase mejor, nominal, sus doctrinas son tan groseras, que en puridad no conocen otro progreso

que el progreso material. En otros términos: el progreso que se nos predica, consiste en la evolucion contínua de la idea hegeliana; viniendo así á resultar, que todo lo que acaece en la naturaleza forma parte de él, y que el hombre mismo es la manifestacion mas elevada del sér universal, que en la misma naturaleza se esplica conforme á la ley necesaria del progreso contínuo é indefinido. ¿Puede imaginarse nada más absurdo, estravagante y odioso que tales teorías? Cuya vileza es tanta, que sacrificando la razon y la libertad del hombre, canonizan todos los apetitos y aficiones desordenadas, el vicio y las pasiones, é impulsan á los hombres hácia abismos de depravacion á que no llegaron los mismos gentiles, ni aun en los tiempos de su mayor decadencia. Desgraciadamente estas son las doctrinas de los filósofos más famosos en nuestros dias, contenidas en publicaciones que forman el pasto cuotidiano de la lectura; estas son las doctrinas con las que se pretende reformar el mundo y encaminar á los hombres á su destino. ¿Qué hay, pues, de comun entre esas viles teorías del progreso y las que se fundan en la palabra divina? ¿Y con qué razon puede nadie maravillarse que el Romano Pontífice, Maestro de todas las verdades conducentes á nuestra salvacion, levante su voz contra el progreso moderno por donde los hombres caminan á su ruina?

Volvamos ahora la vista á aquel otro estremo comprendido en la proposicion última del *Syllabus* de los errores, proscrito por la Santa Sede, ó sea á la reprobacion del liberalismo ó falsa libertad

que de hecho se ha introducido en los Estados modernos, que desdichadamente han prestado atento oido á las decepciones de los falsos filósofos, continuadores de la obra nefanda de Lutero y demás heresiarcas de los tiempos modernos. Todos amamos la libertad y es justo que la amemos; pero notadlo bien, la libertad que amamos los católicos, no es la libertad de perdicion con la que el alma se da á sí propia la muerte, la libertad de que forma parte el llamado *libre exámen* del protestantismo, ni los supuestos derechos que los fautores de la revolucion adjudican á los hombres, bajo el especioso nombre de *libertad;* sino aquella libertad verdadera, cuyo autor es el mismo Dios, la libertad restaurada por Jesucristo, el cual nos enseñó á defenderla con los auxilios de su gracia contra los incentivos de la concupiscencia.

A la verdad la Iglesia católica ha sostenido siempre la libertad de albedrío de que estamos dotados, distinguiéndola muy bien de la inclinacion natural que sentimos al bien en general; porque no se ha de confundir esta natural propension que nos inclina necesariamente al bien así concebido, con la facultad de elegir ó apetecer libremente este ó aquel bien determinado que la razon nos propone, en cuya eleccion consiste propiamente el libre albedrío. Toda la Teología católica es una altísima filosofía de la libertad, pues se ordena como á su fin inmediato á instruir al hombre para que glorifique á Dios nuestro Señor, y consiga la salvacion eterna, cumpliendo las obras de la eterna justicia, en que se contiene el uso de la libertad

de albedrío, objeto por consiguiente de la enseñanza católica. ¿Ni qué otra cosa son, por otra parte, la redencion obrada por Nuestro Señor Jesucristo, la vida misma de su Iglesia en este mundo, y la salvacion de sus elegidos, sino una continuada y magnífica epopeya de la libertad? Mas con ser tan bella y amable como es, tan esencial para la justificacion, y con haber sido tan exaltada por el catolicismo, todavía, residiendo como reside la libertad en un sér tan defectible como es el hombre, está sujeta á graves abusos, caidas, estravíos: por esta razon necesita de una regla que la proteja y defienda dirigiendo su ejercicio de tal suerte que no se torne tan noble potencia en miserable instrumento de ruina espiritual.

La razon humana es ciertamente una luz nobilísima, pero finita y defectible, y así no puede por sí sola dirigir y regular los actos de la libertad: necesita por consiguiente del auxilio de la razon divina, que se ha dignado comunicarse á los hombres por medio de la revelacion. Ahora bien, solo la Iglesia de Jesucristo, que está en posesion de tan gran tesoro, puede suplir la insuficiencia de la razon; únicamente la Iglesia, cuyo es el derecho que con tanta justicia vindica, de defender la libertad verdadera, la que es conforme á razon, empleando los medios morales que el Salvador ha puesto en sus sagradas manos para librarla de la tiranía del error y de las pasiones. Ni el hombre individual ni las instituciones humanas pueden gloriarse de esto; porque carecen de tales medios, y facilmente puden abusar de la fuerza material contra

la libertad racional, en cuyo abuso consiste la tiranía. No así la Iglesia, asistida siempre de Dios, en quien pone toda su confianza y el término final de sus deseos, y con cuyo auxilio sabe posponer los intereses de la tierra, y mantenerse firme sin transigir jamás con ningun poder arbitrario; para la Iglesia el solo poder verdadera y plenamente absoluto es Dios, verdad y bien por esencia, y la revelacion divina el único objeto digno de cautivar completamente á nuestra débil razon.

Síguese de aquí que entre los términos *libertad racional* y *liberalismo* debe de mediar gran diferencia, cuando la Iglesia, que es protectora nata y constante de la libertad racional, no puede ponerse de acuerdo con el liberalismo, uno de sus mayores enemigos.

Dos tendencias opuestas entre sí se disputan la posesion del libre albedrío: de una parte los impulsos necesarios de la voluntad al bien conocido por la razon; y de otra al apetito sensitivo que se origina de las impresiones que nos causa el mundo sensible. Los movimientos de este apetito son muchos y muy varios, y se refieren á bienes sensibles; por lo cual harto á menudo prevalecen contra el dictamen de la razon, que nos propone bienes de orden moral y espiritual á que no alcanza el sentido. No deben confundirse tales tendencias, que son leyes puramente físicas, con la ley moral, cuya idea nos representa el bien que debemos hacer y el mal que estamos obligados á omitir, para alcanzar nuestro fin último. Hecha esta distincion decimos que la Iglesia se atiene á esta sagrada ley, que es

la mejor salvaguardia de la libertad verdadera; y por el contrario, los partidarios del liberalismo no quieren conocer mas ley que la puramente física, la ley de los impulsos que necesariamente nos incitan hácia su respectivo objeto, y de esta suerte acaban, cuanto es de su parte, con aquel escelente atributo de nuestro sér. Esta última conclusion fue abiertamente profesada por Lutero, Jansenio y los deterministas, quienes no temieron decir que el hombre no es libre bajo la accion de las tendencias físicas y de los deleites terrenos. El moderno liberalismo la profesa tambien, sometiéndose á la tendencia puramente física y esforzándose á destruir la libertad en las leyes que tienden á satisfacer esclusivamente los apetitos y movimientos del hombre sensitivo; aunque todavía suele profesar dicho error por otro modo no menos comun.

Las personas que profesan las ideas liberales pertenecen á alguna de las escuelas enemigas de la libertad: quiénes piensan como Espinosa ó como su imitador Hegel, el cual aunque habla de libertad, solo la concede, y esto en apariencia, á la humanidad en general; quiénes como los positivistas, los cuales ponen en lugar de Dios la fuerza que dicen ser inherente á la materia, viniendo de esta suerte á caer en el panteismo y materialismo. Ahora bien, cualquiera que sea la doctrina de tales escuelas á que se adhieran los partidarios del moderno liberalismo, el resultado es negar la libertad en el orden interno espiritual y buscarla únicamente en la vida esterior, originada de las meras tendencias y apetitos sensitivos. Engendra-

do el liberalismo de tales errores filosóficos, ¿cómo es posible que se concilie con él la Iglesia católica que es la primera en condenarlos?

No es nuestro ánimo trazar aquí la historia filosófica ni la legal del liberalismo. Solo apuntaremos respecto de la primera, que el inglés Locke fue acaso el que antes que otro alguno proclamó la llamada *libertad política*, como consecuencia del supuesto estado primitivo de igualdad y libertad; y respecto de su historia legal, que J. Jerson, representante norte-americano cerca del gabinete de París allá por el año de 1784, fue quien procuró que se estableciera por primera vez en Virginia, en el año siguiente de 1785, la ley de tolerancia como un deber constante de los gobernantes, la cual vino á ser uno de los artículos adicionales de la constitucion de los Estados-Unidos. Ese fue asimismo uno de los derechos consignados en la constitucion escrita por la revolucion francesa el año de 1790, cuyos artículos 10 y 11 dicen á la letra, que nadie debe ser inquietado por sus opiniones, cualesquiera que estas sean, inclusas las religiosas. Segun este principio, todo hombre es dueño de hablar conforme á su propio sentir y al juicio de su conciencia, sin que haya ley alguna divina ni humana á que esta tenga que someterse. Limitándonos pues á recordar brevísimamente tales datos, vamos á tratar del liberalismo (por cierto dificil de entender ni definir, pues no presenta un cuerpo determinado de doctrina y se oculta entre un sin número de distinciones sutiles) para condenarle en el mismo sentido en que ha

sido reprobado por nuestro Santísimo Padre Pio IX. No procederemos sin embargo en este negocio antes de hacer una declaracion importante y acaso necesaria en los tiempos que corren.

Al unir nuestra autoridad episcopal á la del Vicario de Jesucristo para condenar doctrinas tan funestas y principios tan subversivos como los que se han inoculado en los ánimos con grave daño y no menor peligro de la sociedad cristiana y civil, no queremos ni podemos querer de modo alguno, atendida nuestra mision pastoral, herir susceptibilidad ninguna; antes, conforme á lo que piden nuestro sagrado carácter y los deberes de nuestro ministerio, de que no queremos olvidarnos ni un solo instante, huiremos del influjo de las pasiones políticas que se agitan en nuestros dias, al modo de océano movido de la tempestad, las cuales ponen en gran riesgo de naufragar el conocimiento de la verdad y la práctica de las virtudes cristianas. Nada tan doloroso para Nos y para el clero en general, tan conocedor de su mision y de la doctrina que debe enseñar, y que tan entrañablemente ama á todos aquellos entre quienes ejercita su ministerio santificador, como vernos en la necesidad de tratar puntos que se relacionan con el órden político, á lo cual nos reduce forzosamente el espíritu agresivo de la política misma; nada sería tan doloroso para el clero y para Nos como el que nuestro nombre sonase entre los de las personas que en el siglo se agitan en busca de soluciones políticas, que serán mas ó menos conformes con el espíritu católico, pero que al fin se refieren

á intereses temporales; y que nuestras palabras fuesen acomodadas á intentos que no son los nuestros, ó que se nos ensalzara ó deprimiera en nombre de la política. Así que, siguiendo Nos é interpretando el espíritu de la Iglesia, prescindiremos de las opiniones políticas que cada cual profese, de las formas en que las esprese y de los poderes que dirigen la accion social; ni las personas políticas ni los partidos, ni las diferentes soluciones que proponen, podrán percibir aquí ni aun el mas débil eco de sus palabras, ni la alusion mas remota; bien que, por otra parte, para nada necesita la política de las discusiones de un Obispo, cuando hay tantos predicadores de sus máximas y designios. Juzgaremos al liberalismo moderno desde la tranquila region de las ideas (libre nuestro espíritu de todo género de animosidad), y solamente en sus relaciones con el dogma, con la moral y con el régimen de la Iglesia. Todavía mas: nuestro mismo corazon paternal, y la tierna solicitud que sentimos para con todas las almas confiadas á nuestro cuidado, nos mueven á respetar á todos los que han llegado á adquirir convicciones sinceras, y á compadecer á los que, sin tener conviccion ninguna, aprovéchanse de todo para sus miras mundanas: nada es capaz, por otra parte, de indignarnos contra las personas, ni aun el mal espíritu de los que en odio de nuestra Santa Madre Iglesia profesan las ideas y practican las obras del liberalismo.

Si este sistema estuviera contenido en los límites rigurosos de la humana política, Nos cier-

tamente dejaríamos de dedicarle las presentes líneas, mayormente cuando tantas son y tan graves las atenciones de nuestro sagrado ministerio; pero forzoso es reconocer que el liberalismo no respeta ni con mucho tales límites. En vano pretenden sus defensores que le reconozcamos y amemos en esta ó aquella franquicia popular, ó en las doctrinas de algunos escritores católicos contra el poder arbitrario de ciertos principios; tales franquicias, casi siempre preparadas por la Iglesia, son de ordinario antiguas, y el liberalismo reprobado por el Papa es moderno, de nuestros dias *(hodiernum liberalismum)*. No puede tampoco decirse que el liberalismo consista en ninguna forma determinada de gobierno, porque la Iglesia, que siempre ha vivido y quiere siempre vivir en paz con toda clase de gobiernos, cualquiera que sea la forma de ejercitarse en ellos la autoridad, no puede avenirse con el sistema liberal, el cual, por otra parte, sabe concertarse de buena gana con los poderes mas arbitrarios, con el cesarismo germánico, por ejemplo, lo mismo que con las monarquías gentílicas del oriente; solo para la Iglesia católica guarda su aversion, siendo de notar que entre los partidarios mas famosos se cuentan los mayores adversarios del catolicismo, y por regla general, aquellos se reputan por los mas liberales, que mas aborrecen las doctrinas y prácticas de esta divina religion. Todas las formas de gobierno las emplea el sistema liberal para combatirla. Pronto siempre á cooperar y proteger el nacimiento de toda herejía, y á favorecer el cisma, siempre que toca á la Iglesia

católica, es para inferirla agravios, con que la fe se disminuye, los templos se tornan en fábricas ruinosas, ó bien caen por tierra á impulsos de la piqueta revolucionaria, y los institutos religiosos son destruidos. ¡Oh! ¡Cuánta perversidad se oculta bajo la especie, tan peligrosa para los católicos, de que el liberalismo es un sistema meramente político! Vosotros todos á quienes la preferencia por una forma cualquiera de gobierno, ó la inclinacion á este ó aquel derecho político, ó acaso tambien algun compromiso personal, os tiene en cierta manera cautivos del liberalismo moderno, meditad bien nuestras palabras; y si, como buenamente creemos, procedeis con el santo propósito de no faltar en lo que todos debemos á Dios y á su Iglesia, comprendereis sin duda que la libertad política no es el objeto del sistema que, á trueque de las especiosas palabras y promesas seductoras con que ha logrado sorprenderos, busca sus alianzas en las escuelas é instituciones mas hostiles á la verdad cristiana; que no es tan amigo como parece de la libertad, quien tan fácilmente otorga la dictadura (sobre todo cuando ha de redundar en detrimento de la religion católica), quien tanto se empeña en crear un órden de cosas puramente facticio á espensas del órden natural, y por último, quien propende, como por una necesidad de su sér, á exagerar los derechos del Estado, conviene á saber, de los principales gobernantes, con perjuicio de las mas esenciales instituciones, de la nacion, de la patria, de la provincia, del municipio y aun de la misma familia.

Bajo otro concepto mas elevado, las pretensiones del liberalismo en el órden teológico, y sobre todo en el moral, os convencerán mas y mas de que en el sistema liberal se contienen tendencias que van mas allá de los límites que circunscriben la política. Porque en primer lugar, el liberalismo excluye la accion de la potestad espiritual en el órden social; desdeña la virtud é influencia de la fe en la direccion de la inteligencia; y menospreciando de esta suerte el poder de la religion para formar la conciencia de los pueblos, quiere conducirlos á un destino, que no es ciertamente el verdadero fin á que deben aspirar: prescinde en fin de Dios, como si los gobernantes no fueran responsables de sus actos ante la eterna justicia. A los ojos del liberalismo la ley no es otra cosa que la espresion de la simple razon humana, ya que no del solo número de las voluntades reunidas; y pues la razon abandonada á sí misma no prevalece contra los apetitos, el resultado viene á ser reducirse el criterio con que se forma la ley, á la mera utilidad, ó lo que es lo mismo, á la satisfaccion de la concupiscencia. En este funesto sistema no encuentra dique alguno el poderoso que oprime y arruina al débil que se interpone en su camino, si por ventura es movido de la ambicion, ni el hombre sensual, que mancha y pervierte cuanto toca, singularmente el sagrado de la familia, ni el avaro que desangra sin piedad al menesteroso: todos son aquí libres con esa libertad de las pasiones y del orgullo que están en el fondo de las modernas teorías.

Desconocido ó negado el gran precepto del

amor de Dios y del prójimo, en que se encierran toda la ley y los Profetas, los demás preceptos carecen de razon y de fuerza moral, y la libertad de los sentidos logra campear sin límite ni freno alguno: suprimida de esta suerte la regla de las costumbres, el hombre es tiranizado de la concupiscencia, que ahora, como siempre, es enemiga de todo órden. ¿Y puede nadie concebir siquiera que la Iglesia haga las paces con la concupiscencia, á la cual debe constantemente combatir, conforme al encargo que recibió del mismo Jesucristo, que consumó la obra de nuestra redencion crucificando á esa misma concupiscencia en su adorable humanidad? A que se agrega que, fomentando la concupiscencia, el liberalismo se convierte en opresor de todos aquellos que no conocen otros caminos que los preceptos de la ley de Dios, á la cual ajustan todas sus obras; en cambio se aprovechan de la libertad que aquel concede á la carne, los que, sacudiendo el yugo del Señor, quieren vivir conforme á los deseos de la naturaleza viciada, aunque no sepan fomentar sus intereses sino á costa de la caridad y la justicia, oprimiendo á los débiles y aun á los cándidos que se dan por satisfechos con el solo nombre de libertad, sin penetrar su sentido. Pues segun esto, ¿qué género de inteligencia ni de concordia puede darse entre los opresores y la Iglesia, que es madre de los oprimidos? ¿Qué género de avenencia es posible entre la doctrina que protege los intereses y deleites materiales de unos pocos, con menoscabo de la independencia y bienestar de la generalidad de los hom-

bres, y el catolicismo, que á todos los llama y dirige á un mismo sublime fin?

Pero fijemos principalmente nuestra atencion, conforme á lo que pide el sagrado ministerio que nos ha sido confiado, en los errores condenados por el Sumo Pontífice en el *Syllabus* segun que hacen parte del liberalismo. El primero de ellos, que bien puede ser considerado como base y fundamento de los demás, es el indiferentismo religioso del Estado, como se formula en la proposicion LXXVII que dice así: «En esta nuestra edad no conviene ya que la religion católica sea tenida como la única religion del Estado, con exclusion de otros cualesquiera cultos.»

Es cosa evidente, que al ser proclamado en una sociedad católica el falso principio de la libertad de cultos, una de dos: ó se aspira á que el error se propague con detrimento de la verdad; ó bien se establece como principio, que semejante libertad es un derecho de todo hombre. No hay medio entre estos dos estremos, los cuales son evidentemente damnables. Pero antes de proseguir procuremos formarnos una idea clara y distinta de la tolerancia religiosa condenada en la proposicion que acabamos de trascribir. No debe confundirse con ella la puramente *dogmática* y *espiritual*. Esta última se opone á aquella razon ó propiedad en cuya virtud el catolicismo, única religion verdadera, excluye absoluta y necesariamente todo error contrario á las verdades contenidas en él; porque entre la verdad y el error no puede haber ninguna manera de conformidad, ni pueden por consiguien-

te compadecerse y subsistir la una con el otro. Adviértase, sin embargo, que definiendo de esta suerte á la intolerancia que llaman *dogmática*, nos referimos al error considerado en sí mismo, del cual se hacen reos los que voluntariamente lo profesan, no aquellos á quienes no ha sido dado llegar al conocimiento de la verdad. La intolerancia *dogmática* envuelve, pues, la esclusion de todo error contrario á la fe, y la pena á que se hace acreedor el que no quiere adherirse á la verdad de ella, despues de haberle sido esta notificada, pues no es obligatoria para aquellos á quienes no ha sido promulgada. *Ubi non est lex* (y no la hay donde no ha sido promulgada) *nec prævaricatio*, dice el Apóstol.

Ni el protestantismo, ni el racionalismo, ni las demás sectas y falsos sistemas religiosos que no obedecen á ninguna autoridad constante é infalible, pueden ser intolerantes en el sentido dogmático, porque están privados de la certidumbre inherente á la conformidad de nuestro asenso con esa regla infalible de la fe: la intolerancia de tales errores, sus disputas y esclusiones, solo pueden versar sobre los bienes de la tierra, no sobre los bienes del cielo; entre sus partidarios caben por consiguiente transacciones y avenencias. Demás de esto, sabido es que profesando como profesan aquellos sectarios el falso principio de la independencia de la razon individual, vense en la necesidad de aceptar como verdad, no ya la verdad misma considerada en sí propia, ni respecto al juicio privado de cada hombre, sino lo que cada hombre tiene por verdadero, aunque no lo sea, como realmente

no lo es ni puede serlo en todos los que sienten de diverso modo, pues la verdad es una. De aquí que careciendo para ellos sus respectivas doctrinas de valor absoluto, de verdad objetiva é intrínseca, mal pueden imponerlas á los demás, y menos con el carácter de necesidad moral: tienen que ser por fuerza tolerantes con el error y concederle iguales derechos, así para manifestarse en los respectivos cultos (bien que los racionalistas no conozcan ninguno), como para propagarse por toda clase de medios. Esto no impide que por cierta manera de contradiccion, los mismos protestantes y aun los simples deistas, sean intolerantes con sus adversarios, especialmente con los que niegan hasta el primer fundamento de toda verdad religiosa. Así que de hecho la *tolerancia dogmática absoluta* solo se da en el ateismo.

De aquí se desprende, como natural consecuencia, que pues el derecho de escluir á los contrarios pertenece esclusivamente á la verdad, solo aquella religion puede invocarlo y justamente lo invoca, que posee plena y seguramente la verdad; así que rehusar al catolicismo, única religion verdadera, la razon que tiene para ser intolerante, es querer que abdique, ó que rompa el sagrado lazo con que en él están unidos los hombres con Dios; ó lo que es lo mismo, que se destruya á sí propio en el hecho de decir que fuera de él está la verdad. Esto sería destruir la revelacion, haciendo á Jesucristo autor de creencias, no tan solo diferentes sino contrarias entre sí; sería despojarle del carácter de Redentor, y decir que sin su auxilio puede el hom-

bre justificarse; y hasta sería argüirle de falsedad cuando de sí afirma que es *el camino, la verdad y la vida*, y que *nadie puede llegarse al Padre* sino por Él. Todo género de sublimes sacrificios, hasta el mismo sacrificio de la cruz, quedarian en tal caso reducidos á meros ejemplos de virtud, innecesarios para mover á los hombres por la senda de la justicia, por cuanto ellos podrian alcanzar su perfeccion moral en esta vida y el fin que están llamados á poseer en la otra, sin las luces y auxilios del catolicismo, bastando á este propósito las lecciones de la filosofía moderna. A vista de tales consecuencias, ¿habrá quien pretenda que la Iglesia profese la tolerancia dogmática, ella que es columna y firmamento de la verdad eterna revelada por Dios y mantenida perpétuamente una é inalterable á través de los siglos? No: la Iglesia jamás será infiel, ni podria serlo, á su divina mision: asistida, como lo está, del Espíritu Santo, siempre proclamará la verdad y condenará siempre el error; y ya que no le sea dado lanzarlo absolutamente de todo humano entendimiento, pues hay quien se obstina en cerrar los ojos á la luz celestial, al menos siempre constará entre los hombres la verdad católica en medio de los errores que la combaten. Aun á los que no tengan la dicha de conocerla, la Iglesia que á todos ama, sin esceptuar á los que nunca fueron recibidos en su seno, diráles tambien que no pueden llegarse á la posesion de la verdad por otro camino que Jesucristo, el cual es la verdad, que es una, eterna é inmutable.

No menos absurdo que exigir de la Iglesia su

propia destruccion transigiendo con el error, es asegurar que en materias de religion tienen los hombres el derecho de seguir el criterio de su propia razon emancipada de Dios, autor de la revelacion, el cual nos obliga á cautivar nuestro entendimiento á la verdad de su palabra. Ya hemos visto cuán fácilmente llega á ser dominada la razon humana de los apetitos sensitivos, y á caer de esta suerte en el error; cuán fácilmente es arrastrada al mal la voluntad por los incentivos de la concupiscencia. La historia del linaje humano anterior á la redencion, nos enseña categóricamente que la libertad que se quiere otorgar al hombre de establecer y ordenar por sí mismo las cosas tocantes á la religion, no es otra cosa sino la libertad del error y de la licencia, mal reprimida ciertamente por la antigua filosofía. Esa libertad fué y será siempre, cuando más, un mero hecho, porque el error y el mal nunca tuvieron ni pudieron tener derecho alguno, atento que el hombre ha sido criado para conocer la verdad y amar el bien. Con altísima sabiduría, pues, ha dicho Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, hablando de los errores modernos y de sus partidarios, «que estos no temen sacar de esta idea, radicalmente falsa, del régimen social una opinion de las más perjudiciales á la Iglesia católica y á la salvacion de las almas, la cual nuestro predecesor, de feliz recordacion, Gregorio XVI, llamaba *delirio*, á saber, que la libertad de conciencia y de cultos, es un derecho propio de cada hombre; que debe ser proclamada y asegurada en todo Estado bien constituido, y que los ciudadanos

tienen derecho á la plena libertad de manifestar alta y públicamente sus opiniones, cualesquiera que sean, por palabra ó por medio de la imprenta ó de otro modo, sin que la autoridad eclesiástica ni civil pueda limitarlo. Ahora bien, sosteniendo estas temerarias afirmaciones, no piensan, no consideran que predican una libertad de *perdicion*, y que si es permitido siempre á las opiniones humanas entrar en disputa, no faltarán nunca hombres que sean osados á resistir la verdad y poner su confianza en el charlatanismo de la sabiduría humana; y la fe y sabiduría cristiana saben, segun la enseñanza de Jesucristo, cuán preciso es evitar esta perjudicialísima vanidad.» (*) Cuyas palabras prueban que nuestro amabilísimo Padre el Sumo Pontífice Pio IX, hubo de sentir la dolorosa necesidad, no solo de condenar el funestísimo principio de la supuesta igualdad de derechos atribuidos á la verdad y al error en la proposicion LXXVII, sino de reprobar además la consecuencia que de ella se infiere, y que es la formulada en la proposicion siguiente: «De aquí que laudablemente se ha establecido por la ley en algunos paises católicos, que á los estranjeros que vayan allí, les sea lícito tener público ejercicio del culto propio de cada uno.»

En su Alocucion de 27 de setiembre de 1852, el Venerable Pontífice se refería á las letras que por el año de 1847 dirigió al Presidente de la República de Nueva-Granada, en las que se que-

(*) Encíclica del 8 de diciembre de 1864.

jaba sobremanera, *summoperere conqueri*, de los proyectos anticatólicos de aquel gobierno, en uno de los cuales se proponía que fuera permitido á los que allí emigraran, el ejercicio público de su respectivo culto, *ut hominibus illuc immigrantibus liceret publicum cujusque cultus exercitium habere;* y en esta Alocucion, levantando el Pontífice su voz ante la augusta Asamblea que le escuchaba, «Reprobamos, dijo, condenamos y declaramos de todo punto nulas y de ningun valor todas aquellas cosas que allí han sido sancionadas por la potestad civil con tanto menosprecio de la potestad de la Iglesia y de esta Santa Sede: *Prædicta omnia decreta quæ ibi à civili potestate tanto cum ecclesiasticæ auctoritatis et hujus S. Sedis contemptu, ac tanta cum religionis et sacrorum Antistitum jactura ac detrimento sancita sunt, improbamus, damnamus, et irrita prorsus ac nulla declaramus.*» Segun esto, ¿habrá todavía algun católico que se atreva á decir que la potestad civil, obligada estrechamente á protejer la verdad y ley cristiana, obra laudablemente permitiendo el ejercicio de lo que el liberalismo llama *libertad de conciencia?*

Sabida cosa es la gran necesidad que tiene la razon humana de las luces de la revelacion, y que la plenitud de la divina revelacion es nuestro Padre y Señor Jesucristo: de donde se sigue el deber que obliga á la potestad civil á protejer y contribuir á que se estienda y propague la sagrada institucion que continua en este mundo la obra del Redentor: la reparacion del hombre, su perfeccionamiento moral, el culto divino, en suma, el reino de Dios

sobre la tierra. Deber tanto mas imperioso é ineludible, cuanto mas necesario es el auxilio de la Religion verdadera para que la sociedad consiga su fin, que es la vida virtuosa, movida por las potestades que la dirijen conforme á la ley moral, de que es fiel depositaria y custodio incorruptible la Iglesia católica. Y á la verdad, la religion es un bien social de imponderable valor; por cuya razon deben los gobiernos esforzarse á conservarla en su total integridad contra toda causa capaz de alterarla en los ánimos, con un celo todavía mayor del que suele emplearse en la conservacion del territorio contra las agresiones del enemigo que amenaza invadirlo. Deben por consiguiente mantenerse en la mayor intimidad con la Iglesia, resueltos á defender por todos los medios que sean de su parte, sus sagrados derechos y saludable dotrina contra los asaltos y seducciones del error, cualquiera que sea el pretesto que aleguen sus partidarios para enunciarlo y difundirlo, ó la forma que adopte para alzarse con una proteccion que jamás debe conseguir; porque segun la gran sentencia de S. Leon, no han de olvidar los gobernantes, que la potestad que tienen, no tanto les ha sido dada para regir á los hombres en orden á las cosas temporales, como principalmente para defensa y proteccion de la Iglesia, *regiam potestatem non solum ad mundi regimen sed maxime ad Ecclesiæ præsidium esse collatam.*

Tanto mas evidente es la obligacion que los gobiernos tienen de proteger la integridad y pureza de la fe, cuanto es mayor el ascendiente de la Reli-

gion no ya solo en la vida del individuo sino tambien en la de la sociedad, cuya alma no es otra en las naciones cristianas que la unidad religiosa, una de las bases sociales, ó mejor dicho, la base primera en que descansa todo este edificio. Y pues la potestad civil está encargada de conducir la sociedad á su verdadero bien y perfeccion moral, que es el fin para el cual están congregados los hombres en ella, y esto no se puede conseguir sin el concurso y eficaz auxilio de la Religion verdadera, con esclusion de todos los errores contrarios, es evidente la necesidad que moralmente apremia á los gobiernos de procurar esta dichosa unidad manteniendo al catolicismo en posesion de todos sus derechos, como única religion verdadera. Si, lo que Dios no permita, se verificase el caso de una sociedad cuyos miembros no hiciesen caso de su Criador, ni de su ley, ni de su Iglesia y sus ministros, ni de sus enseñanzas reveladas, á fin de entregarse libres de remordimientos á los escesos de sus pasiones, siguiendo cada cual sus propios delirios, la autoridad civil no podria en manera alguna cumplir su alta mision. La historia nos enseña «que del desprecio cada dia en aumento de la autoridad de los Pastores sagrados, y de las violaciones, multiplicadas diaria é impunemente, de los preceptos divinos y eclesiásticos, ha resultado que se disminuya en la misma proporcion el respeto debido al poder civil.» (*)

Demás de esto, debemos advertiros de un error

(*) Encíclica de S. S. el Papa Pio IX de 8 de diciembre de 1849.

no menos grave que comun, á saber: que en el órden político y social no hay lugar para la conciencia, ni hay pecados ó trasgresiones de la ley moral. Nada ciertamente mas falso: los reyes y demás gobernantes, no solo están ligados en su calidad de hombres que profesan la fe cristiana, con los vínculos de esta religion santísima, y obligados, por consiguiente, á procurar su mayor esplendor y propagacion, sino además tienen este deber en concepto de tales príncipes y gobernadores de los pueblos, habiendo de dar á Dios estrecha cuenta de sus actos bajo este respecto. En el capítulo VI del libro de la *Sabiduría*, se halla admirablemente descrita esa grave responsabilidad de los que mandan, por estas palabras: «Porque la potestad os la ha dado el Señor; del Altísimo teneis esa fuerza, el cual examinará vuestras obras y escudriñará hasta los pensamientos; porque siendo vosotros unos ministros de su reino *universal*, no juzgásteis con rectitud ni observásteis la ley de justicia, ni procedísteis conforme á la voluntad de Dios. Él se dejará ver ó *caerá* sobre vosotros espantosa y repentinamente, pues aquellos que ejercen potestad sobre otros serán juzgados con estremo rigor.» Así la Iglesia, á los que han de representar en la tierra la suprema autoridad de Dios, les amonesta saludablemente, diciendo: «Tú tambien has de dar cuenta al mismo Dios de los pueblos confiados á tu gobierno: *Tu quoque de grege tibi commisso ipsi Deo rationem es redditurus.*»

Acaso nos opongan los patrocinadores políticos de la indiferencia religiosa, que la libertad de cul-

tos es un corolario de la independencia de la razon individual, y que si fuese admitida y protegida la unidad religiosa por el poder civil, en razon de ser la religion el vínculo comun que une á todos los miembros de la sociedad, y el principio, por consiguiente, de la unidad nacional, los príncipes protestantes, y hasta los idólatras, deberian de usar conforme á esta misma regla, de una intolerancia inflexible. A que todavía añaden los publicistas liberales, que el conceder á los diversos cultos la libertad que pretenden, no implica la idea de que todos ellos sean verdaderos, ó que la verdad deje de ser una; porque bien pueden muchas personas diferir entre sí en órden á sus respectivas creencias religiosas, y sin embargo, no haber sino una sola verdad, realmente tal, objetivamente considerada. Ahora bien; en el caso de la libertad de cultos, el Estado no mira á la religion en sí misma, sino bajo un aspecto subjetivo, es decir, segun el modo con que á cada hombre le parece bien ofrecer sus homenajes á Dios. Pero aquellas objeciones y esta teoría se fundan en el supuesto de que el Estado sea ateo; supuesto horrendo que ninguna persona de algun juicio puede menos de rechazar con todas sus fuerzas. Ya fué combatida esta teoría por San Gregorio, quien escribiendo al emperador Mauricio, no vaciló en decirle: *Ad hoc potestas super omnes homines dominorum nostrorum pietati data est, ut qui bona appetunt adjuventur, ut cœlorum via largius pateat ut terrestre regno famuletur* (*). Tiene,

(*) Lib. II, epist. 11.

pues, el Estado la obligacion de proteger la verdadera fe. Ni vale decir que el Estado no ha recibido mision alguna para definir las doctrinas religiosas, discerniendo en ellas lo verdadero de lo falso, porque no se trata aquí de definir la verdad, sino de reconocerla y profesarla conforme á las enseñanzas de la autoridad infalible de la Iglesia, y de reputar por falso todo lo que no se ajuste á esta infalible regla. Los mismos que así rehusan al Estado todo criterio con que conocer la verdadera religion, discerniéndola de los errores contrarios, no le permitirian que consintiese el que algun desventurado tributara culto á Venus ó á Moloch: por donde vienen á ponerse en contradiccion consigo mismos, pues al menos en tales casos, se ven forzados á reconocer en el Estado la facultad de conocer lo que hay de falso y brutal en semejantes cultos, y por consiguiente el derecho de impedir su ejercicio.

Es asimismo vicioso el argumento *ad absurdum* con que la escuela liberal impugna la unidad religiosa, diciendo que, conforme á la doctrina que enseñamos, los príncipes, tanto protestantes como idólatras, deberian usar á su vez de una intolerancia inflexible; porque, ¿qué hay de comun entre la verdad y el error? Los que tal argumento proponen, dan pruebas de carecer del concepto mismo de religion, de los medios de averiguar los que lo ignoren, cuál sea la verdadera, de los motivos de credibilidad que resplandecen en el catolicismo, y de sus grandes escelencias y frutos, aun bajo el punto de vista social. Si, pues, el catolicismo es

intolerante, porque es verdadero, y si su verdad está patente á los ojos, así de los gobernantes como de los súbditos que de buena fe quieren rendirse á lo que la misma razon prueba haber sido enseñado por el mismo Dios, siendo en sí mismo altamente razonable y provechoso al individuo y á la sociedad, ¿con qué visos siquiera de razon se quieren comparar con él las falsas religiones, donde no hay autoridad infalible que regule la fe, y cuya falsedad, patente á la vez á los entendimientos rectos, excluye de sí todo derecho de ser protegida?

No es mas fundada la otra objecion de los que dicen que si bien la verdadera religion, objetivamente considerada, es solo una, se debe sin embargo prescindir de esta consideracion y atender únicamente al juicio subjetivo de cada cual, para deducir de aquí la libertad concedida á los diversos cultos, por mas que solo uno sea el verdadero. Este argumento, decimos, es enteramente vano, porque el juicio subjetivo de los que abrazan el error en lugar de la verdad, no confiere al primero derecho alguno, ni despoja á la segunda de aquella prerogativa insigne, por la cual ella, y sola ella, es digna de nuestro asentimiento. Si alguno cree que posee la verdad, cuando precisamente está poseido del error, ó que obra bien ejecutando acciones contrarias al órden, semejante ilusion podrá librarle, siendo involuntaria, de responsabilidad moral, pero de seguro no le dará derecho ninguno en órden á los demás, sino es á la compasion que produce la ceguedad de su entendimiento; y

mucho menos obligará al Estado á que le mantenga en la falsa posicion de su espíritu, reconociéndole unos derechos que jamás tuvo ni puede tener el error, ahora le consideremos en sí mismo, ahora en las inteligencias que logra alucinar y dominar, presentándose bajo falsos colores y apariencias seductoras.

No es cierto que la libertad de conciencia, tomada esta palabra en el sentido en que la emplea el liberalismo, sea una exigencia del verdadero progreso. Este es solamente el pretesto que alegan los que quieren establecerla; lo cual se echa de ver observando que el liberalismo niega implícitamente á Dios en el punto mismo que declara al hombre independiente y soberano, y por consiguiente que, si proclama la libertad de cultos, es para abrirse camino y llegar al dominio de las conciencias. Porque una vez emancipado de la religion verdadera, el Estado comenzará por mostrar para con ella cierta indiferencia afectada, y acabará por imponer á los súbditos, bajo esta ó aquella forma, la apostasía. Siendo esto así, ¿qué progreso cabe allí donde la verdad es menospreciada y perseguida, y donde el error se alza con las prerogativas de la verdad? Sin la verdad, el progreso es una mentira; y así se esplica muy bien que las sociedades donde no vive ni influye la autoridad encargada por Dios de enseñarla y cuidar de su integridad y pureza, trasmitiéndola inalterable de generacion en generacion, decaen miserablemente y sin remedio, viniendo á parar en el estado salvaje. El liberalismo pone al error en lugar

de la verdad, reemplaza la autoridad con la discusion; y hé aquí que bajo la influencia de estos nuevos agentes desaparecen hasta los mismos principios elementales de la metafísica y de la moral, y la cultura de los pueblos se vuelve en barbárie. ¿Qué mayores enemigos puede tener el progreso que el error y tal discusion? El verdadero progreso requiere un criterio fijo, inmutable, una regla fija á que se conformen todas las obras y nobles aspiraciones del hombre. Ahora bien; esta regla, este criterio, solo pueden hallarse en la religion católica; fuera de la Iglesia, todo es variable, todo contingente y humano, incluso el culto con que vanamente se imaginan algunos hombres honrar á Dios. Fuera de que el Estado sin Dios, engendro del liberalismo, está privado de un gran principio de progreso, del culto divino, lazo de union el mas poderoso que darse puede entre los hombres, pues hasta los mismos incrédulos reconocen que la civilizacion empezó siempre con la religion, y que supone, por consiguiente, los homenajes del culto. Acaece, pues, que la falsa libertad de creer engendra la falsa libertad de adorar cada hombre lo que le place; y que así como de aquella libertad se originan el ateismo y la indiferencia, de esta otra procede la impiedad absoluta, que es la negacion de todo culto y el rompimiento de este gran vínculo social.

El segundo error, tocante al liberalismo de nuestros dias, condenado por el Sumo Pontífice en la proposicion LXXIX del *Syllabus*, por razones idénticas á las que le movieron á condenar la li-

bertad de cultos, es «la ámplia facultad concedida á todos, de manifestar abiertamente y en público, cualesquiera opiniones y pensamientos.» La raiz de este funesto error no es otra que la misma corrupcion de nuestra naturaleza, y la guerra que siempre han hecho las inclinaciones desordenadas que proceden de ella, á la Iglesia santa instituida por Jesucristo. Porque sabido es que, cumpliendo su divina mision, la Iglesia no dejó ni dejará nunca de enseñar la verdad clara y sencillamente sin miramientos ni respetos humanos, librando de esta suerte á los hombres de los engaños del error y de la impiedad; mas porque esta enseñanza celestial sobrepuja de una parte las fuerzas naturales de la razon, é induce por otra á sacrificios que repugna nuestra naturaleza viciada, la doctrina predicada por la Iglesia tendrá siempre contra sí todas las pasiones humanas; y así la Iglesia tendrá que luchar perpétuamente para vencer tales resistencias. Y nótese que esas inclinaciones viciosas, que así se oponen á la accion de la Iglesia docente, suscitándole todo linaje de trabas y dificultades, son los mayores incentivos y auxiliares del error y del mal, que tanto escitan y halagan los apetitos desordenados. Por donde con facilidad se comprende cuán poderosamente habrá de influir é influye de hecho la propaganda libre y omnímoda de los delirios todos, que es capaz de engendrar la razon humana, abandonada á sí misma, en el ánimo de los pueblos, á los cuales dispone é induce á menospreciar la autoridad de la Iglesia, á violar sus preceptos y á caer por último en el abismo de la

indiferencia religiosa: frutos dignos ciertamente de una libertad que antes debiera ser llamada licencia. El Sumo Pontífice, repetimos, los ha condenado para bien de los hombres, reprobando la proposicion segun la cual, «es falso que la libertad civil de cualquiera culto, y lo mismo la ámplia facultad concedida á todos de manifestar abiertamente y en público cualesquiera opiniones y pensamientos, conduzca á corromper más fácilmente las costumbres y los ánimos, y á propagar la peste de la indiferencia.»

A la verdad, el derecho que el liberalismo atribuye á todos de manifestar toda clase de doctrinas, así de palabra como por escrito, en la cátedra lo mismo que en la prensa, supondria en caso de ser cierto, que el hombre es incapáz de errar cuando habla, ó escribe, ó al menos que la sociedad y los individuos poseen un criterio tan seguro y delicado que no les permite en ningun caso prestar su asentimiento al error que se les propine: suposiciones ambas igualmente gratuitas y falsas. La verdad es precisamente todo lo contrario. Cuando en una sociedad cualquiera reina de una parte la libertad, omnímoda de hablar y de escribir, y por otra se carece ó se prescinde de una autoridad infalible que regule los juicios del entendimiento y su manifestacion oral ó escrita, no lo dudeis, esa sociedad, ó ha perdido ya, ó está á punto de perder la verdad, inclusa la que se contiene en los principios mas elementales de la Metafísica y de la Moral: de la Metafísica, porque son muchas las causas de los errores en que fácilmente incurre el es-

píritu humano, abandonado á sí mismo, como lo acredita la historia de los pueblos, y aun de los filósofos privados de las luces que difunde el magisterio infalible de la verdad; y de la Moral, porque ésta se funda en razones especulativas, pervertidas las cuales, ella asimismo se oscurece y pervierte. El vulgo, inclusos muchos que se precian de filósofos, se deja fácilmente llevar de su tendencia á las cosas sensibles, y con frecuencia es inducido de ella á tomar la imágen por la idea, el placer por el verdadero bien. Así pues, cuando á los hombres se les declara libres de opinar, de hablar y de escribir lo que les place, y de publicarlo y difundirlo por medio de la enseñanza y de la prensa, luego nacen y se estienden por todas partes el escepticismo y la incredulidad; que es perder la posesion de la verdad y ser uno poseido del espíritu de las tinieblas. Con harta razon decia pues Su Santidad, lamentando los dañados propósitos de algunos gobiernos, que «para corromper más fácilmente las costumbres y los corazones, propagar la detestable y corruptora peste del indiferentismo, y acabar con nuestra santísima religion, permítese el libre ejercicio de todos los cultos, y se concede á todos la plena facultad de manifestar pública y abiertamente todo linaje de opiniones y pensamientos.» (*) Por este camino no solo es lanzada la sociedad en el seno de la corrupcion, contra lo que se dice en la proposicion mencionada, pero tambien vendrá á perder hasta el último vestigio

(*) Alocucion *Nemo vestrum*, de 15 de diciembre de 1856.

de cultura y civilizacion. La cultura intelectual y científica cae entonces con la Metafísica cristiana á impulsos del epicurismo que embrutece al hombre, poniendo su espíritu bajo el dominio de la fuerza; y la cultura de las artes por el mismo caso desaparece, pues el arte necesita, como es sabido, así de la tradicion que lo conserva, como de la invencion que lo vivifica, de un entendimiento penetrante que conciba el modelo de perfeccion que debe oscilar en la mente antes de reflejarse en sus obras.

Por último, la facultad de manifestar cada cual de un modo absolutamente libre sus ideas por medio de la enseñanza y de la prensa, es un ultraje inferido á la verdad, pues así se la equipara al error; y además un privilegio otorgado al último para que aspire á un triunfo á que ciertamente no tiene derecho alguno, y lo que es peor, para que por desventura le obtenga, atendida la miserable condicion humana y lo mucho que el error halaga las pasiones: de donde en último término resulta la desolacion y ruina de los pueblos, conducidos de tal suerte al abismo de la indiferencia religiosa.

El error que acabamos de censurar, á saber, que las leyes otorguen las libertades arriba dichas, error con tanta razon condenado por la Santa Sede, supone, pues, el ateismo de la ley, vicio radical del liberalismo. Aflígese nuestro ánimo al considerar, cuántos y cuán grandes males se han seguido, así en el órden religioso como en el moral y político, de la autonomía del hombre social, ó sea de aquella ciega osadía con que, emancipán-

dose el Estado de todo principio que no sea la razon privada, renuncia á toda verdad revelada, llegando por este camino hasta perder la nocion misma de Dios. Para fundar semejante libertad, no se ha vacilado en santificar la razon individual con todos sus estravíos, ni en erigirla en principio de toda verdad, así especulativa como práctica. Todos los gobiernos liberales, cualquiera que sea su forma, convienen en esa emancipacion de la razon: aquí se presenta un hecho constante, un efecto necesario de todas las formas de gobierno donde el liberalismo domina, ora virtual, ora esplícitamente: por donde se esplica muy bien que ciertos gobiernos autocráticos ó cesáreos sean aplaudidos por todos los liberales, por mas que no consientan ninguna libertad política. Es que tales gobiernos aplican á la política el mencionado principio de la emancipacion de la razon, y se aferran en sostener que la ley debe ser atea, y de aquí la separacion del Estado de la Iglesia.

Con la independencia de la razon individual no es compatible otra soberanía que la del hombre; mas porque no es posible que ningun hombre se someta á otro en concepto de tal, el racionalismo ha venido á crear una cierta entidad ficticia, á la cual da el pomposo nombre de Estado. Ahora bien, como en la constitucion del Estado así construido, no éntre el concepto de Dios, ni el de derecho ó autoridad procedente del mismo Dios, semejante institucion resulta forzosamente tiránica, porque solo respeta las otras instituciones que él crea en cierto modo á su imágen, al paso que oprime á las

que se fundan en la misma naturaleza, como la familia, el municipio, la patria. Demás de esto, á toda autoridad que procede de Dios, mírala el Estado ateo como contraria á su poder, y le declara por consiguiente la guerra. De esta suerte concentra en sus manos toda clase de derechos, cuyo ejercicio tiene en tal caso que plegarse á las exigencias ó interés del Estado mismo, segun el criterio exclusivo de los gobernantes, los cuales se apresuran á declararse irresponsables. Es pues evidente, que semejante sistema resulta absolutamente incompatible con el catolicismo y aun con toda idea de religion; que es el indiferentismo convertido en ley, el olvido y menosprecio de todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia, el vil interés puesto en lugar de la obligacion moral; y que allí donde llegue á plantearse, engendrará necesariamente, ó las supersticiones mas estravagantes, las cuales penetran de ordinario los ánimos vacíos de verdaderas creencias, ó el epicurismo desenfrenado, que los inclina á la adoracion de las pasiones y el vicio, acaso en los mismos lugares donde en otro tiempo fué adorado el verdadero Dios, convertidos miserablemente los templos levantados por la antigua piedad, en teatros y salones de baile.

Allí donde la razon individual es proclamada y reina como soberana, mal pueden ser respetadas la autoridad de Dios ni la religion que se ha dignado revelarnos, ni siquiera la ley natural, que se deriva de la eterna sabiduría. Consecuencia de aquel falso principio es, que el Estado se declare

por enemigo de la Iglesia, que la persiga sistemáticamente, que se convierta en instrumento, como se ha dicho, inventado para oprimirla; y la razon es, porque en no conformando con el juicio de la Iglesia en ningun punto, como realmente no concuerda cuando la única guia del Estado es la razon emancipada de Dios, sobrevienen á cada paso luchas y conflictos que, atendidas la debilidad material de la Iglesia y la fuerza asimismo material del Estado, vienen siempre á parar en ser combatida y oprimida la sociedad espiritual. Así que, donde llegan á dominar con mas fuerza las ideas liberales, las leyes acaban por espresar exactamente el ateismo oficial, á conculcar los derechos de Dios y sancionar los hechos consumados por las pasiones políticas contra la religion y la justicia; de modo que el legislador civil, imbuido en aquel espíritu, desampara, por una parte, los bienes del órden espiritual, declarando no conocer los delitos religiosos, tan graves por su objeto y tan trascendentales en sus efectos; y de otra persigue, ó por lo menos embaraza la accion salvadora de la Iglesia, ora suscitando dificultades y peligros al clero, ora impidiendo el establecimiento de las órdenes religiosas, ó suprimiendo las que han sido establecidas, ó bien derribando ó dejando que vengan por tierra los templos, anteponiendo á la razon de su existencia la razon especiosa del ornato público, etc. Todo lo cual, y mucho mas que callamos por no acongojar todavía mas vuestras almas, tiene acreditada la mas dolorosa esperiencia que va ejecutándose al compás mismo con que se adhie-

ren los políticos á las teorías del Estado sin Dios y de la ley dictada por semejante Estado. No es, por consiguiente, maravilla que los Pontífices de feliz memoria, Clemente XIII, Pio VII, Leon XII, Gregorio XVI y Pio IX hayan condenado las doctrinas en que se funda el liberalismo; porque ahora se examinen los principios de este sistema, ahora se fije la atencion en sus tendencias y en sus obras, resultará ser su último término un ateismo práctico, enemigo del catolicismo, y aun de toda creencia religiosa, inclusa la idea de Dios.

Los secuaces del ateismo legal suelen decir en defensa de tan horrenda teoría, que el Estado no debe predicar doctrina alguna, y si por acaso se ve en la necesidad de adoptar ciertas disposiciones *sensibles* contra los católicos, es para impedir que turben la paz con su intolerancia. Pero nada mas falso. Precisamente se distinguen los gobiernos liberales por el empeño con que pretenden formar y dirigir lo que llaman *opinion pública*, haciendo de la prensa el palenque en donde se discuten todo género de problemas, y se mantienen y propagan toda clase de errores, hasta los mas groseros, y son combatidas todas las verdades, sin respeto ni miramiento alguno ni aun para aquellas que forman la esperanza del género humano; palenque, en fin, donde los enemigos de la religion profanan á cada paso y ridiculizan sin pudor los sagrados misterios de ella. Cual si fuera la prensa libre un derecho de la razon independiente y una necesidad absoluta, el liberalismo ha hecho su apoteosis, y mirádola como á uno de los poderes

del Estado; á la prensa, decimos, que tantos servicios hace al espíritu de la impiedad, llevando el veneno de las mas perversas doctrinas á todas partes, todos los dias y en todos los idiomas. Arma funesta que, en vez de combatir, como debiera, el error, hasta reducirlo al silencio, ha abierto profunda herida en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia, mereciendo en todo rigor de justicia los anatemas fulminados por la Santa Sede contra la libertad de escribir.

No es menos falsa y gratuita la otra razon que se alega en defensa del ateismo legal, á saber: que los católicos turban la paz con su intolerancia. Esta acusacion es un mero pretesto ideado para oprimir al catolicismo. No; los católicos respetan las leyes que toleran los falsos cultos, donde quiera que esta tolerancia es reclamada por la conveniencia de sufrir tamaño mal para prevenir males mayores. La intolerancia que en todos los casos profesan los católicos, es la llamada *dogmática* ó *doctrinal*, porque la religion verdadera no puede transigir jamás con el error; mas esta intolerancia del catolicismo no va mas allá de los principios y de los dogmas, lo cual no impide que sean tolerados los pecadores, los herejes y hasta los impíos. Mas aún; los católicos se resignan con las leyes civiles que no hacen diferencia de la religion que profesan á las supersticiones de las sectas, cuando es absolutamente imposible otra cosa, atendidas las circunstancias de tal ó cual Estado, en cuyo caso se contentan con la igualdad, y hasta la tienen por relativamente buena, salvo siempre el de-

recho absoluto del catolicismo, como única religion verdadera. Así que, al paso que aceptan en tal caso el hecho de la igualdad material, protestan valerosamente contra ella desde el punto que se la erige en principio, es decir, desde el punto en que se quiere consignar como principio que el catolicismo no tiene otros derechos que los que se otorgan á las sectas, que es profesar una igualdad monstruosa y revolucionaria, á que no puede darse el nombre de equidad sin abierta violacion de la justicia. Pero la verdad es que el liberalismo acaba siempre por combatir la verdad, incompatible con él, y por perseguir á los católicos, no ciertamente por intolerantes y perturbadores, sino por católicos.

Diciendo el liberalismo moderno de la razon individual, que es independiente y soberana, y viciando el concepto del Estado hasta el punto de reducirlo á no sabemos qué entidad omnipotente, sin religion y sin Dios, no tarda el mismo Estado en declararse enemigo de la verdad; y como la verdad absoluta es Dios, el liberalismo, por caminos mas ó menos tortuosos, llega á declarar á Dios una guerra no menos insensata que impía, la cual llevan á cabo los gobiernos liberales espulsándole de la enseñanza y consintiendo á la par que sea combatido en las cátedras, en la tribuna, en la prensa; secularizando el matrimonio, el nacimiento, la vida y la muerte; y sobre todo, persiguiendo al catolicismo, de quien tienen miedo, porque siendo, como es, la verdad, aspira con justicia á reinar universalmente; á diferencia de las sectas, inclusa la pro-

testante, que careciendo, como carecen, de todo derecho, se dan por bien servidas, si por ventura llegan á introducirse á título de tolerancia.

Pero entremos todavía mas adentro en este órden de las relaciones del Estado con la Iglesia, tales como las traza la moderna escuela liberal. A los ojos del liberalismo, Dios está fuera de la sociedad, ó si quereis mejor, no existe; la civilizacion no ha menester para nada del culto; nadie tiene, por consiguiente, derecho para exigir del hombre el homenaje de la fe, ni para obligarle en consecuencia á respetar las instituciones de órden religioso. Frente á frente del Estado, añaden, no existe ninguna autoridad, ningun derecho inviolable, ninguno cuyo orígen esté fuera del Estado mismo; la Iglesia, por consiguiente, pierde aquí su carácter de sociedad independiente y perfecta, y queda reducida, cuando mas, á simple colegio lícito ó asociacion menor, bajo la dependencia y autoridad del Estado. Ahora, viniendo al punto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, despues de compendiar en estas breves palabras las máximas liberales, tocantes al presente negocio, decimos que acerca de él pueden imaginarse cuatro casos: primero, confusion de la potestad espiritual y de la temporal; segundo, subordinacion de la Iglesia al Estado; tercero, subordinacion del Estado á la Iglesia; y cuarto, separacion, la cual debe consistir, segun unos, en lucha abierta, segun otros, en indiferencia, y segun otros, en mútuo respeto. Los liberales radicales están porque la Iglesia sea absorbida por el Estado; los moderados quieren que

ambas potestades vivan separadas; mas los católicos siguen la verdadera doctrina, segun la cual la potestad temporal está subordinada á la espiritual, salvo en las cosas de órden puramente temporal, y en concepto de temporales. Los llamados *católicos-liberales* profesan la teoría de la mútua independencia, omitiendo esta justísima distincion, y así vienen á estar con los moderados. En otros términos: el liberalismo quiere la separacion, el catolicismo la subordinacion en todo lo que se ordena al fin último del hombre, y los católico-liberales una conciliacion y armonía que el mismo Pontífice ha declarado imposible.

Empezando por el radicalismo, mal puede segun ellos el Estado vivir en paz con la Iglesia, cuando no creen divina su institucion ni su autoridad, ni creen siquiera en Dios, y mucho menos creen la revelacion sobrenatural. Los radicales son racionalistas ó materialistas: así que el Estado que fingen, solo mira á los bienes temporales y externos, sin respeto alguno á los espirituales y eternos. Júzguese por aquí, qué género de paz será posible entre el Estado, dirigido por tan perverso espíritu de materialismo incrédulo, y la Iglesia de Jesucristo, cuya autoridad es universal, y cuyas miradas están siempre fijas en la patria invisible del hombre; ó por mejor decir, que género de guerra no hará el Estado radical á la Iglesia, viéndola combatir las pasiones que él halaga y deifica. Así, pues, en los conflictos que diariamente ocurren entre los intereses terrenos y el bien espiritual de las almas, el Estado radicalmente liberal no vaci-

lará en hacer uso de su omnipotencia usurpada contra la conciencia de los fieles.

Por su parte los que no profesan con tanta resolucion el liberalismo, abiertamente contrario á la idea católica, aunque no se atreven á negar la autoridad de la Iglesia, hacen en cambio al Estado absolutamente independiente: de aquí que reconozcan de un lado en la Iglesia el derecho de dirigir las conciencias, y á la vez le nieguen la potestad que le pertenece segun el derecho público eclesiástico, sometiéndola al Estado en todas las cosas á que este aplica su accion.

Por último, la escuela católico-liberal, mirando á las circunstancias de los tiempos, pretende que la Iglesia limite su accion al órden puramente espiritual, dejando de entenderse con los gobiernos de quienes solo ha recibido funestos agravios; y añade, que las sociedades modernas deben gozar de mas libertad que las antiguas, merced á las conquistas ó adelantos que han realizado.

Contra todos estos sistemas, más ó ménos falaces, aunque todos ellos igualmente falsos, deber nuestro es mantener la doctrina católica, segun la cual el Estado se halla subordinado á la Iglesia en todas las cosas que esta última está llamada á decidir conforme á su divina mision: de donde se sigue que la separacion de las dos potestades, temporal y espiritual, ahora dé origen á conflictos y persecuciones, ó bien á composiciones como las que median entre personas del todo independientes entre sí, es absurda é inadmisible. No es esto decir que la subordinacion del Estado sea su dependencia comple-

ta y absoluta; no: el Estado debe someterse á la Iglesia en las materias que se comprenden dentro de la esfera de accion propia de la sociedad espiritual. La fórmula de esta sumision está en las siguientes palabras de Santo Tomás de Aquino: *Potestas sæcularis subditur spirituali sicut corpus animæ; et ideo non est usurpatum judicium si prælatus spiritualis se intromittat de temporalibus* (*).

Así pues, en los negocios puramente espirituales á la Iglesia pertenece esclusivamente la autoridad; en los mistos, como matrimonios, funerales, etc., á la Iglesia toca la primacía; y en los puramente temporales, la jurisdiccion que la Iglesia vindica es solo *ratione peccati*.

Síguese claramente de aquí: 1.° Que someter la Iglesia al Estado, sería tan absurdo como esclavizar el espíritu debajo de la materia, ó poner á la razon bajo el yugo de las pasiones; en una palabra, sería invertir del todo el órden divino, que exige de todas las cosas del hombre, de su razon, de sus obras, de la ciencia, de la política, una rendida sumision á Dios, á su palabra revelada, espresion fiel de su infinita sabiduría, de su voluntad soberana, del amor paternal inefable con que nos ama. Es de advertir que esa inversion del órden divino, sobre ser absurda en buenos principios filosóficos, se funda en la impiedad de los que niegan el orígen divino de la religion, y por consiguiente, los sagrados derechos que pertenecen á la

---

(*) *Sum.* 2.ª 2.æ, q. 6, ad 6.

Iglesia de Jesucristo. 2.° Que el separar la potestad temporal de la espiritual, es cosa en todo caso absurda y funesta. Absurda, porque de ella se inferiria ser dos los principios supremos que obran en el mundo, lo cual es evidentemente contrario á la razon y á la fe, y se halla espresamente reprobado en la bula *Unam sanctam* de Bonifacio VIII, contra los que defendian la independencia absoluta del Estado. Funesta, porque el Estado no puede cumplir su mision sin el auxilio poderoso de la Iglesia: la fuerza material no alcanza á contener las pasiones, enemigas de todo bien honesto, las cuales con harta frecuencia y facilidad usurpan el poder. Las pasiones, ha dicho con su habitual profundidad el Conde de Maistre, tienen que estar rendidas á la accion social del Estado, ó por la fuerza material que domina á la muchedumbre reducida á la esclavitud, ó por la fuerza divina que las ordena al bien social. Sin el auxilio de la Iglesia, el Estado que carece de las luces y de la autoridad de juez competente cuyas decisiones mantengan la verdad de los principios y la pureza de la moral, se ve forzado á mirar con perniciosa indulgencia todo linaje de errores y prevaricaciones, tornándose inhábil é impotente para dirigir la sociedad á su fin, que no es otro sino la virtud: *virtuosa vita est congregationis humanæ finis*. La sociedad exige la comunidad de esfuerzos para alcanzar un fin comun: al cual se opone el liberalismo proclamando la desunion y el individualismo en aquel órden precisamente en que la unidad es mas necesaria, es á saber, en el órden religioso y moral

y aspirando á romperla por medio de la separacion de ambas potestades.

La Iglesia por su parte sufre las consecuencias de esta separacion impía, que la priva de la proteccion que en nombre y para gloria de la verdad y la justicia tiene derecho á recibir del Estado, obligado rigurosamente á promover por este medio el reino de Dios.

La escuela de los católicos liberales quisiera componer amigablemente con la Iglesia al Estado moderno, imbuido en el espíritu del liberalismo; pero el Papa nos advierte que no puede reconciliarse con él. Encargada la Iglesia de custodiar y enseñar las verdades religiosas y morales que predicó Nuestro Señor Jesucristo, no puede consentir ni consentirá jamás que se alteren, y su criterio será perpétuamente el mismo: siempre ha llamado y ha de llamar á la verdad con su nombre, y al error con el nombre de error; y si alguna vez, aconsejada por la prudencia, se reduce al partido de un paciente sufrimiento, pero jamás consentirá en reconocer derecho alguno al error, ni sufrirá que este prescriba con el tiempo. Cierto es, por otra parte, que los católicos liberales no admiten la independencia de la razon individual, ni el Estado autónomo, ni el ateismo legal; que reconocen ser imposible que la Iglesia y el Estado se miren respectivamente como instituciones agenas la una de la otra, de forma que el bien de cualquiera de ellas sea indiferente á la otra, imposibilidad contra la cual deponen, ya la unidad de fin á que todas las cosas conspiran, ya el ser uno mismo el sujeto so-

metido á la accion de ambas sociedades, conviene á saber, el hombre, cristiano á la vez y ciudadano, ya por último, la misma naturaleza de la Iglesia y el Estado, que mútuamente necesitan de sus buenos y recíprocos auxilios. Todo esto, decimos, lo reconocen los católicos liberales, pero desgraciadamente, por efecto de una deplorable contradiccion consigo mismos, que es el vicio de que adolecen, despues de asentir á las máximas católicas consideradas en sí mismas, ó sea teóricamente, luego añaden que es forzoso abandonarlas en la práctica. ¡Singular práctica por cierto, que así exige el sacrificio de las verdades especulativas!

Y no vale decir que las circunstancias de los tiempos impiden llegar en este punto al ideal de la perfeccion; porque una cosa es decir que la malicia de los hombres impide que la verdad triunfe plenamente en el órden de los hechos, y otra aprobar como cosa buena lo mismo que se opone á este triunfo, y aprobarlo, inventando argumentos y distinciones capciosas que dimidian la justicia. Si la Iglesia es de órden muy superior al Estado, ¿porqué repugnan la subordinacion racional del segundo, ó contrarestan el bien que á entrambos se sigue de ella? ¿Qué bienes pueden venirnos con resistir la ordenacion divina? ¿Y por qué no reparar en aquella otra ley divina, segun la cual el que resiste la sujecion debida, viene de ordinario á caer en injusta servidumbre? Tengamos enhorabuena paciencia esperando el reinado de la justicia; pero no aprobemos el estado social en que no reina. Porque si nosotros cedemos, si abandonamos la

verdad, el derecho y todos los demás bienes sociales á merced del juicio variable del Estado, cada dia serán mayores y mas absurdas las exigencias del siglo; y rota toda valla de razon y de justicia, el poder campeará sin freno alguno, trocado de paternal en tiránico, y en las grandes crisis sociales no quedará principio alguno salvador capaz de resolverlas en bien de los pueblos.

Digamos, pues, la verdad por el respeto que le es debido, ó mejor, digámosla por la Iglesia de Dios y bien de los hombres, que siempre hallarán en la verdad y en la Iglesia, su fiel depositaria y custodio, la redencion y la libertad: *Veritas liberabit vos*. Digámosla tambien para justificar la divina Providencia: *Si non venissem et locutus fuissem eis.....* (*) *Prædicamus Dominum Jesum Christum, Judeis quidem scandalum*, etc. ¿Por ventura hay nada mas saludable que predicar la verdad y mantener los fueros de la justicia? No debe detenernos el vano temor de que con esta enseñanza se atribuya demasiada preponderancia á las cosas espirituales, porque ya de suyo la naturaleza humana propende harto á lo material y terreno, y una larga y dolorosa esperiencia nos enseña que, en privándola de los medios que vienen en auxilio del espíritu, y en dejándole la libertad que anhela, por efecto de su corrupcion, luego desfallece y se abate hasta el polvo de la tierra.

Hácense muy dignos de censura los católicos

(*) Joan. cap. 15.

liberales, ó séanse liberales jansenistas, que si bien no finjen teorías ostensiblemente contrarias á los principios católicos, pero en la práctica se conducen poco mas ó menos como los mas declarados enemigos del catolicismo; falsos católicos que prometen y no cumplen, que dan á la Iglesia el ósculo de paz, y despues consuman la traicion. Los cuales hacen cierta como mixtura de liberalismo y jansenismo, y sin dejar de llamarse hijos sumisos de la Iglesia, se hallan bien con la libertad de imprenta, de capital, etc., con que la Iglesia no tenga parte en la enseñanza de la juventud, con que esté contenida en los límites de lo puramente espiritual; y todo por la dificultad de componer las doctrinas católicas con las exigencias del espíritu moderno, sin querer advertir que no son las dificultades prácticas, sino su propia índole, hostil á toda autoridad, y su profesion mas ó menos esplícita de ateismo y materialismo, lo que mueve al liberalismo moderno á intentar en todas partes la emancipacion del Estado.

Bueno será añadir que cuando los verdaderos católicos sostienen la necesidad de una subordinacion racional del Estado con respecto á la Iglesia, en razon de la mayor escelencia de los bienes que esta sociedad está llamada á promover, y en razon tambien de la superioridad de los medios que emplea y de su orígen sobrenatural, de acuerdo con los Santos Padres y los teólogos, nunca han intentado separar en el individuo ni en la sociedad lo espiritual de lo corpóreo, lo externo de

lo interno; antes, por el contrario, de la union de entrambos elementos han deducido la conformidad y subordinacion que deben mediar entre la sociedad espiritual y la temporal. Estas relaciones excluyen por sí mismas todo linaje de oposicion. Y á la verdad, así como el bien temporal á que mira el Estado, se subordina al fin que pretende la Iglesia (siendo de notar que á los dos conduce un mismo camino), la cual se ayuda mucho ciertamente de las cosas de este mundo para encaminar al hombre á su patria; así entre las potestades encargadas de guiar la sociedad humana á su doble fin, temporal y eterno, lejos de haber oposicion alguna, reina esencialmente una perfecta consonancia, la cual no ocasiona confusion, antes bien supone la distincion entre el órden temporal y el espiritual. Unidas están, por ejemplo, la sociedad doméstica y la civil, unida el alma con el cuerpo; y sin embargo, nadie inferirá de aquí, que estos agentes sean uno, ni que la sociedad civil sea distinta de la doméstica ni el alma distinta del cuerpo. No se pueden confundir dos ó mas cosas sin perder su respectiva naturaleza. Tocante á la subordinacion del Estado respecto de la Iglesia, observemos, por último, que por ella no desaparece el Estado, ni pierde ninguno de los elementos que le componen, sino antes se engrandece y perfecciona, recibiendo de manos de la Iglesia los medios morales que ha menester para alcanzar su fin: á cuya doctrina se opone tenazmente el liberalismo, que pretende subordinar la Iglesia al Estado para destruirla, como se destruiria la espiritualidad del

alma en el punto que quedase sujeta á la organizacion material que ella está destinada á vivificar.

Consideremos ahora el liberalismo moderno en sus relaciones con el órden moral. La moral es hija de la religion; y así, todo sistema político que se olvida de Dios hasta el punto de mirar con igual indiferencia la verdad y el error en órden á las relaciones que unen á la criatura con el Criador, por el mismo caso desdeña y menosprecia los preceptos divinos, ora nos sean impuestos por la ley natural, reflejo de la eterna, ora por la ley divina positiva, ora, en fin, por las leyes humanas, que derivan de la voluntad del mismo Dios su fuerza obligatoria. Y porque la honestidad de las acciones consiste en su conformidad con la regla inmutable y eterna de lo justo, declarada y enseñada á los hombres por la Iglesia, es evidente que, menospreciado este oráculo de toda verdad y santidad por el naturalismo político contemporáneo, luego sobreviene la funesta indiferencia con que se mira hoy dia la pureza de las costumbres, y se echa de ver el poco ó ningun horror que causa el vicio. En vano invoca el liberalismo moderno como regla de las acciones la moral que llaman *universal;* porque semejante moral es una verdadera quimera. En todos los hombres existe, cierto es, la disposicion natural para conocer el bien moral y discernir la virtud del vicio; todos tienen en la propia razon la luz que les ha otorgado el Criador para llegarse á su conocimiento; pero no es menos cierto que bajo la influencia de las pasiones, de las preocupaciones y de tantas como son las causas de nuestros

errores, los juicios humanos, lejos de ajustarse de ordinario á la norma inmutable de lo justo y de lo honesto, expresan á menudo errores, y aun aberraciones morales, que serian inconcebibles si de una parte no conociésemos el estado de corrupcion original en que vino á caer el hombre, y si de otra no estuviesen patentes en la historia y no nos mostrase la experiencia los extravíos de la razon humana sobre puntos de moral en los pueblos y en los individuos que no siguen acerca de ella las luces sobrenaturales de la fe. ¡Cosa notable! Aun los entendimientos que han llegado á conocer la verdad revelada, y que discurren en medio de la luz, bien que cerrando los ojos para no verla, apenas hay una máxima de moral acerca de la cual no se dividan en pareceres varios y encontrados, sin acertar á discernir con precision lo justo de lo injusto, y sin ponerse jamás de acuerdo ni aun sobre los principios mas elementales del órden moral. De lo cual tenemos un ejemplo, sobrado elocuente, en aquella famosa discusion que hubo años atrás en el Congreso de diputados acerca de la *Internacional*, donde fué tan grande la confusion y oscuridad de los entendimientos, que ni siquiera se pudo conseguir una definicion categórica de la Moral. ¡Tan cierto es que fuera de la Iglesia la regla de las costumbres es tan vária, tan mudable, y de ordinario tan falsa como las opiniones de los hombres entregados en manos de su consejo!

Aun respecto de la moral cristiana que invocan los defensores de la libertad de cultos como norma de los que entre estos deben ser admitidos

ó rechazados, debemos hacer algunas reflexiones importantes, á fin de preveniros contra los errores que bajo ese nombre tan bello pueden deslizarse en el ánimo. Porque, en primer lugar, la moral cristiana no es otra sino la que nos enseña y propone la Iglesia, maestra infalible de toda verdad conducente á nuestra salud; y así, desde el momento que la simple razon humana se encarga de exponer á su modo los preceptos y consejos del Evangelio, y aplicarlos á los diferentes casos y circunstancias de la vida, los juicios que de aquí resulten, pertenecerán á la moral protestante ó filosófica, no á la cristiana. En segundo lugar, es error gravísimo el suponer que esta moral apruebe ningun otro culto fuera del católico; y la razon es, porque este únicamente es acepto á los ojos de Dios, el único establecido sustancialmente por el mismo Jesucristo; cualquier otro culto que no sea este, aunque no repugne intrínsecamente á la razon, pero es contrario á la ordenacion del Salvador, y por consiguiente abominable en sus divinos ojos, como lo sería en los ojos de cualquier rey temporal el servicio que pretendiera prestarle alguno de sus súbditos ejecutando cualquiera accion que no fuese la que él mismo le hubiera mandado que hiciese. No: la moral cristiana no puede autorizar otro culto que el verdadero, único agradable á Dios, el culto instituido por Jesucristo, verdadero Dios, á quien no es lícito desobedecer, ni aun mirando á la ley natural, atento que el mismo autor de esta ley, la cual nos obliga á rendirle culto, es quien ha determinado el que debe rendírsele;

por cuya razon, tan contrario al órden moral es no tributar á Dios culto ninguno, como tributarle un culto que no proceda de su legislacion positiva.

Pero volviendo al naturalismo, que hoy desgraciadamente prevalece entre los publicistas de las escuelas liberales, tendiendo, como tiende por su propio peso á secundar las inclinaciones viciosas de nuestra naturaleza, corrompida por la culpa original, no es maravilla, que allí donde se apodera de la direccion y gobierno de los pueblos, emplee todos sus esfuerzos en reemplazar la ley de Dios con una legalidad externa protectora del sensualismo y de la libertad de la carne, y contraria á la libertad racional del espíritu y á las virtudes cristianas, singularmente á las que mas se oponen á los deleites desordenados de los sentidos. Así se esplica la guerra que hace el moderno liberalismo á las órdenes religiosas, porque con los fueros y dignidad del espíritu que estas instituciones mantienen, enseñan al mundo la vanidad de las cosas terrenas; y porque su misma vida sobrehumana es la protesta mas elocuente que puede darse contra la corrupcion del siglo, fomentada por todos los que quieren echar de sí el yugo suave de la ley divina, rompiendo los vínculos de la obligacion moral, la cual sustituyen con la simple legalidad externa, obra exclusiva de la voluntad humana servida de la fuerza que humilla y envilece las almas corrompidas.

Establecido el criterio individual independiente como principio y fundamento de la llamada le-

galidad, por fuerza habia de inferir al órden social la honda perturbacion que ha producido en el órden moral y religioso. Echando á Dios de la sociedad, el liberalismo suprime, por decirlo así, la ley natural, las obligaciones propiamente dichas, la responsabilidad moral, y por consiguiente todo órden, todo derecho, toda autoridad y por último, toda sociedad constituida en virtud de estos principios, los cuales únicamente se derivan del derecho y autoridad supremos del mismo Dios. La autoridad social es, pues, imposible en semejante sistema, siendo claro que destruido este fundamento del órden, todo él perece, y la sociedad no puede subsistir. No hay potestad que no venga de Dios, nos enseña la religion por boca del Apóstol, *non est potestas nisi à Deo;* mas al liberalismo esta sublime enseñanza sobre el orígen de la autoridad parécele depresiva de no sabemos qué derechos inherentes á la naturaleza humana, como si pudiera darse cosa que mas realzase la dignidad y los verdaderos derechos del hombre, que la doctrina que le enseña á servir á solo Dios, y á obedecer á los hombres, no como á simples hombres, sino como á ministros del mismo Dios para el bien.

Para constituir la autoridad sin detrimento de la independencia atribuida á cada individuo, los gobiernos liberales invocan la voluntad nacional, principio no solo falso (atento que la voluntad del hombre ahora sea puramente individual, ahora colectiva, carece por sí sola de derecho para ligar moralmente la voluntad de los demás, en cuyo derecho consiste la autoridad) sino además sobremanera

peligroso, pues á una cosa tan vaga, incierta y voluble como es la voluntad llamada nacional, hácela soberana, y orígen y regla de los poderes públicos, con facultad de ponerlos y quitarlos, regirlos y alterarlos, sin darles nunca paz ni estabilidad, y teniendo á la sociedad en un estado de perpétua agitacion. Consecuencia de dicho principio es, que la soberanía nacional impide la verdadera distincion entre gobernantes y gobernados, y destruye de esta manera las nociones correlativas de autoridad y de obediencia. Este horrendo escollo procuran salvarlo los principales promovedores del sistema liberal; mas á pesar de todas las trazas del doctrinarismo, el hecho es, que lejos de encaminar la sociedad á su verdadero destino, los doctrinarios no han sabido hacer otra cosa sino emancipar la potestad temporal de la espiritual, convertir al Estado en no sabemos que entidad suprema y cuasi divina, y confundir la libertad de los pueblos con la soberanía del número y de la fuerza.

Demás de esto, emancipado el Estado de las leyes de la conciencia cristiana, y sujeto á la accion de los intereses humanos, tan varios y discordantes entre sí, engéndrase naturalmente el principio de la desconfianza, gérmen funesto de inquietudes y divisiones, que tampoco permite gozar á la sociedad del bien inapreciable de la paz. Los publicistas de la escuela liberal nos hablan sin cesar de la conciliacion del órden con la libertad, sin advertir, que el órden y la libertad rectamente entendidos, son inseparables: ni que el empeño con que se afanan por hermanarlos, da á entender con ma-

nifiesta claridad, que sus ideas acerca de la libertad y del órden son evidentemente falsas. Si no lo fueran, carecia hasta de sentido aquella máxima errónea de J. J. Rousseau, que «no debe cederse sino el mínimum de libertad necesario para mantener el órden.» Con que observasen cómo el órden consiste en dirigirse todas las cosas á su fin, haciendo lo que es bueno y huyendo de lo malo; y que la multitud de vínculos que ligan la voluntad á este órden, lejos de oponerse á la libertad, la ayudan y protegen, ciertamente que dichos publicistas no plantearian aquel problema, en cuya solucion práctica las sociedades no hacen sino fluctuar entre la anarquía y el despotismo. El órden social no consiste en la simple tranquilidad material; antes es el cumplimiento del plan de la sabiduría y de la voluntad del mismo Dios, que impone á los hombres, ahora sean súbditos ahora gobernantes, las leyes que deben seguir para alcanzar su destino, siendo evidente que estas leyes, aseguradas con sanciones civiles, y aplicadas á las múltiples necesidades de la vida social, son la mejor garantía de la verdadera libertad. La sabiduría y voluntad de Dios, no la de los hombres que pretenden romper los vínculos de su dependencia esencial, esa es la regla suprema y el orígen primordial del derecho; regla desconocida por los publicistas liberales y por el Estado que ellos idean y pretenden construir sobre fundamentos tan movedizos como la voluntad humana, voluble de suyo así en el superior como en el súbdito, de la cual se origina un derecho tan vano como ella, ó mejor

dicho, una legalidad, como dicen, de orígen puramente terreno, contraria en muchos casos al derecho que procede de Dios, propicia siempre á los poderes arbitrarios, pues los exime de toda responsabilidad delante del mismo Dios, y opresora ciertamente de la conciencia cristiana.

¡Cosa notable! Siendo, como es, la idea liberal enemiga irreconciliable del derecho verdadero que procede de Dios, y siendo, como es el derecho, el lazo que tiene unidos á los hombres en sociedad, todavía los partidarios de dicha idea pretenden nada menos que constituir la sociedad universal del género humano. La contradiccion no puede ser mas palmaria. No: la sociedad universal no puede ni siquiera concebirse sin la sociedad religiosa, que conserva el vínculo de la unidad, ó sea el derecho, conservando siempre puras é inmaculadas en los entendimientos la verdad y la justicia. Y pues esa unidad, condicion precisa de la perfeccion social á que anhelan las naciones, no puede conseguirse sin una autoridad suprema é infalible que regule las creencias y las costumbres, es decir, sin la autoridad de la Iglesia, fácil es deducir que el mismo instinto con que la sociedad apetece la perfeccion, tiende tambien á la religion sobrenatural que Dios nuestro Padre se dignó revelar al uniniverso. Verdad que el liberalismo ni siquiera lo comprende, porque todo él está fundado en el naturalismo, es decir, en la falsa doctrina que niega haber sido elevado el hombre á un fin sobrenatural, y no conoce otros bienes que los que codicia la mera naturaleza, corrompida por el pecado, y

abatida de ordinario, en los que no quieren conocer la verdad cristiana, hasta el mas grosero materialismo. Por donde la unidad que pretende el liberalismo, es tan solo aparente, material, mecánica, y de ningun modo es la unidad de espíritu, de fin, de vida; pues todas estas cosas desaparecen desde el momento en que deja de escucharse en la sociedad la voz de la Iglesia, oráculo infalible de verdad y de justicia, fuera de la cual no hay sino dudas, opiniones, errores, discordias y divisiones perpétuas: todo menos la verdadera unidad.

Por último, el sistema liberal no conoce ni quiere conocer un principio eficacísimo de union entre los hombres: la caridad. Este gran principio social, se contiene únicamente en el seno de la Iglesia. ¡Cuán grande es su poder sobrehumano! La caridad eleva las ideas y los sentimientos, ennoblece y purifica las costumbres, y tiende á fundir en uno todos los pueblos y razas, poniendo por obra el gran principio de la fraternidad universal que nuestro siglo no conoce mas que de nombre. ¿No será, pues, razon, que el catolicismo, donde esta virtud ostenta únicamente todo linaje de suavísimos frutos, sea proclamado por ley de la sociedad; y por el contrario, que abominemos todos del sistema que los desconoce y desdeña, y lo que es todavía peor, que tiende á estirpar el arbol venturoso que los produce?

V.

A procurar el fin supremo, que es la eterna salvacion por medio de la fe y las buenas obras, os exhortamos á todos, venerables hermanos é hijos nuestros, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de su santa Iglesia, que á todos llama, á todos acoje con maternal solicitud, vengan de donde vinieren; porque no hay para ella distincion entre el judío y el griego, sino para todos tiene palabras de salud y de vida. Hijos suyos son cuantos aceptan y acatan de buena fe *la autoridad de Dios en todos los órdenes de la vida humana, y la sagrada mision que confió á su Iglesia.* Su doctrina santa, pura, y agena de las opiniones movedizas de los hombres, llevará la paz á todas las almas que la oigan y la sigan, por mucho que hayan sido perturbadas de especiosas y falsas teorías; y en la práctica de sus preceptos encontrarán todos el bien que jamás pueden dar los sistemas que tienden á alejarlos de Dios y de su Iglesia.

Adheríos todos firmemente, como á feliz áncora de salvacion, al dogma recientemente definido de la infalibilidad otorgada por la misma Verdad eterna á la cátedra de San Pedro. No hay verdad alguna religiosa que no esté afianzada con este dogma, ni error ninguno contrario á nuestra salud, que no tenga en esta sublime verdad (tan razonable además y tan constantemente profesada por la Iglesia de Dios) su mas eficaz medicina.

Este es, pues, el faro que la divina Providencia

ha puesto á la vista de los hombres en estos tiempos turbados como las olas del mar agitadas por el aquilon: sigamos todos esta luz, si queremos ser salvos y cantar en el puerto el himno final de gracias á nuestro Salvador y Maestro. No digais, os repetiremos con el Apóstol: «Yo soy de Pablo, yo de Apolo.....» Todos sois de Nuestro Señor Jesucristo, redimidos al precio de su sangre y regenerados por el Espíritu Santo vivificador. Él os mira piadoso combatidos por todo viento de doctrinas; y al veros por tan opuestos caminos, fatigados en pos de una felicidad que no existe en las teorías humanas, ni en los objetos de la ambicion ó del libertinaje, os dice con amoroso acento: «Venid á mí todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré.» (*)

Y en efecto, con su admirable doctrina se fortalecen los espíritus: los que no saben, aprenden en el magisterio infalible de la Iglesia verdades sublimes, escondidas á los sabios y reveladas á los pequeñuelos: los doctos por su parte tienen abundantes medios de aumentar y acrisolar su saber, bebiendo en la religion católica, en las obras de los Padres y Doctores de la Iglesia, y en las de muchos esclarecidos hijos suyos, raudales de ciencia y sabiduría. Hijos de la Iglesia, animados de su espíritu regenerador, y alentados con su proteccion, nuestros católicos antepasados crearon tantos y tan célebres centros de enseñanza, que siempre la Iglesia ha cumplido como buena el pre-

(*) Mat. cap. 11, v. 28.

cepto de enseñar á todas las gentes, comunicándoles con amor verdaderamente maternal la doctrina recibida de Jesucristo, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

Mientras los pueblos cristianos sentian el impulso que la Iglesia imprimió siempre á las ciencias, los Romanos Pontífices, los Prelados y los Reyes cristianos, singularmente en nuestra España, erigian grandiosos monumentos donde al calor del catolicismo dieron las letras sus mas abundantes y delicados frutos, hasta tocar aquel grado de esplendor que alcanzó nuestra Universidad, *príncipe de las ciencias*, orgullo de la patria y joya preciada de nuestra Iglesia. Si consultais el orígen de esta institucion, veréisla nacer humilde á la sombra del Santuario, en los claustros de nuestra Catedral: si estudiais sus estatutos, vereis cómo están informados de las máximas cristianas, que establecen como sólido fundamento de la futura grandeza de la obra académica, el temor santo de Dios. Sus primeros y mejores protectores son los Papas, los Obispos nuestros gloriosos antepasados, y los Reyes mas piadosos, como San Fernando: sus discípulos, todos ellos fervientes católicos, muchos, famosísimos sábios, ó esclarecidos santos. Enriquecida con gracias pontificias, con donaciones piadosas, con las luces de sus grandes maestros, y siempre firme en la profesion de la fe católica en los dias de su mas glorioso esplendor, llevando la fe misma por guia y la piedad por norma, contempladla marchar impávida por las sendas intrincadas del progreso intelectual, dando testimonio á

la virtud que posee el catolicismo para conducir los entendimientos á la posesion de la verdad y de la ciencia. Conocida es la merecida fama que supo obtener en el curso de su vida; fama universal, imperecedera, que tan claramente redunda en honor de la religion y de la patria. Lo cual nos infunde la esperanza de que, añadiendo á las antiguas glorias del saber, las que hoy se siguen de los verdaderos adelantos modernos, tendrá siempre en el catolicismo la regla de verdad y de justicia, fuera de la cual no hay sino tinieblas, escollos y abismos para la flaqueza humana.

No nos cansaremos de decíroslo: la Iglesia tiene soluciones para todos los problemas que fatigan al hombre en la presente vida; y con la seguridad que comunica la fe divina, de que es depositaria, puede decir á todos, inclusos particularmente los que anhelan por saber: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todas las demás cosas se os darán por añadidura.» (*)

Además de buscar al entendimiento para conducirle á la posesion de la verdad, y de restituir el reposo perdido á las almas agitadas por la incredulidad ó la duda, el catolicismo ha dado poderosos y nuevos elementos de vida, dignidad y conveniencia á las artes, á la industria, al comercio, á la agricultura, á todos los ramos, en fin, de la actividad humana. Las bellas artes le son deudoras de la verdad, principio y esencia de la belleza; y han recibido de la Iglesia los sublimes

---

(*) Lucæ, cap. 12, v. 31.

conceptos de perfeccion y hermosura que fueron y serán siempre rayos vivificadores del génio artístico, hoy tan abatido en las regiones del realismo pagano. La industria contempla la razon de su legítima libertad en las doctrinas é influencia de la Iglesia, á quien debe Europa verse libre de la lepra de la esclavitud antigua. El respeto y fidelidad mútuos, la sobriedad de la vida, los hábitos de prudente economía, el amor del trabajo, y sobre todo, la caridad, que hace más fáciles las relaciones tan necesarias entre el trabajo, el capital y la inteligencia, frutos son, y frutos escogidos, de la religion católica. El comercio le debe, por su parte, la justicia y la equidad, enemigas del fraude, de las ganancias inmoderadas y de la desconfianza recíproca, funesto escollo donde zozobran con frecuencia los intereses humanos á impulsos de la ambicion y de la deslealtad y mala fe. El catolicismo, por otra parte, á pueblos antes ignorados ó enemigos hácelos hermanos haciéndolos católicos, y promueve de esta suerte su comunicacion, y el cambio de los respectivos productos de sus industrias, bendecidas y fomentadas por la Iglesia.

La agricultura encontró tambien en ella la dignidad y proteccion que le negaron siempre las falsas religiones, y que en vano espera de los falaces sistemas políticos. Faena propia antiguamente de esclavos, y blanco despues de injustas agresiones por parte de poderosos guerreros, el cultivo de los campos fué ennoblecido por la religion. Sí: la religion dedicó á los trabajos agrícolas comunidades religiosas, é hizo del labrador cristiano el

hombre de fe en la Providencia, á cuya paternal solicitud abandona el buen éxito de sus trabajos, soportando con paciencia todas las contradicciones de los tiempos hasta ver coronados sus nobles esfuerzos. Su fe, su esperanza, y la gratitud de que se siente poseido para con Dios, se han reflejado siempre en la suavidad de costumbres que caracteriza nuestras poblaciones agrícolas. Las mas dulces y benignas influencias de la religion cristiana acaso las reciben las personas y familias dedicadas á las faenas agrícolas; pues el mismo trabajo material, el aspecto constante de las maravillas, repetidas sin cesar, de la naturaleza, y el hábito de poner su confianza en el supremo dispensador de todos los beneficios, las dispone por un modo escelente para los actos de todas las virtudes cristianas. Gracias á esa celestial influencia, se ha hecho fácil la vida de familia, mas frecuente el amor y fidelidad conyugal, mas segura la inocencia de los hijos, fortalecidos con el ejemlpo y la educacion, estendida hasta el hogar mas humilde. A que se añade que enseñando á no prodigar neciamente lo que tanto cuesta adquirir, la misma religion formó en la poblacion rural hábitos de sobriedad y prudentes economías, virtudes morales y sociales que, unidas á la consideracion de que el catolicismo procuró rodear á los labradores, proponiéndoles por modelo al mas humilde rústico elevado á la dignidad de los santos, y colocado sobre nuestros altares, impidieron en nuestros mismos dias la casi total despoblacion que amenazaba los campos, como allá en dias de luchas y sangrientas represalias.

Es frecuente oir deplorar á nuestros labradores la falta de brazos; pero si bien se medita, esta funesta llaga de nuestra sociedad se presenta mas temible en los pueblos donde mas se desconocen las enseñanzas de la Iglesia, y se practica menos el santo temor de Dios. Notorio es, por desgracia, que la juventud, con cortas escepciones, busca en los grandes centros el lujo, los espectáculos brillantes, un salario mas fácil, y las satisfacciones sensuales, aun á costa de la libertad, de la salud y hasta de la vida. La agricultura, profesion honrosa, fecunda y moralizadora, sufrirá sin duda las consecuencias de tan lamentables errores, si escuchando los estímulos de la codicia y de la ambicion, olvidan los hombres los saludables preceptos cristianos contra la disipacion y el ocio, precursores de todos los vicios, y si desoyen la voz cariñosa de la Iglesia, que por medio de sus ministros recomienda la vida tranquila de nuestros padres, diciéndonos con el Eclesiástico: *Non oderis opera laboriosa et rusticationem creatam ab Altissimo* (*).

En una palabra, las ciencias verdaderas, las artes, el comercio, la industria, la agricultura, todos los ramos, en fin, del saber y de la actividad, arrastrarán una vida raquítica y miserable si no vuelven á inspirarse en el espíritu de Jesucristo, *en quien fueron restauradas todas las cosas.*

No olvideis ni un solo momento, Venerables Hermanos y amados Hijos nuestros, que si las ciencias y las artes todas han adquirido dignidad

(*) Cap. 7, v. 16.

y grandeza al amparo del catolicismo, debido es esto al magisterio de la Iglesia, que para prevenir las funestas influencias de tan lamentables errores y estravíos como los que acabamos de exponer, ha inculcado sin cesar la sumision á la divina voluntad y el temor santo de Dios, como medio de adquirir y conservar la verdad y la sabiduría. Si el mundo se poseyera de este saludable temor, bien pronto el error dejaria de oscurecer las inteligencias, y la regeneracion social sería una verdad práctica; porque *el temor de Dios es fuente de vida* (*). *El que teme á Dios*, dice en otra parte el sagrado texto, *recibirá su doctrina* (**). Mientras la ciencia del mundo se entrega á errores depresivos de la dignidad humana, la del hombre temeroso de Dios repite tranquila aquellas hermosas frases de la heroina de Betulia: *Qui autem timent te, magni erunt apud te per omnia* (***). Grandes serán en todo los que temen á Dios, porque *temer á Dios es la plenitud de la sabiduría*, es conservar la libertad mas propia del sér racional, la libertad que nos exime del pecado; es, en suma, poseer la única felicidad real que al hombre le es dado alcanzar en esta vida, pues *el temor de Dios deleitará el corazon, y dará alegría y gozo y largueza de dias* (****).

Los pueblos necesitan concebir el temor de Dios, si no han de perecer moralmente. Solo en

---

(*) Prov., cap. 14, v. 17.
(**) Eccli., cap. 32, v. 18.
(***) Judith, cap. 16, v. 19.
(****) Eccli., cap. 1, v. 12.

Dios, y solo por la observancia de su ley puede regenerarse la sociedad. *Habrá salud para los que temen el nombre del Señor* (*); mas ¿qué salud podemos esperar de aquellas funestas teorías que á pretesto de ennoblecer la inteligencia y realzar la dignidad del hombre, le alejan miserablemente del orígen de toda felicidad, de Aquel que le comunicó su propia grandeza, elevándole en Jesucristo al rango de hijo de Dios? La causa porque tantos *declinaron y juntamente se hicieron inútiles*, es hoy la misma que muchos siglos há señaló el Real Profeta, diciendo: *Non est timor Dei ante oculos eorum.*

No queremos poner término á nuestro humilde trabajo sin acudir de nuevo al celo tan probado de nuestro muy amado clero, encomendándole en la parte que le toca, la defensa de los sagrados derechos de Dios y de su Iglesia santa; rogámosle que á todos, grandes y pequeños, sábios é ignorantes, nobles y plebeyos, les dé á entender cuánta falacia y vanidad se contienen dentro de las teorías modernas y de la palabra del hombre; que toda ciencia mundana es necedad y delirio, en que la justicia divina suele permitir que caiga la humana inteligencia, cuando voluntariamente se obstina en abandonar la divina luz del catolicismo para seguir las engañosas inspiraciones del padre de toda mentira. Vosotros, nuestros muy amados cooperadores, á quienes hemos visto con tierno amor y profunda gratitud trabajar por la honra de Dios y

(*) Mich., 6, v. 9.

el reino de su justicia durante el año santo, *supportantes pondus diei et æstus*, vosotros nos ayudareis sin duda alguna, cada cual en la proporcion de sus fuerzas, á que los fieles todos de nuestras diócesis aprendan cada dia á admirar mas y mas la grandeza, majestad y sabiduría enteramente divinas de nuestra Santa Iglesia, en cuyo seno maternal hallaron asilo siempre las grandes ideas, á cuya sombra nacieron las naciones y Estados mas florecientes, y se establecieron y perfeccionaron todas las grandes instituciones. De vuestra solicitud en propagar la palabra de Dios esperamos confiadamente que llevareis la verdadera luz á tantas inteligencias sentadas en tinieblas y sombras de muerte; las cuales, por la eficacia propia de toda doctrina que procede de lo alto, comprenderán, para dicha suya, que si la Iglesia católica, apostólica, romana salvó al mundo de la barbárie y de la mas espantosa ignorancia, dando á las ciencias, entonces fugitivas, y á las artes proscriptas, hospitalidad generosa, hoy, en vista del comun descrédito de todos los sistemas que alternativamente han pretendido conducir la sociedad y enseñar á los individuos; hoy, que el orgullo produce la falsa crítica, de la cual se engendra la duda, así como de la duda, auxiliada de la indiferencia, se engendra la incredulidad; hoy, que vemos conmoverse hasta los fundamentos en que descansa la sociedad, y que pocos gozan de reposo y tranquilidad en el órden, comprenderán, decimos, que la Iglesia es el único centro donde pueden hallar la paz verdadera la inteligencia y el corazon.

Por lo demás, permitidnos recordaros, para terminar, aquellas palabras con que el Apóstol alentaba la fe de los cristianos de Éfeso: *De cætero, fratres, confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus. Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli; quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes, et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum, contra spiritualia nequitiæ in cœlestibus. Propterea accipite armaturam Dei, ut possitis resistere in die malo, et in omnibus perfecti stare. Stote ergo succincti lumbos vestros in veritate, et induti loricam justitiæ, et calceati pedes in præparatione Evangelii pacis; in omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere. Et galeam salutis assumite; et gladium spiritus (quod est verbum Dei). Per omnem orationem et obsecrationem orantes omni tempore in spiritu; et in ipso vigilantes in omni instantia et obsecratione pro omnibus sanctis. Et pro me, ut detur mihi sermo in aperitione oris mei cum fiducia, notum facere mysterium Evangelii..... Pax fratribus et charitas cum fide à Deo Patre, et Domino Jesu Christo. Gratia cum omnibus qui diligunt Dominum nostrum Jesum Christum in incorruptione. Amen.* A quien Nos incesantemente suplicamos ilumine todos vuestros pasos, y dirija todos vuestros actos por el grande amor que á vosotros y los fieles todos profesamos, en prenda del cual os damos nuestra paternal bendicion en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo ✠, Trinidad inefable, *cui soli honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.*

Dada en nuestro palacio episcopal de Salamanca á treinta y uno de Enero de mil ochocientos setenta y seis, primer aniversario de nuestra consagracion.

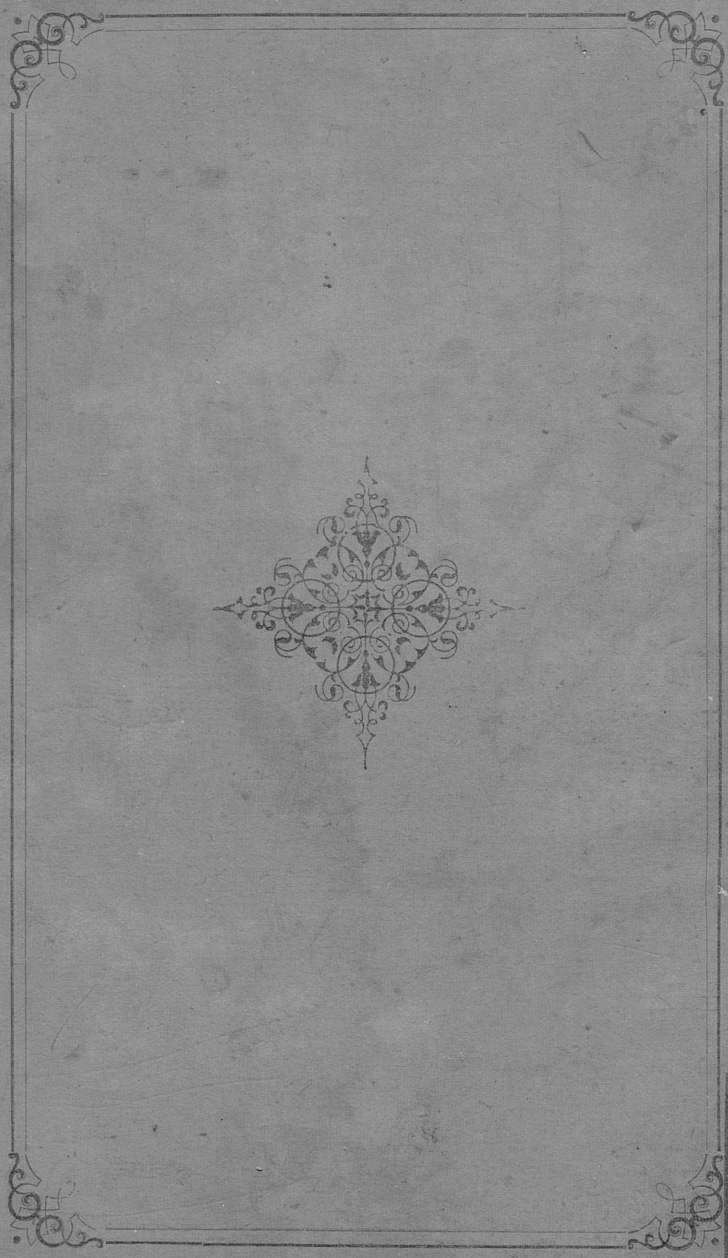
Narciso, Obispo de Salamanca

y Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo.

Por mandado de S. S. Ilma. el Obispo mi Señor,

D. Leonardo Mata Heredia,

Canónigo Pro-Secretario.



G 16001